

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Jóvenes y estudiantes: proyectos, rebeldías y luchas en tiempos de cambio



Rosario en los años sesenta

Laura Luciani y Mariana Bortolotti (coordinadoras)

**Laura Luciani, Mariana Bortolotti, Desiree Restovich,
Sabrina Grimi, Carla Di Terlizzi, Aldo Mangiaterra**



Grupo Editor Universitario

CLASCO

**LAURA LUCIANI
MARIANA BORTOLOTTI**
(COORDINADORAS)

Jóvenes y estudiantes: proyectos, rebeldías y luchas en tiempos de cambio

Rosario en los años sesenta

**LAURA LUCIANI
MARIANA BORTOLOTTI
DESIREE RESTOVICH
SABRINA GRIMI
CARLA DI TERLIZZI
ALDO MANGIATERRA**



Jóvenes y estudiantes: proyectos, rebeldías y luchas en tiempos de cambio : Rosario en los años sesenta / Laura Luciani ... [et al.] ; coordinación general de Laura Luciani ; Mariana Bertolotti.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2023.
102 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8308-90-6

1. Ensayo Sociológico. 2. Jóvenes. I. Luciani, Laura, coord. II. Bertolotti, Mariana, coord.
CDD 305.235

1ª edición: Abril 2023

Diseño, composición, armado: GEU

Diseño de tapa: GEU

Imagen de tapa: Manifestantes por calle Corrientes, mayo 1969, "Archivo diario "La Tribuna", colección Museo Histórico Provincial de Rosario "Dr. Julio Marc".

© 2023 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421 (C1407FUQ) C.A.B.A.

ISBN: 978-987-8308-90-6

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Impreso en Argentina

Índice

Introducción	7
Capítulo I	
Antes de mayo. Experiencias de movilización estudiantil en los años sesenta	11
Por Laura Luciani	
Capítulo II	
Entre minifaldas y barricadas, jóvenes rosarinas en los años sesenta. Memorias, imaginarios y representaciones	29
Por Mariana Bortolotti y Desiree Restovich	
Capítulo III	
Algo más que comer y dormir. Una mirada sobre dos espacios de sociabilidad estudiantil: el comedor universitario y las casas de estudiantes	47
Por Sabrina Grimi	
Capítulo IV	
Laica o Libre y Rosariazo(s). La participación política de las y los estudiantes secundarios. 1958-1969	63
Por Carla Di Terlizzi	
Capítulo V	
Memorias desde la militancia	79
Por Aldo Mangiaterra	
Referencias bibliográficas	97

INTRODUCCIÓN

El presente libro es producto del trabajo colectivo que llevamos adelante desde el proyecto de investigación “Juventudes y movimientos estudiantiles, Rosario en la segunda mitad del siglo XX. Estudios en el cruce de escalas local, nacional y trasnacional” cuyo objetivo es examinar, desde un enfoque situado en la ciudad, las prácticas políticas, sociales y culturales de las juventudes en general y de los movimientos estudiantiles en particular a partir de la segunda mitad del siglo XX¹. Asimismo, es subsidiario de un desarrollo previo, el taller de Memorias “1969, el Rosariazo” que realizamos conjuntamente miembros del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Historia Oral y Social y el gremio de docentes universitarios COAD durante el mes de septiembre de 2019, experiencia que nos acercó a narrativas testimoniales que recuperaban la vitalidad de esa coyuntura.

De allí que este libro esté dedicado especialmente a una coyuntura particular, los años sesenta, entendidos aquí en una temporalidad específica que recorre los avatares de la vida política, social y cultural de jóvenes y estudiantes entre finales de los años cincuenta e inicios de los setenta. Una década extendida en la cual aquellas y aquellos tuvieron una singular presencia asumiendo posicionamientos políticos frente a diversos escenarios nacionales; el debate por la educación Laica o Libre, el golpe de Estado de junio de 1966 y la dictadura de Onganía, así como la política universitaria instaurada por esta, la participación en las intensas movilizaciones sociales de 1969 y sus proyecciones posteriores. Pero también fue una década de gestación de proyectos culturales y contraculturales donde las y los jóvenes participaron activamente, de nuevos escenarios de sociabilidad juvenil, de emergencia de nuevas miradas en torno al rol de las mujeres jóvenes, su educación y relación con

1 Se hace referencia al Proyecto de Investigación: *Juventudes y movimientos estudiantiles, Rosario en la segunda mitad del siglo XX. Estudios en el cruce de escalas local, nacional y trasnacional*, dirigido por Laura Luciani, co dirigido por Mariana Bortolotti. Integrantes: Sabrina Grimi, Carla Di Terlizzi, Desiree Restovich y Aldo Mangiaterra, acreditado por la Universidad Nacional de Rosario, resolución 270/2021.

el ámbito laboral, la familia, la pareja. Fue un tiempo que trastocó ideas, sentimientos, experiencias y habilitó nuevas formas, diversas, múltiples, de ser joven, en ocasiones en contrapunto con las expectativas adultas.

Decidimos atender a esas coordenadas temporales con un análisis que recorre la geografía de Rosario, pues consideramos que los estudios sobre experiencias juveniles urbanas ameritan una localización que permita identificar las marcas epocales que ellas construyeron. Pero además porque aquella ciudad se ha visto impregnada a lo largo de su historia por una presencia juvenil que irremediablemente irrumpió —e irrumpe— en el escenario público, volviéndose explícita como huella generacional.

El libro, compuesto de cinco capítulos, lejos está de agotar todas las problemáticas circunscriptas a la historia de jóvenes en esos años. Más bien se propone iluminar algunos pasajes de su devenir que entendemos centrales para comprender aquellos años. Los dos primeros se centran en los juveniles años sesenta desde perspectivas y problemáticas diferentes. En “Antes de mayo”, Laura Luciani indaga en algunos aspectos de la movilización estudiantil rosarina previa a los sucesos más revisitados en términos historiográficos, 1969, y lo hace atendiendo a una lectura que articula sus experiencias con las dinámicas específicas que asumió la universidad y la política educativa en la ciudad. Por su parte, Mariana Bortolotti y Desiree Restovich avanzan en reponer el cruce entre generación y género a la hora de explorar las experiencias de las jóvenes en los años sesenta a partir de las representaciones y discursos que circularon en la ciudad. Sondean además las configuraciones de la presencia de mujeres en las movilizaciones callejeras y sus devenires políticos.

Los dos siguientes exploran temáticas que, vinculadas con la experiencia estudiantil universitaria, reponen otras temporalidades y objetos de estudios. En el tercer capítulo, Sabrina Grimi, recupera específicamente dos espacios de sociabilidad de las y los universitarios; el comedor estudiantil y las casas de estudiantes. Desde una mirada que recorre una temporalidad extensa, analiza las políticas desplegadas hacia estos espacios desde la gestión, así como el modo en que se convirtieron en dinamizadores del encuentro y debate entre estudiantes. Carla Di Terlizzi se adentra en el universo de estudiantes de escuelas secundarias con el objetivo de recuperar experiencias de acción política desplegadas en dos momentos de fuerte activación estudiantil, 1958 y 1969. Su propuesta permite indagar en los horizontes de acción de un movimiento

generalmente poco explorado en sus dinámicas de actuación y organización.

Cierra este libro las memorias de Aldo Mangiaterra, estudiante y militante que participó de diversos escenarios de conflictividad entre finales de los años cincuenta y principios de los setenta. Vale decir que su integración en el proyecto y el libro ha sido fundamental: fue quien más impulsó la propuesta de un equipo de investigación local sobre el movimiento estudiantil rosarino. Como compiladoras, agradecemos su incansable persistencia sin la cual este libro no sería posible.

Antes de mayo
Experiencias de movilización estudiantil
en los años sesenta

Laura Luciani²

Los estudios sobre movimiento estudiantil en la universidad argentina han tematizado en torno a la significación del año 1969, inscriptos en dos coordenadas, las intensas manifestaciones juveniles a nivel global y la relación entre ese proceso y las transformaciones que se produjeron en tiempos posteriores. En ese marco, suele analizarse el llamado primer Rosariazo, aquellas masivas protestas del mes de mayo en la ciudad, producidas en repudio al asesinato de los estudiantes Juan José Cabral –en Corrientes– y Adolfo Ramón Bello –en Rosario– y que cobraría una nueva víctima joven, Luis Norberto Blanco. La rebelión social impregnó diferentes ciudades del país en ese año y marcó el inicio de un proceso de radicalización política a un nivel más general y en particular en la universidad.

No obstante, es necesario matizar y complejizar esta lectura. Otras investigaciones (Bonavena, 2003; Vega 2019) plantearon que el periodo precedente fue constitutivo de ese movimiento, dimensión que ha sido opacada por los azos. En ese sentido, es necesario reponer algunos aspectos en relación a las particularidades que asumió la universidad en dictadura, las dinámicas específicas del estudiantado en Rosario y sus vinculaciones con otros actores sociales con los cuales establecieron vínculos y accionaron en conjunto.

2 Historiadora. Docente de la Facultad de Humanidades y Artes, UNR. Co directora del Programa de Preservación Documental de la Facultad de Humanidades: Historia, memoria y política de la Facultad de Humanidades y Artes (PPDFHYA).

El artículo indaga en los años previos para identificar algunos de los conflictos centrales que se desplegaron en este ámbito donde se advierte un flujo de activación política, con variantes a partir del golpe de Estado de Onganía, que marcó un primer momento de reposición de acciones del estudiantado y que, en ocasiones, fueron experiencias iniciales en la configuración de militancias políticas, dentro de la universidad y fuera de ella. En este sentido se sostiene, tal como ha planteado Vega (2014), que el movimiento estudiantil fue un componente importante en el proceso de radicalización social vivido en Argentina a finales de los años sesenta.

Al mismo tiempo, explora el modo en que se definieron las relaciones entre sociedad y alumnado universitario en esa particular coyuntura. Lejos de pretender una lectura general se identifican las particularidades que esta experiencia adquirió en Rosario al calor de una serie de cambios que se desplegaron entre finales de los años cincuenta e inicios de la década siguiente.

La sede Rosario de la Universidad Nacional del Litoral frente al golpe de 1966

La sede Rosario de la UNL contaba a mediados de los años sesenta con las siguientes facultades: Ciencias Médicas, Filosofía y Letras, Ciencias Exactas, Ingeniería y Arquitectura; Ciencias Económicas, Derecho y Ciencias Políticas (en 1967 se desprendería la Facultad de Derecho); Odontología y Ciencias Agrarias. Para 1968 concentraba 14564 de los 18000 estudiantes de la UNL, siendo las carreras más solicitadas Medicina, Derecho y Económicas. Desde mediados de los años cincuenta, en consonancia con lo ocurrido en otras universidades del país³, su expansión venía en alza, acorde a un ciclo económico ascendente, la baja tasa de desempleo, el sostenido ingreso salarial en sectores trabajadores y de clase media y la masificación de la educación secundaria que caracterizó el periodo. Se sumaba, además, otra dimensión, la incorporación de más mujeres al nivel educativo superior. Si bien ese proceso no era novedoso en Filosofía y Letras, con matrícula feminizada desde sus inicios (Entrocassi Varela y Bianchi, 2021), afectó otras carreras donde la incorporación fue paulatina.

3 Entre 1958 y 1967 el número de estudiantes universitarios nacional se incrementó en un 75%.

La gestión del rector Cortés Solís Pla (1963-1966), con un fuerte impulso en la reestructuración y creación de nuevas carreras, modernización de planes de estudio, crecimiento significativo de estudiantes y aumento de la planta docente, no estuvo exenta de conflictos. Uno de ellos se expresaba en la dificultad por mantener un equilibrio de poder entre las distintas sedes, teniendo en cuenta el crecimiento que experimentaron, especialmente en Rosario (Salomón, 2018). Fue, también, una gestión inscripta en un nuevo escenario político y social, nacional e internacional, que agitó ciertos debates, especialmente en el claustro estudiantil.

La definición de su rol y los intereses que representaba se constituyó en la plataforma sobre la cual disputaron diversos sectores, fundamentalmente luego de la revolución cubana. Ello, junto a los pronunciamientos frente a la coyuntura internacional, especialmente latinoamericana, marcó a fuego las experiencias de la casa de estudios en el primer lustro de la década del sesenta. Para algunos memoriosos, la invasión de Santo Domingo, producida en abril de 1965, fue una bisagra en la configuración de los posicionamientos desde la universidad. La gestión de Pla se definió contra la ocupación. De igual modo se pronunció el Consejo Superior, aunque sin lograr quórum. Las delegaciones estudiantiles rosarinas y santafesinas organizaron una manifestación por la ciudad capital que culminó con detenidos⁴. Asimismo, Aldo Mangiaterra recuerda el acto realizado en plaza Pringles, ciudad de Rosario, con funcionarios universitarios, manifestación que podía leerse como la intervención de una gestión con marcados tintes antiimperialistas⁵.

Cuestionaron estos posicionamientos y los caracterizaron como ajenos al deber de la institución, otros sectores de la comunidad. Ya Bozza (2008) ha planteado que la intervención en Santo Domingo impulsó manifestaciones anticomunistas latentes en diversos ámbitos, no solo en aquellos que tradicionalmente se habían posicionado en ese lugar –como las Fuerzas Armadas o la Iglesia– sino también en otros espacios donde “proliferaron, con significativa sincronía, asociaciones que hicieron del anticomunismo una práctica profesional” (Bozza, 2008: 9). Asimismo, es posible identificar que hacia 1965 y 1966 se expandieron una serie de discursos que alentaron una visión de la universidad

4 *El Litoral*, 8/05/1965.

5 Entrevista a Aldo Mangiaterra. realizada en julio de 2021 en el marco del proyecto de investigación.

en crisis y caracterizada por la “infiltración comunista” (Manzano, 2017: 107). En ese contexto, fue evidente que actuaban sectores de derecha al interior de la universidad, críticos de su agitada vida política y de sus intervenciones en el espacio público (Luciani, 2021).

Entonces, cuando se produjo el golpe de Estado de 1966 existía en la UNL una compleja matriz de acciones, sobre las cuales la intervención y el nuevo estatuto se resignificaron y superpusieron. El rector, el Consejo Superior y los decanos rechazaron de plano el cercenamiento de la autonomía universitaria y renunciaron. De igual modo, esta definición involucró, en algunas facultades, a un número significativo de docentes (Viano, 2021) que definieron su posición poco después de la llamada “Noche de los bastones largos”.

Otros miembros de la comunidad, aquellos que habían esgrimido sus críticas, no siguieron el mismo derrotero y se reacomodaron en la nueva coyuntura e incluso asumieron lugares de gestión. Es el caso de Manuel De Juano, director de la Escuela de Derecho de la Facultad de Ciencias Económicas –sede Rosario–, quien fue designado rector de la UNL luego del golpe. En su discurso de asunción exaltaba y acompañaba la intervención ya que ha “venido a despejar el camino de la liberación (...) cuando sus destinos se regían a consecuencia de mandatos extraños”⁶.

En pocos meses, las autoridades interventoras se acompasaron a la política universitaria nacional y los decanos designados acompañaron los posicionamientos del rectorado sosteniendo que la despolitización de la universidad permitiría ingresar en: “el camino fecundo de las innovaciones que la revolución exige, haciéndolo en materia de métodos de docencia e investigación y contenido de la enseñanza, así como también de los regímenes de promoción”⁷.

Mientras se producían estos reacomodamientos, desplazamientos y tensiones en el claustro docente –que eran aceptados con beneplácito por un importante sector de la sociedad– las y los estudiantes iniciaban un proceso de oposición a la política educativa nacional y a la intervención local. La mayoría de los relatos que narran esos primeros momentos de la dictadura, no se definen desde un posicionamiento político-partidario específico, lo hacen, fundamentalmente, como un disgusto frente a la ruptura de las prácticas cotidianas en las cuales se asentaba la vida estudiantil. Luis Díaz Molano, dirigente universitario en aquellos

6 Discurso de asunción, Manuel De Juano, agosto de 1966.

7 *El Litoral*, 10/05/1967.

años señala: “La primera cosa que irritó mucho (...) cuando se reabre [la facultad] para entrar hay que presentar documento a unos tipos de civil que todos sabíamos que eran policías⁸”. Ana Esther Koldorf recuerda de modo similar los días posteriores al golpe. Si bien con cierta militancia en el reformismo, aquello que marcó su devenir político fue que “coartaran mi derecho a estudiar”, algo que expresa en una anécdota, el cierre de la Facultad y las fuerzas impidiendo su entrada⁹.

Esta impronta de la dictadura nos permite pensar que los cambios no operaron exclusivamente sobre un sector politizado del estudiantado universitario y que habilitaron un crecimiento de acciones, por un período breve, en forma clandestina y opositoras a la gestión, que derivaría, en algunos casos, en el incipiente acercamiento a la militancia.

En el interregno entre la caída del peronismo y el golpe de 1966 muchos cambios se sucedieron en el movimiento estudiantil, especialmente en aquellos sectores que crecieron y se consolidaron en este nuevo escenario de desperonización, el reformismo y el humanismo. A su vez, otro conjunto de transformaciones se produjeron luego de la intervención de la universidad, aspecto que modificó sensiblemente la vida de las agrupaciones políticas. Las renunciadas y cesantías de docentes, el desalojo y prohibición de actividad política y la fuerte represión, fueron configurativos de los modos en que estas se organizaron ya desde esa dictadura. Los cambios en sus orientaciones y las escisiones fueron aspectos que caracterizaron ese período, lo cual vuelve difícil construir una mirada panorámica que permita iluminar todas sus variaciones y matices. No obstante, se pueden definir algunas líneas que permiten trazar elementos de continuidad y rupturas en ese proceso.

El Humanismo como agrupación no reformista y antiperonista había tenido una fuerte presencia desde el '55 (Entrocassi Varela, 2020; Zanca, 2018) pero perdía relevancia luego de la disputa por la “Laica o libre” sin desaparecer de la escena universitaria. Hacia finales de la década del cincuenta, su radio de acción más importante se encontraba en Medicina, Económicas y Filosofía y Letras. Junto con el movimien-

8 Entrevista a Luis Díaz Molano. Estudiante de la Facultad de Derecho entre 1966 y 1971, militante del MENAP (Movimiento Estudiantil Nacional de Acción Popular, presidente del Centro de Estudiantes en 1969, e integrante de la junta ejecutiva de la Federación Universitaria Argentina (FUA) en 1969. Falleció en el año 2017. Marzo de 2014, grabación de voz.

9 CLIHOS UNR. (31 de diciembre de 2019) Primer encuentro Talleres de Memorias: 1969, Rosario. [Archivo de video] <https://www.youtube.com/watch?v=dQGnkwvAFtw&t=1792s>.

to Ateneísta, también antirreformista y antiperonista, configuraban la presencia de agrupaciones de católicas en la universidad. Tanto el Humanismo como el Ateneísmo sufrieron, luego del golpe, un importante desgranamiento de militantes que se definieron en otros horizontes políticos, especial pero no exclusivamente, en el peronismo. Se verifica además la actuación de un amplio espectro de agrupaciones estudiantiles reformistas, tanto de izquierda como aquellas que no se inscribieron en ese universo¹⁰, que crecieron en los años sesenta sin adquirir un perfil homogéneo. La existencia de agrupaciones peronistas puede precisarse hacia la segunda mitad de los años sesenta, especialmente destaca su transformación y resignificación hacia finales de la década. Completaban el cuadro un amplio espectro de agrupaciones “independientes” que, en algunos casos articulaban sus acciones con sectores de izquierda, en otros, referían a un universo marcadamente de derecha.

Precisando, puede indicarse que luego del golpe destacó por su presencia en acciones y militancia el Movimiento Universitario Reformista perteneciente a la Federación Juvenil Comunista que tenía una importante trayectoria en el ámbito universitario. A partir de la ruptura interna que sufrió el partido en 1968, un significativo grupo de estudiantes perteneciente a esa corriente, y muchos de ellos referentes rosarinos, se escindió y constituyó el Partido Comunista-Comité de Reorganización Revolucionaria que devendría luego en el Partido Comunista Revolucionario. Su agrupación, el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda, hegemonizó el escenario en el período 1968-1971 en varias Facultades de la ciudad. El reformismo incorporaba además otras expresiones. El Movimiento Nacional Reformista, agrupación vinculada al Partido Socialista que nació a principios de la década con fuerte influencia en las universidades en Córdoba, el Litoral y Tucumán (Suárez, 2019). En la sede local tuvo una significativa presencia en la Facultad de Medicina y en Derecho. En 1968 surgió Franja Morada que inicialmente nucleaba a sectores radicales, anarquistas, socialistas e independientes aunque luego de escisiones devendría en la mayor fuerza estudiantil del partido radical. También se verifica la acción de agrupaciones trotskistas, como aquella vinculada a Palabra Obrera y que luego constitu-

10 Nayla Pis Diez diferencia entre agrupaciones reformistas de izquierda y las llamadas “auténticas” o “democráticas”, que en general se definen por su anticomunismo y antiperonismo, reforzando el primero fundamentalmente luego de la revolución cubana (Pis Diez, 2022: 169 y ss.)

yó en Avanzada Socialista (agrupación del PRT), cuya participación se constata al menos en la Facultad de Filosofía y Letras y en Medicina. La Agrupación Universitaria Liberación, brazo estudiantil del Movimiento de Liberación Nacional (Oliva y Oliva, s/f), tuvo su incidencia entre docentes y estudiantes de la Facultad de Filosofía.

Ya en dictadura emergieron otras expresiones que se acercaban o se inscribían en el peronismo. El Frente Estudiantil Nacional, de vertiente marxista pero de “pasaje al peronismo” (Reta, 2009), tuvo su mayor incidencia en la Facultad de Ciencias Matemáticas, Físico Químicas y Naturales aplicadas a la Industria; la Agrupación Universitaria de Estudiantes del Litoral (UEL), agrupación que tuvo actuación destacada en la Facultad de Ciencias Económicas y conformaría posteriormente la Unión Nacional de Estudiantes (UNE). Posterior a las manifestaciones populares de finales de la década, se modificó sensiblemente la presencia de agrupaciones peronistas en la universidad y también sus expresiones, surgiendo, por ejemplo, el Movimiento Personalista que en la década siguiente confluyó en la Juventud Universitaria Peronista (JUP).

Los primeros desafíos de la acción se concentraron dentro de las facultades, con variaciones en los repertorios de confrontación y se fueron articulando entre sí en escenarios específicos que serán abordados a continuación.

Resistencias a la intervención. El movimiento estudiantil rosarino

Siguiendo directivas nacionales, en abril de 1967 el rector de la UNL, resolvió que las agrupaciones tenían solo 10 días para comunicar las respectivas comisiones directivas y datos personales de sus integrantes. Estableció que “aún cuando se invoque la representación de agrupaciones estudiantiles” las gestiones serían consideradas actos personales¹¹.

Algunas medidas, inclusive, se habían adelantado a dichas resoluciones. En noviembre de 1966, Roberto Brie, decano de Filosofía y Letras –aquel que la revista *Boom* reconociera como “el que más veces ha llamado a la policía”– dejaba sin efecto el uso del espacio que estaba destinado al Centro de Estudiantes desde marzo de 1956 ya que consideraba que “Las reiteradas manifestaciones, de palabra y por escrito, de claro contenido politizante” eran “contrarias al espíritu académico que

11 *El Litoral*, 11/04/1967.

debe evitar convertir la ciencia y las altas casas de estudio en instrumentos de ideologías políticas de cualquier tipo, ni debe permitir que los claustros se conviertan en campo de lucha política o ideológica”¹². Tomaba esta definición luego que las agrupaciones se negaran a otorgar nombres de sus autoridades o referentes.

Otras disposiciones buscaron depurar el espacio de la facultad, adivinaban la necesidad de restaurar el orden como principio de autoridad y se validaba “requerir el concurso de la fuerza pública” si se consideraba necesario¹³. De igual modo, se aplicaron sanciones. Luego de una serie de huelgas y acciones estudiantiles, el decano apercibió a quince jóvenes y suspendió a veintisiete impidiendo su ingreso al edificio¹⁴. Alicia recuerda los sucesos. Un día después que Brie las y los encontrara agitando una huelga en el hall, les convocó a su despacho e informó la suspensión:

Nosotros todos los días íbamos a la facultad, queríamos y no nos dejaban entrar. Estaba, muchas veces parado en la puerta, el agente Lezcano que después mató a Bello en la galería Melipal.¹⁵ Y él nos veía, nos tenía recontra junados, nos conocía absolutamente. ‘usted no entra’ así que dábamos la vuelta, nos íbamos al Iberia a tomar café a charlar¹⁶...

Como consecuencia de ello, estudiantes a quienes se les realizaba sumario solicitaron ayuda a un abogado, Felipe Rodríguez Araya¹⁷, quien acompañó la apelación con el siguiente texto:

“Las sanciones que se impusieron, implicaron un hecho de fuerza sin precedentes, propio de un régimen totalitario, que desconoce elementales derechos humanos y recuerdan procedimientos de la Alemania nazi, de la Italia fascista o de la España Franquista¹⁸”.

12 Resolución 1532/66, Caja 1966. *PPDFHyA*, Rosario.

13 Expediente 155179, nota 1289/66. Caja notas 1966. *PPDFHyA*, Rosario.

14 Resolución 1544 y 1553, Caja 1960. *PPDFHyA*, Rosario.

15 Refiere al oficial inspector Juan Agustín Lezcano quien fue el autor del disparo que asesinó a Ramón Bello en los sucesos del 17 de mayo de 1969.

16 Entrevista a Alicia Ferrero. Estudiante de la carrera de Psicología entre 1962 y 1970, militante de Malena primero y del Movimiento Revolucionario Peronista después. Julio de 2020.

17 Reconocido profesional, militante radical y defensor de presos políticos. Fue asesinado por una patota parapolicial junto con Luis Eduardo Lezcano en octubre de 1975.

18 *El Litoral*, 29/11/1966.

Las personas sancionadas fueron readmitidas a mediados de 1967, en la mayoría de los casos porque se deslindaron responsabilidades, en tres porque el tiempo transcurrido era mayor al de la sanción establecida. Cuando se reincorporaron ya había pasado varios meses de intervención y: “la facultad era una lágrima”¹⁹ La imagen de una casa de estudios devastada impide pensar que, con todo, esos años mantuvieron vivo cierto debate académico, intelectual y político que en cada facultad se dotaba de contenidos específicos.

Una primera dimensión se verifica en las diferentes modalidades de resistencia y protesta. Según la revista *Boom*, Filosofía y Medicina lideraron los conflictos. También se advierte una significativa afluencia de jóvenes en las asambleas y movilizaciones realizadas en esos primeros meses de dictadura. Todas ellas culminaban con la intervención de la policía, y altos índices de heridos y detenidos. Es el caso de la asamblea en la Facultad de Matemáticas a fines de septiembre que culminó con manifestaciones callejeras y fue reprimida; la concentración iniciada en Económicas en homenaje a Santiago Pampillón²⁰, dispersada, reprimida y con detenidos. En suma, una serie de acciones que se sucedieron en forma desarticulada entre sí y que, junto a aquellas llevadas adelante por docentes, cuestionaban, en simultáneo, la intervención y reestructuración²¹.

El estudiantado también avanzó en críticas a los cambios establecidos en las carreras. Para el año 1967 los reclamos en Filosofía y Letras se centraron en los planes de estudios, contra la departamentalización que imponía la nueva ley y contra las sanciones a estudiantes. Pretendieron tomar decanato: “el decano se atrincheró ahí adentro, y todos nosotros afuera, y por supuesto vino la policía²²”. En la carrera de Psicología también se desarrollaron asambleas, donde se debatió el desdoblamiento de la mesa, servicios de Obra Social y el repudio a la intervención, la ilegalidad del movimiento estudiantil y la jornada de

19 Alicia Ferrero.

20 Santiago Pampillón, obrero y estudiante cordobés asesinado por fuerzas represivas el 12 de septiembre de 1966.

21 *Boom*, año 1, n° 2, septiembre de 1968.

22 Entrevista a Mónica Billoni. Estudiante de Filosofía, ingresó en 1967, militó en el Malena y durante la última dictadura se exilió en España. Volvió a Argentina ya en los años ochenta y fue docente en la Facultad de Ciencia Política y la Facultad de Humanidades hasta hace pocos años. Marzo de 2018, grabación de voz.

lucha frente al segundo aniversario de la muerte de Pampillón²³. Mónica recuerda que las asambleas en esa facultad se realizaban en contadas ocasiones:

La lista de oradores se armaba con los dirigentes estudiantiles que eran grandes oradores (...) desde gente que iba con el *¿Qué Hacer?* de Lenin y citaba dentro de su *speech* político o de algún otro texto (...) esos eran todos varones. Yo no recuerdo una sola mujer, ni siquiera Silvia [por Silvia Cragnolino], o quizás Silvia que era la dirigente de Avanzada²⁴.

Luis Díaz Molano señalaba que la confrontación con las autoridades tuvo un cariz peculiar en los primeros años de dictadura. Allí, donde existía larga tradición de asambleas, se plantearon retomarlas: “sacamos varias cosas, hacer petitorios, hablar con profesores, hablar con el decano, hasta que decidimos hacer de *prepo* una asamblea en el patio de derecho” La segunda se realizó con la venia del decano quien les dijo “no hagan salvajadas”. Las luchas iniciadas a posteriori tuvieron resultados diversos, no pudieron restringir el examen de ingreso, pero lograron incorporar un turno de exámenes entre julio y diciembre. Así “se avanzaba y se perdía” relata Díaz Molano, lo cual permite advertir que no hubo un camino único en las dinámicas de acción estudiantil y la relación con las autoridades interventoras. Ahora bien, se evidenció la coordinación de agrupaciones diferentes, pero con algunos objetivos comunes. Francisco Iturraspe recuerda que la coordinadora de Derecho la constituían sectores de Franja Morada, el Movimiento Nacional de Derecho (de filiación peronista), el FEN y el Centro de Estudiantes liderado por Luis Díaz Molano²⁵.

Otro caso significativo es el de Medicina, que había tenido en los primeros años sesenta una activa politización. Luego del golpe, el decano interventor, Juan P. Picena, convocó a la policía a ocupar la casa de estudios prohibiendo reuniones. Los sucesos más conflictivos se desarrollaron entre septiembre y octubre de 1966. El reclamo que aglutinó a estudiantes fue la derogación de la ley 16912 –que promulgó la intervención de las universidades–, el retiro de fuerzas policiales y la suspensión

23 Exp. 14003, caja 1960, *PPDFH*.

24 Mónica Billoni.

25 Francisco Iturraspe en *Conversatorio. Experiencias de militancia. Del Rosarizao a la actualidad*. mayo de 2019. Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR. Registro audiovisual inédito.

de sanciones a personas detenidas —como el presidente de la agrupación Humanista, Fabricio Tirante—. El 20 de septiembre el estudiantado llevó a cabo una asamblea en el barrio de El Saladillo donde sufrieron represión policial y recibieron la solidaridad de los vecinos. El párroco de la Iglesia de Nuestra Señora Itatí también colaboró con los jóvenes, era Santiago Mac Guire quien formó parte del Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo (Lezcano, 2021). Al igual que en Filosofía, el decano de Medicina sancionó a estudiantes.

Fuera de las demandas estrictamente gremiales, cabe destacar el rol que cumplieron algunos espacios en la recepción y canalización de las expectativas juveniles. Los debates académicos, intelectuales y políticos se sucedieron entre los pasillos de las facultades y en ámbitos formales e informales fuera de ella. Uno de estos referentes fue el Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre creado tiempo después de las renunciadas masivas de docentes de la Facultad homónima. El centro pretendía recuperar el espíritu de debate a través de cursos, seminarios y actividades a los cuales fundamentalmente asistieron jóvenes cursantes en la universidad. Otro fue el Centro de Estudios de Derecho, Economía y Administración (CEDEA) creado en julio de 1966 por referentes de la Facultad de Económicas. Según el ex decano Gorbán, quien había renunciado frente a la intervención, este centro había surgido como respuesta a las restricciones impuestas en la universidad nucleando a un conjunto de docentes y ex alumnos bajo las banderas de la autonomía. El centro buscaba “llenar ese vacío a nivel científico que actualmente reina en las universidades”²⁶ y funcionaba en Córdoba al 1700, en el mismo lugar que ocupaba el Centro de Filosofía y Letras.

Mónica recuerda además que la vida política y académica no se perdió del todo y los espacios de discusión se mantuvieron dentro pero especialmente fuera del aula y señala algunos bares donde transcurría parte de su vida estudiantil como el Iberia: Y allí estaba siempre el viejo Aldo [por Aldo Oliva] dando alguna conferencia informal sobre algo, y a mí me parecía fascinante, sentarme a escuchar todo lo que decía, fuera de literatura, de filosofía, porque era un hombre cultísimo²⁷. Esos ámbitos de encuentro intelectual y académico fueron también una frontera, lábil y permeable para el debate político en dictadura. Queda en evidencia que, mientras las autoridades aplicaban medidas cada vez

26 *Boom*, año 1, n° 11, julio de 1969.

27 Mónica Billoni.

más restrictivas, depuraban las aulas de docentes que no eran afines y sancionaban a estudiantes, el movimiento que se había alzado en los primeros meses, iniciaba una fase de activismo más fragmentado, se reconstruía desde los márgenes y se concentraba en problemas específicos. Si hasta finales de 1966 la demanda principal era el cuestionamiento a la intervención, el reclamo del sostenimiento del cogobierno, los cupos de ingreso, un año después se ensamblaron otras demandas. La promulgación de la ley orgánica concitó estrategias y movilizaciones desiguales, poco coordinadas e incluso se evidenció un escaso interés por posicionarse contra el proceso de racionalización administrativa como la creación de la Universidad Nacional de Rosario en noviembre de 1968.

Ahora bien, junto a esa dinámica más desarticulada, algunas cuestiones específicas incitaron la acción conjunta y la rearticulación del movimiento estudiantil. Un eje transversal que lo recorrió entre el inicio del golpe y las insurrecciones de 1969 fue la represión policial y el repudio que esto concitó, impulsándolo a la manifestación callejera. No obstante, es posible pensar que hacia 1968 se produjeron cambios que alentaron a la reconstrucción más estructurada del movimiento en la cual confluían demandas específicas con consignas generales, aspecto que les permitía articular con otros sectores. Díaz Molano señala a 1968 como el año “de la ofensiva”, con la recreación del Centro de Estudiantes con espacio propio en la facultad ya que estos “se habían ido recreando en los hechos, pero por nosotros, pero no lográbamos acuerdos para establecer una FUR, no había una federación, a nivel Rosario, funcionaba una intercentros que era complicadísimo lograr consenso, y funcionaba una inter tendencias”. La creación de un espacio coordinador permitió la confluencia y acción conjunta de agrupaciones que provenían de tradiciones políticas diferentes. Se iniciaba entonces un nuevo momento en la organización estudiantil, cuando objetivos más generales permitieron construir lazos comunes entre agrupaciones reformistas, peronistas y de corte independiente. Este fue un rasgo que marcó la dinámica organizativa hacia 1969.

Hacia el mayo rosarino, los vínculos

Si el movimiento estudiantil rosarino había tenido cierto protagonismo en las calles, mayor incluso al de otras universidades (Bonavena y Millán, 2007), queda en evidencia que su acción fue casi en soledad o

al menos gestando vínculos fragmentarios con otros espacios. Pero esa situación se revirtió hacia el año 1968 cuando distintos sectores de la sociedad comenzaron a repudiar la represión a estudiantes y plantearon un acompañamiento a sus luchas²⁸.

En Rosario, los actos de homenaje al cincuentenario de la Reforma Universitaria culminaron en conflicto y represión policial, al igual que en otras universidades nacionales, pero aquí escaló al punto de convertirse en un momento de fuerte tensión entre diversos actores de la provincia, suceso que es central para comprender no solo la dinámica estudiantil sino local y provincial de allí en adelante.

Vale narrar los acontecimientos con detenimiento. En la ciudad, la Comisión pro homenaje, constituida por referentes del socialismo y radicalismo principalmente, se había propuesto realizar una serie de actos los días 13 y 14 de junio de 1968 en dos escenarios céntricos, el primer día en el bar Centre Catalá, frente a las puertas de Filosofía y Letras; el siguiente, a pocas cuadras, frente al Cine El Nilo. Ambos actos estaban previstos con aprobación judicial, tramitadas por los jueces Juan Carlos Gardella (Civil y Comercial) y Armando Frávega (Trabajo). No obstante, las autoridades policiales impidieron las actividades, resultando heridos y arrestados, algunos jóvenes –todos ellos varones–. Las autoridades judiciales se hicieron presentes junto a miembros del Colegio de Abogados aduciendo la legitimidad de los homenajes previstos, sin respuesta satisfactoria. El conflicto se mantuvo por varios días y con fuertes tensiones:

Dos centenares de estudiantes promovieron disturbios en la zona céntrica protestando por la reciente represión policial a las manifestaciones conmemorativas del aniversario de la Reforma Universitaria y reclamando “la liberación nacional”. () Entre tanto en medios judiciales continúa el enfrentamiento legal entre los magistrados locales y las autoridades policiales²⁹.

Este no fue un incidente menor y recibió la solidaridad de diversas fuerzas. Como vimos, el Colegio de Abogados rápidamente acompañó a los jueces y repudió el accionar policial. También, luego de los incidentes, el PDP cuestionó la represión y otorgó “su apoyo al Poder

28 Ya Gordillo (2019) ha planteado la relevancia de ese año como momento de articulación de diversos sectores e integrador de un discurso que habilitara su agencia.

29 *El Litoral*, 19/06/1968.

Judicial... única garantía de vida civilizada que queda en el país frente a la prepotencia de la dictadura”. Docentes de Derecho y Ciencia Política y las agrupaciones estudiantiles reformistas repudiaron los hechos³⁰. Si la represión a las manifestaciones no era algo nuevo, lo novedoso de este suceso residía en el desconocimiento a las autoridades judiciales y sus disposiciones, aspecto que claramente marcó un punto de inflexión.

A partir de entonces, se abrió un escenario de tensión entre las autoridades judiciales y policiales cuando los jueces actuantes, aplicaron arresto al jefe de la policía local, Abel Verdaguer, y a dos comisarios por desacatar órdenes judiciales. Verdaguer manifestó no haber incurrido en falta y presentó un recurso de apelación donde sostenía que solo cumplía las funciones que le confería la Ley Orgánica de la Policía. Luego de la orden de arresto fueron arrojados volantes con la inscripción de la Policía de Santa Fe donde se reclamaba dejara sin efecto las sanciones judiciales³¹.

La tensión se elevó al plano provincial e implicó la renuncia del entonces ministro Manuel De Juano, otrora rector de la UNL y la intervención del Poder Judicial. El Ejecutivo Nacional nombró en el cargo a Darío Saráchaga, hecho que suscitó el repudio de abogados y referentes del poder judicial local³². Los sucesos que rodean a este episodio permiten advertir la fuerte articulación entre sectores estudiantiles, letrados y jueces afines que habilitaron, en la medida de lo posible, instancias de acción y movilización y se constituyeron en defensores de las y los jóvenes ante sanciones. Pero además el conflicto evidenció, quizás como nunca antes, que el poder judicial estaba supeditado a las fuerzas represivas y que ello no solo involucraba a jóvenes o sus confrontaciones callejeras.

Así, cuando en mayo de 1969 las y los estudiantes rosarinos salieron a la calle no lo hicieron en soledad y ello se debe, en parte, a los cambios que se fueron operando en meses previos. Sin embargo, la intensidad con que se precipitaron los sucesos de mayo permite advertir la potencia de esas articulaciones, el apoyo y legitimidad que inscribió la ciudadanía en la acción juvenil, recomponiendo tejidos que la dictadura había desarticulado. Es decir, a medida que la represión se hacía más explícita se fueron anudando nuevas relaciones, fraguando una cultura

30 *El Litoral*, 16/06/1968.

31 *El Litoral*, 18 /06/ 1968, p. 3.

32 Para una lectura de sobre la actuación de abogados ver Scocco, 2017. Respecto de la actuación del Colegio Seminario y Luciani, 2021.

de resistencia (Gordillo, 1996: 185 y ss.) que fue palpable en los días de mayo.

Un repaso por los acontecimientos permite advertirlo. Con el aumento del ticket de comedor se iniciaron las protestas. En Corrientes fue abatido, mientras se manifestaba, Juan José Cabral. En repudio, el 17 de mayo, estudiantes se organizaron para movilizar por la zona céntrica de la ciudad de Rosario. Salieron del comedor y a menos de 100 metros, sin llegar a movilizarse, fueron reprimidos. En los intentos por dispersarse, un conjunto de estudiantes se refugió en la galería Melipal, allí la policía baleó al joven Ramón Bello, que moría horas después. El comité de lucha, integrado por el FAUDI, MOR, MNR, Franja Morada, FEN, UEL y otras agrupaciones estudiantiles, convocó a la Marcha del Silencio para el día 21 de mayo, culminaría en un nuevo enfrentamiento con la policía, la ocupación de la radio LT8, la muerte de otro joven de 15 años, obrero metalúrgico, Norberto Blanco y la declaración de Rosario como zona de emergencia bajo control militar. Pocos días después, en Córdoba, se producía otra rebelión popular que marcaba a fuego ese mes de mayo. Iniciaba uno de los ciclos de protesta más importantes de la década, protagonizado por sectores obreros y estudiantes, principio de un proceso de radicalización social y política vasto que conmovió los cimientos de la dictadura.

Debe recordarse que si bien las primeras manifestaciones de repudio a la muerte de Cabral se constituyeron en una acción eminentemente estudiantil, el asesinato de Adolfo Bello modificó la composición de las acciones posteriores. Confluyeron varios aspectos, el asesinato fue a un estudiante, en la zona céntrica de la ciudad, un día sábado, al mediodía, sorprendiendo a transeúntes. Quizás por ello la revista *Boom* destaca “la indignación de la gente que iba tomando incremento”. Asimismo, *La Capital*, el diario de mayor tirada y más antiguo de la ciudad, que no podría considerarse afín a promotores de la protesta social, desnudaba en su informe del día domingo las mentiras del parte policial respecto de la muerte de Bello. De igual modo impactaron las fotos reproducidas por un diario de tirada nacional como *Crónica* y la tapa de la revista *Así* que mostraban los impactos de bala en el rostro de Bello (Viano, 2019: 44).

La convocatoria a la Marcha del Silencio tuvo múltiples adhesiones, desde la CGT de los Argentinos (que acompañó la lucha y ofreció su sindicato ante el cierre del comedor) hasta organizaciones vecinales, estudiantiles, católicas, entidades profesionales. También se verifica el

acompañamiento a la Marcha del Silencio, donde varones y mujeres, jóvenes, adultos y mayores participaron:

No fueron solamente estudiantes (...) Fue muy fuerte la muerte de Bello, de tal manera que yo fui con mis viejos (...) empezó con una sentada en calle Córdoba, yo estaba con mi mamá y mi papá () estábamos los tres sentados y la gente lloraba en la calle, mis viejos lloraban. No solamente estudiantes había gente grande en la calle³³.

Francisco recuerda:

Mi abuelita tenía más de sesenta años, el día de hoy [por la fecha 21 de mayo] era la marcha del silencio y por supuesto que yo iba a la Marcha del Silencio y cuando voy a salir, mi abuelita vestida muy elegantemente con zapatos de taco me dice: Muy bien, vos vas a la marcha pero yo también quiero ir³⁴.

Es interesante consignar el acompañamiento que se desplegaba hacia manifestantes frente al operativo represivo policial. Trabajadores de la construcción y personas del vecindario aportaron materiales para las barricadas o abrieron la puerta a estudiantes. Luis recuerda que al llegar a LT8 “habíamos conseguido tener una sensación de fuerza muy grande”. Apoyos que se leen en sentido amplio, del conjunto de la sociedad hacia una movilización que se percibe y se recuerda como estudiantil, aunque claramente la desbordaba. En días posteriores, cuando ya la situación en la ciudad perdía sus contornos más confrontativos, el cuestionamiento no cesaba. El 25 de mayo varios sacerdotes de la región se negaron a officiar el tradicional Tedeum como modo de repudio a la represión policial entre el 17 y 23 de mayo.

Los sucesos de mayo marcaron un punto de ruptura. A partir de entonces se multiplicaron y masificaron las asambleas, ahora reconocidas por las autoridades. Esto, junto a los vínculos establecidos, definió los contornos de su participación en los acontecimientos ocurridos hacia la segunda mitad del año. En septiembre, el sector ferroviario impulsó un paro en repudio a las sanciones a activistas que tuvo un alto acatamiento.

33 Ana Esther Koldorf, CLIHOS UNR. (31 de diciembre de 2019) Primer encuentro Talleres de Memorias, ya citado. 40 minutos, 30 segundos.

34 Francisco Iturraspe en *Conversatorio Experiencias de militancia. Del Rosario a la actualidad*, ya citado.

to del movimiento obrero. Esa medida fue acompañada por empleados de comercio, profesionales, administrativos y nuevamente convocó a estudiantes (Viano, 2000: 66). El contenido de esta insurrección tenía otros contornos sociales, fundamentalmente obrero, y recorría otra geografía de la ciudad, los barrios, pero contenía aún la potencia estudiantil que se había transformado en esos años de dictadura y había unido sus demandas a la de otros sectores de la sociedad, corroyendo los soportes de la dictadura.

Consideraciones finales

En este artículo se han detallado algunos aspectos del conflicto estudiantil en Rosario en el periodo 1966-1969, para indagar las tramas específicas que adquirió la política universitaria en la región y específicamente en las facultades de Rosario. Se ha llamado la atención sobre la reconstrucción de diferentes espacios de activación política, intelectual, académica que atravesó la vida de la universidad en los primeros años de la dictadura de Onganía, vectores capilares de experiencias frente a la intervención.

Al mismo tiempo, se evidencia que muchas de las demandas de estudiantes se configuraron en torno a problemas específicos y generaron acciones fragmentarias y poco articuladas entre sí. No obstante, queda en evidencia que la movilización alcanzó otra magnitud en algunos momentos, aquellos que convocaron el acompañamiento de diversos sectores. Hemos señalado 1968 como un año bisagra y destacado un acontecimiento local que excedió a un suceso estudiantil para convertirse en un conflicto que tensionó las esferas de poder provincial y nacional. La represión aparece allí como un hilo conductor que limitó su capacidad de acción, pero al mismo tiempo potenció sus vínculos extrauniversitarios, aquellos que hicieron masiva la insurrección del año 1969.

Es cierto que en el recuerdo las movilizaciones de mayo rosarino son estudiantiles, no obstante, se ha revisado dicha premisa al calor de los acompañamientos que se suscitaron. El asesinato de un joven en la ciudad, condensó simbólicamente un proceso que se enraizaba en años previos pero que se plasmó en los enojos que motorizaron la Marcha del Silencio mucho más allá de la comunidad universitaria. Las memorias permiten incorporar una dimensión emocional, donde la salida a la calle, de muchos y muchas no estuvo establecida desde parámetros militantes exclusivamente, sino que permiten advertir los diferentes modos de

asumir, sentir y comprender la dictadura. Por último, queda en evidencia que las intensas movilizaciones de 1969 en Rosario, condensadas en dos momentos, mayo y septiembre, cristalizaron los contornos de un proceso de radicalización en ascenso y, en ese marco, las y los jóvenes configuraron experiencias contestatarias, disruptivas que plantearon nuevos horizontes políticos y culturales dentro de la universidad y fuera de ella.

*Entre minifaldas y barricadas,
jóvenes rosarinas en los años sesenta
Memorias, imaginarios y representaciones*

Mariana Bortolotti³⁵ y Desiree Restovich³⁶

A comienzos del año 1970, la revista rosarina *Boom* lanzaba el siguiente augurio:

Con el advenimiento de la década del 70, la mujer puede estar sujeta a cambios imprevisibles. Si hace algunos años se caracterizó por la agresividad en la moda, (...), el futuro depara, sin embargo, algunas predicciones. El retorno a la línea romántica –abandonada después de 1940–, a los compases melódicos, en vez de la estridente música *beat*, y a una vida menos ‘delirante’, deparan el mejor ejemplo³⁷.

“La mujer de los años 70”, tal como titulaba la revista, debía “reconquistar la suavidad, el *glamour*, que se perdieron en los delirantes años sesenta”. Una joven modelo publicitaria, convocada a trazar las líneas del porvenir femenino, sostenía que “lo importante es el entorno que rodeará a la mujer del futuro que, por sobre todas las cosas, deberá abstenerse de ser agresiva, desafiante. Probablemente, ahí está la clave de ese prototipo”.

35 Mariana Bortolotti es docente en la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, doctoranda en Historia por la FHyA de la UNR y co directora del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Historia Oral y Social (CLIHOS).

36 Desiree Restovich es estudiante avanzada de la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, UNR y miembro de CLIHOS.

37 *Boom*, año 2, n° 18, febrero de 1970.



Imagen 1. Tapa revista *Boom*, año 2, n°18, 1970.
Hemeroteca de la Biblioteca Argentina "Dr. Juan Álvarez", Rosario.

Con referencias al mundo de la moda, el artículo aludía a cambios en los modos de vestir, en los consumos culturales y en las actitudes atravesados por las mujeres en los años precedentes. Los “delirantes” sesentas habían llevado a la pérdida del “*glamour*” femenino y a una actitud “agresiva, desafiante” que ya no correspondía a la mujer del porvenir. Estos señalamientos habilitan a preguntarnos ¿cuál había sido “la mujer de los sesenta”? ¿Qué cambios se habían producido en esa década? ¿Cómo habían impactado en las rosarinas?

Desde comienzos del siglo XX, las mujeres incrementaron su presencia y actuación en el espacio público. No sin idas y vueltas, hacia los años sesenta resultaba innegable el avance femenino en diversas áreas del quehacer social y político. Nuevos espacios sociales, laborales y culturales se habilitaban, alentando cambios en el horizonte de expectativas de las mujeres y modificando, a su vez, las figuraciones en torno a lo femenino. Isabella Cosse ha señalado que para entonces pueden observarse líneas de fuga desde un modelo de femineidad predominante, “de la domesticidad”, pasando por el ideal de la “mujer moderna” hacia el de la “mujer liberada”. Mientras el primero vincula a las mujeres con el hogar y la vida familiar como signo de respetabilidad y decencia, la “mujer moderna” suponía un cambio de estilo hacia un sentido práctico en el vestir y un *aggiornamento* de las costumbres, aunque sin modificar

sustancialmente los mandatos instituidos. Por su parte, el nuevo modelo emergente de la “mujer liberada” referenciaba a la joven que vivía su sexualidad separada de la reproducción y trazaba su proyecto vital más allá del matrimonio y la maternidad. Hacia fines de la década, siguiendo a la autora, este modelo “se radicalizó, asociándose crecientemente con los adjetivos “independiente”, “rebelde” y “emancipada”, y definiendo el sentido común de una nueva generación” (2009: 173).

En las páginas de *Boom* se referenciaba, entonces, un imaginario en transformación sobre el mundo femenino y se apuntaba a una cierta moderación de las dimensiones más rupturistas del modelo de la “mujer liberada”. ¿De qué otros modos circularon estas nuevas modulaciones de lo femenino en la prensa? Partiendo de registros periodísticos y de las memorias de algunas jóvenes, nos interesa explorar qué representaciones se ofrecen de la agencia femenina, de qué maneras se recuerdan a sí mismas y qué nuevos significados se fueron configurando en torno a los roles sociales atribuidos a las mujeres.

Presencias inesperadas

En tiempos de la dictadura militar al mando del Gral. Juan Carlos Onganía, Rosario vivió convulsionadas jornadas marcadas por la movilización estudiantil y obrera, la ocupación de las calles y la disputa con las fuerzas del orden. Entre mayo y septiembre de 1969, la ciudad fue escenario de la protesta social en resistencia al gobierno de facto y su política de ajuste económico y sus intentos de disciplinamiento de los sectores sociales organizados. Los Rosariazos del ‘69 constituyeron un jalón importante en la crisis gubernamental que llevaría a la salida de Onganía de la presidencia y su reemplazo por el Gral. Roberto Levingston en junio de 1970.

La participación de mujeres en los diversos escenarios de la protesta fue puesta en evidencia en la cobertura pormenorizada que realizó la prensa de los eventos tanto de mayo como de septiembre. Un testigo declaraba para el diario local *La Capital* la presencia de “un crecido porcentaje de mujeres”³⁸ entre quienes se manifestaban contra la represión policial durante las protestas estudiantiles de mayo. En los días siguientes se aludía a varias jóvenes mujeres sufriendo “crisis de nervios”³⁹

38 *La Capital*, 20/05/69.

39 *La Capital*, 22/05/69.

en medio de las convulsionadas circunstancias. Por su parte, *Boom*⁴⁰ publicaba una viñeta en su página de humor gráfico que presentaba un diálogo entre policías en el cual un subordinado se excusaba ante su superior: “Ud. no se imagina comisario... ¡La de extremistas disfrazados de mujer que había!”. La revista sensacionalista *Siete días Ilustrados* las retrató en plena faena culinaria preparando la olla popular en el local de la CGT de los Argentinos ante el cierre del comedor universitario⁴¹.

“Los manifestantes, entre los que había muchos jóvenes y mujeres, prendieron fuego al convoy que ardió en su totalidad”⁴², relataba *La Razón* sobre la quema de maquinaria ferroviaria en la Estación Empalme Graneros durante el Rosariazo de septiembre, colocando en la primera línea de las acciones a las mujeres. Entre las imágenes que acompañan el número editado por *Boom*⁴³ al mes siguiente de los acontecimientos, se publicaba la fotografía de una joven a toda carrera portando un palo con presumible destino el de ser parte de una barricada. El pie de foto, “Barricadas: *Allons enfants!*”, emparentaba el accionar de la joven con gestas populares como la Revolución Francesa y, más cercano en el tiempo, el Mayo francés de 1968.

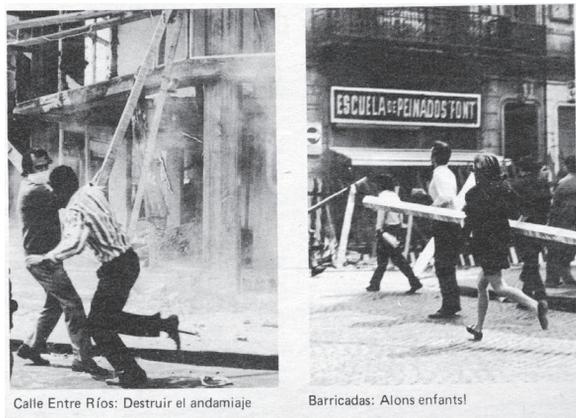


Imagen 2. *Boom*, año 2, n° 14, octubre 1969, fotografía de Carlos Saldi. Hemeroteca de la Biblioteca Argentina “Dr. Juan Álvarez”, Rosario.

40 *Boom*, año 1, n° 10, junio 1969.

41 Véase el capítulo de Sabrina Grimi en este libro.

42 *La Razón*, 17/09/69.

43 *Boom*, año 2, n° 14, octubre 1969.

Estas presencias inesperadas eran relevadas como un hecho notable en la prensa de la época que ameritaba ser señalado y habilitaba, por ejemplo, su utilización como recurso jocoso⁴⁴. En efecto, esta idea de que “los extremistas” usaban un disfraz de mujer, como explicación de la inoperancia policial a la hora de reprimir las acciones de las y los manifestantes, da cuenta del extrañamiento que produjeron esas presencias. Se las menciona como partícipes de las movilizaciones estudiantiles de mayo, se las ve sufriendo “ataques de nervios”, se las encuentra atentando contra la propiedad privada en septiembre, se las muestra corriendo hacia las barricadas. ¿Quiénes eran estas jóvenes mujeres que aparecen en estos registros como irrumpiendo repentinamente en el escenario de la historia?

En principio, podemos inscribirlas en una generación que creció entre proscripciones políticas, presiones militares a gobiernos civiles y dictaduras, una generación que ingresó en la vida política en la década de 1960. Para las juventudes latinoamericanas esos años fueron sinónimo de Revolución Cubana, de la figura icónica del Che Guevara y de la posibilidad concreta de protagonizar un cambio revolucionario. Con el correr de la década, el proceso de fuerte politización no haría más que crecer y profundizarse para una amplia franja de la sociedad argentina, encabezada por las juventudes, al calor de las luchas antiimperialistas del llamado Tercer Mundo, pero también de las protestas en los centros mismos del poder imperial.

La llegada de un nuevo golpe de estado en 1966 en nuestro país, con su secuela de persecución política, censura cultural y represión policial, aceleró la toma de posición para muchas y muchos. La idea de oponer a la violencia de arriba la violencia de los de abajo, tal como planteaba Frantz Fanon en su libro *Los condenados de la tierra*, fue sumando legitimidad en una sociedad sumida en un gobierno dictatorial. Pero esta década fue también convulsionada en otros aspectos, como se mencionó más arriba, confluyeron fuertes transformaciones de orden económico, social y cultural que impactaron en el campo de posibilidades y en el horizonte de expectativas abiertas a las mujeres. La creciente y sistemá-

44 El sociólogo Juan Carlos Agulla observaba, en relación a las jornadas del Cordobazo, que si bien las mujeres no participaban en gran cantidad, lo hacían a la par que los varones. A su vez, sostenía que esas presencias femeninas, principalmente estudiantes universitarias, constituían una novedad en el escenario de la militancia cordobesa (Noguera, 2019).

tica incorporación de mujeres al mercado laboral –tanto en las industrias como en servicios–, proceso en marcha desde principios de siglo, tuvo una fuerte aceleración en estos años (Barrancos, 2010).

Los sesenta muestran, por otra parte, el gran avance en los niveles educativos a los que arriban las mujeres. En las universidades se asiste a un sostenido aumento en la matrícula estudiantil –fundamentalmente en las carreras humanísticas y sociales, mientras medicina, derecho, económicas e ingeniería permanecen con mayoría de varones–, no obstante, el claustro docente seguirá siendo casi exclusivamente masculino. Hacia 1970, las mujeres representaban el 50% del total del país que alcanzó la escolaridad media y el 37% de quienes accedieron a un nivel universitario (Cosse, 2011). Cifras que deben ser consideradas a la luz del tiempo, hasta 1930 existía un 5% de mujeres egresadas de las UUNN, a mediados de la década del '60 había un 30% y para fines de 1970 se elevaba el 40% (Barrancos, 2010). En Rosario, existía un 35% de estudiantes mujeres a fines de los años sesenta (Viano, 2000).

Estudiar y trabajar se convirtió en una realidad aceptable y cada vez más frecuente para las jóvenes de la época. A medida que crecía la presencia femenina en los espacios de trabajo y en las universidades, se fueron produciendo cambios en las costumbres y las formas de la vida cotidiana de varones y mujeres y emergieron nuevas formas de concebir la familia, la maternidad y los afectos. Entre otras cosas, la aparición de la píldora anticonceptiva fue clave en este proceso, ya que brindaba una creciente autonomía a las mujeres, separando el deseo sexual de la reproducción y permitiendo construir proyectos personales por fuera del hogar (Barrancos, 2010).

Los imaginarios que acompañaron estos cambios, desde la “mujer moderna” a la joven “liberada” pueden verse plasmados en los medios de comunicación masivos. Desde la *damisela en peligro* sufriendo un ataque de nervios hasta una activa participante de la protesta que corre hacia la barricada sin preocuparse por el movimiento de su minifalda ni por su cabello alborotado, la prensa de circulación local dio cuenta de la agencia femenina a partir esos diversos registros.

Modernizar o transgredir Tensiones sobre la representación femenina

Desde el rechazo a lo nuevo hasta su impulso decidido, los medios de comunicación tuvieron un lugar destacado en el proceso de cambio

cultural vivido en los años sesenta. Entendiendo que estos emprendimientos culturales deben pensarse como resultantes del intercambio entre los múltiples actores que intervienen en su elaboración —empresa editorial, periodistas y escritores/as, auspiciantes—, aquella fue una época de abundantes contradicciones.

Numerosos estudios muestran la importancia de la renovación del escenario cultural, producida por la expansión del consumo, los avances tecnológicos, la creciente escala transnacional del mercado y el aceleramiento de los intercambios. Esto generó un nuevo auge de las industrias culturales que no sólo impactó sobre el campo cultural en sí mismo (Plotkin, 2003; Varela, 2005). La industria editorial tuvo una importancia notoria en las innovaciones del campo, específicamente, el mercado de revistas creció con la renovación del estilo periodístico, la diversificación de la oferta y las dinámicas competitivas para captar un público en expansión (Cosse, 2011).

La renovación del lenguaje periodístico acompañó la expansión de los consumos culturales, y abrió la agenda de los medios a nuevas temáticas, nuevos enfoques y públicos. Las mujeres que, como se mencionó, vivían una época de transformaciones particulares en su vínculo con el mundo laboral y profesional, fueron interpeladas de diversos modos desde los medios. En particular, la prensa escrita osciló entre el reforzamiento de los estereotipos de género y la puesta en común de las nuevas tendencias que apuntaban a romper con ellos (Felitti, 2018).

La tensión constante entre lo nuevo y lo viejo tuvo su expresión en la prensa rosarina. Enfocamos nuestra mirada hacia dos publicaciones de diferentes características, el diario *La Capital* y la revista *Boom*. *La Capital*, fundado en 1867, era un diario que contaba con una larga trayectoria en la ciudad y que con su gran tirada marcaba la agenda informativa. Sostenía un estilo tradicional, desde su diagramación y formato hasta la formalidad de su lenguaje (Luciani, 2007). Por su parte, la revista *Boom*, cuyo primer número se imprimió en agosto de 1968, fue una empresa periodística que buscó “llevar a los rosarinos más allá de los límites en que estaban acostumbrados a pensar sus problemas y sus circunstancias y situar a la ciudad en el marco de las transformaciones que atravesaban la época” (Aguirre, 2013: 8) y se referenció en la renovación del periodismo que se observaba en semanarios porteños como *Primera Plana* y *Confirmado*. A diferencia de *La Capital*, fue pensada para un

público específico y acotado⁴⁵, en palabras de su director: “Era una revista para gente con formación universitaria o ejecutivos, que fue posible en una época culturalmente muy rica”. (Aguirre, 2013: 12) De modos diversos, ambas publicaciones dieron espacio a lo que entendían como temáticas femeninas: moda, cocina, salud y crianza de hijas e hijos. A la vez que introducían nuevas perspectivas sobre el rol social de las mujeres, con muchos límites en *La Capital* y más osadamente en *Boom*, el tratamiento que le daban no fue homogéneo al interior de cada medio.

Los días domingo aparecía en *La Capital* la sección “Aquí, la mujer”, un pequeño recuadro que no llegaba a cubrir la mitad de la hoja. Allí se publicaban recetas, novedades de moda o peinados y se daban consejos sobre distintos temas. En la edición del 11 de mayo de 1969, la sección presenta la nota “Aquí la novia”, en la que se presentan recomendaciones para las novias prontas a casarse. La voz autorizada de la presidente de la Asociación Argentina de Cosmetología indicaba la necesidad de conservar la “naturalidad” de la novia a la hora de elegir el maquillaje, “que parezca ella misma”. Por otro lado, se admitía que “la mujer impone su propio estilo, adoptando de las distintas tendencias, lo que para ella es más sentador” y se contemplaba la posibilidad de que la vestimenta seleccionada consistiera en “un vestido muy corto, botas blancas largas y tapado de noche hasta el piso...”. Para completar la propuesta, la receta del día ofrecía una torta “para la despedida de soltera”⁴⁶. En otras ediciones, “Aquí, la mujer” se ocupa de quienes desean aprender a conducir un automóvil. “Mujeres al volante”⁴⁷, si bien reconoce que “hay grandes expertas en la materia”, se dirige a las novatas con indicaciones ilustradas para dominar las maniobras de estacionamiento y les sugiere “ensayar las primeras veces entre dos caballeros”⁴⁸.

El diario proponía un imaginario del mundo femenino tensionado entre los roles tradicionales atribuidos a las mujeres y una versión modernizada de los mismos. Se esperaba que una mujer cumpliera con la tradición de llevar “algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul” para ser feliz en su matrimonio, aunque se aceptaba que vistiera una minifalda para la ceremonia. Se las impulsaba a adquirir nuevas habilidades,

45 Llegó a tener una tirada de 5000 ejemplares, un número importante para el mercado editorial local de la época (Aguirre; 2013).

46 *La Capital*, 11/05/69.

47 *La Capital*, 18/05/69 y 25/05/69.

48 *La Capital*, 18/05/69.

como manejar vehículos, que pudieran significar una mayor independencia, a la vez que se las instruía en cuestiones de moda y estilo.

Por su parte, *Boom* retrató la complejidad social, política y cultural de la época, se ocupó de temas que no tenían lugar en la prensa diaria –la homosexualidad masculina, la pornografía, la vida nocturna de la ciudad, las desigualdades sociales, entre otros– y expresó la voluntad de cambio y la necesidad de ruptura que tenía una parte de la sociedad.

A partir del cuarto número comenzó a incluirse una sección dedicada a la mujer, *Lady Boom*. Con unas diez páginas en papel ilustración, que se diferenciaban del resto de la revista, y tapa a color, el “suplemento para la mujer” ocupaba un lugar ciertamente destacado. Revistas de tirada nacional como la ya tradicional *Para ti* y, sobre todo, las nuevas *Claudia* y *Vosotras* fueron las seguras referencias para la publicación local.

A tono con la propuesta de la revista, *Lady Boom* se dirigía a la mujer profesional, culta y moderna. Con una significativa presencia de fotografías, el suplemento presentaba dos notas centrales, enfocadas en marcar la construcción de esa mujer moderna que intentaba equilibrar el sostenimiento de los roles de género con su inserción en el ámbito laboral y sus inquietudes culturales, intercaladas con las páginas dedicadas a moda y cocina. Las problemáticas asumidas de interés para las mujeres tenían que ver con las nuevas dinámicas familiares, el hogar moderno poblado de electrodomésticos para facilitar las tareas, el rol de los varones en la crianza de hijas e hijos, la sexualidad femenina y la maternidad planificada. Con un estilo directo, ágil y fresco, se incorporaba la palabra autorizada de profesionales de la medicina, la psicología o la pedagogía, varones y mujeres, que sostenían perspectivas renovadoras sobre las costumbres sociales de las rosarinas.

La redactora de la sección, la periodista Graciela Querzola, recuerda que llevaba cada mes un conjunto de notas que eran revisadas y seleccionadas por el director de la revista. En relación a sus motivaciones al momento de elegir de qué ocuparse, señala:

Yo trabajaba en el área de Planificación Familiar [de un hospital público], tenía acceso a bibliografía sobre el tema (...) Consideraba que, como mujer, me estaba enterando de cosas, y que había muchas otras mujeres como yo que necesitaban enterarse. En aquella época había muchos tabúes. (Aguirre, 2013: 173)

De acuerdo a este testimonio, había una intención de abordar temáticas sobre las que pesaban “muchos tabúes” con la finalidad de acercar información certera proveniente de las voces autorizadas de “especialistas”.

En el número seis, de febrero de 1969, el suplemento presenta un informe sobre la “frigidez” en las mujeres y los convocados a dar cuenta de esa “enfermedad” eran tres varones profesionales de la medicina⁴⁹. Si bien la nota asume que la sexualidad de las mujeres se desenvuelve en el marco de la pareja heterosexual, dentro del matrimonio y motivada por lazos afectivos, señala entre las causales de la problemática la presión social que recae sobre ellas regulando el comportamiento sin aportar una educación sexual adecuada. En este sentido, la recomendación de los médicos apuntaba a que la educación sexual “se integre como elemento en la formación integral del individuo, hasta el punto de que le permita conocerse y ubicarse”. Por otra parte, el texto señalaba que “la frigidez, en la mayoría de los casos, es una enfermedad a partir de dos” y su tratamiento, por tanto, “debe estar dirigido a la pareja”.

En otra edición *Lady Boom* trataba un tema controvertido para la época, las relaciones sexuales antes del matrimonio. Nuevamente se apelaba a terceras voces para sentar una posición bajo el amparo del saber experto. En este caso, “las relaciones peligrosas⁵⁰” –como se titulaba la nota– fueron analizadas por una socióloga, Edith Busleiman de Elizalde, y un psicólogo, Ariel Milanese. La mirada de la socióloga colocaba el tema en el contexto de las transformaciones –políticas, sociales y económicas– que se vivían por esos años e introducía un señalamiento diferenciador en relación al perfil socioeconómico. “Sería absurdo pretender –sostenía– que existan sanciones sexuales en las clases bajas: la falta de vivienda, la promiscuidad, el hacinamiento en un mismo cuarto y la aceptación de la prostitución como medio de vida, conspiran contra el sentimiento de culpa⁵¹”. Lo que se discutía, entonces, era la libertad sexual de las mujeres jóvenes de clase media. Si bien el valor social de la “virginidad” femenina se encontraba devaluado, aún conservaba cierto peso en dicho segmento cargando de culpa a las jóvenes. La actitud

49 *Boom*, año 1, n° 6, febrero de 1969.

50 *Boom*, año 1, n° 9, mayo de 1969.

51 La asociación entre determinadas conductas sexuales de las personas de clases bajas, consideradas más liberales y/o promiscuas, y sus condiciones materiales de vida se hallaba muy extendida en los análisis sociológicos y médicos de la época, véase Felitti (2010).

censora de “los detractores de la libertad sexual”, que recaía sobre las nuevas conductas sexuales, traía aparejado “problemas individuales y sociales, como, por ejemplo, el sentimiento de culpa, el embarazo no deseado, la madre soltera o el aborto”. Por su parte, el psicólogo abonaba a una postura comprensiva: “La sexualidad, antes del matrimonio, es altamente positiva y lleva a una nueva libertad al ser humano: la de amar en plenitud, con conocimiento, responsabilidad, respeto y honestidad...” Siguiendo la línea de las voces relevadas, la nota concluía remarcando cómo las presiones familiares y sociales se interponen en el sano desarrollo de las y los jóvenes contradiciendo los consejos del campo de la psicología que postulaban a la sexualidad como un punto más a explorar en una pareja para constatar la compatibilidad entre esas personas.

“¿*Boom* no ha recapacitado en que su alcance es masivo y llega, incluso, a la juventud?⁵²”, cuestionaba una lectora “hondamente decepcionada” en la edición siguiente. Y continuaba, “con incitaciones como las contenidas, veladamente, en la nota, no me sorprenden los conflictos, las aberraciones y otros males que afligen a nuestros hijos.” No obstante, otra lectora rescataba, pese a la “ligereza” del tratamiento de un tema “tan difícil y delicado”, las “contribuciones valiosas para el esclarecimiento de ciertas mentes medievales, que insisten en condenar a la mujer al repasador y la cocina”. Así, la revista daba lugar a la diversidad de opiniones que el tema despertaba y colaba, sutilmente, su posicionamiento al responder a la decepcionada lectora –que “con verdadera pena” declaraba que dejaría de leer la publicación– que “*Boom* lo lamenta muchísimo, sinceramente”.

Unos números más adelante, *Lady Boom* volvía a tratar un tema controversial, aunque su aproximación siguió un tono sensiblemente diferente. “Los hijos no deseados”⁵³ indagaba en la práctica del aborto como problema que “afecta gravemente a la población mundial”. Mediante los testimonios de un ginecólogo y un psicólogo, la nota recorría “los peligros orgánicos que acarrea”, haciendo mención de los riesgos en la salud al tratarse de una práctica clandestina, y, por otra parte, “los trastornos emotivos que produce en la pareja”. El médico Eduardo Paquez sostenía que “el 60 por ciento de los abortos provocados que se realizan en el país provienen de mujeres casadas”, de lo cual deducía que “aquí, como en la mayoría de los países, el principal motivo es el

52 *Boom*, año 1, n° 10, junio 1969.

53 *Boom*, año 2, n° 14, octubre de 1969.

socioeconómico: las mujeres que tienen más de dos hijos, no pueden tolerar el impacto psicológico o económico de un nuevo hijo”. Por su parte, el psicólogo hacía hincapié en el daño psicológico que puede producir la interrupción voluntaria del embarazo en las mujeres y en cómo afecta a la dinámica de una pareja el tomar esa decisión.

En este caso, la aproximación propuesta por el suplemento, en su dimensión médica y psicológica, trasuntaba una mirada moralizante que, a su vez, evitaba aristas posiblemente más urticantes como la posibilidad de las mujeres de decidir sobre el propio cuerpo en forma autónoma. Al establecer los motivos en el plano económico y psicológico y la decisión en el marco de la pareja o el matrimonio, se restaba autonomía a las mujeres quedando así invisibilizado su deseo.

Lady boom supuso una importante apuesta de la revista por atraer al segmento femenino entre sus lectores. Ciertamente su propuesta avanzó mucho más allá que la del diario *La Capital*, en los temas que proponía y en el modo de abordarlos, tensando los límites de la “mujer moderna” aunque sin llegar a traspasarlos. Esto permitió que el suplemento interpelara a un universo amplio de lectoras. Muestra de ello encontramos en las Cartas de los Lectores dirigidas al suplemento, allí mientras una lectora solicitaba que *Lady boom* “se ocupara de un tema tan ameno como el de los perros (...) desde el punto de vista femenino”⁵⁴—pedido que fue cumplido al número siguiente con la nota “El mundo de las narices frías”—; otra lectora expresaba en la misma edición “la satisfacción que me produce el comprobar que en el suplemento *Lady boom* se afrontan cada vez más firmemente, temas serios que las mujeres deben conocer”. Frente a publicaciones que menospreciaban a las mujeres y las consideraban “unas tontitas a las que hay que hablarles nada más que de trapos y de recetas”, esta última lectora destacaba como “muy positiva” la actitud de *Boom*.

Más allá de las limitantes que el imaginario femenino de *Lady boom* proponía —una mujer que encontraba su realización personal en el marco del matrimonio y con el sostenimiento de un (difícil) balance entre lo profesional y lo familiar—, las rosarinas pudieron acceder en sus páginas a temáticas que comprometían sus intereses y que no encontraban espacio en otras publicaciones de la ciudad.

54 *Boom*, año 1, n° 12, agosto 1969.

En primera persona

Como mencionamos más arriba, la juventud de los años sesenta transitó un tiempo convulsionado y, a la vez, esperanzador, plagado de desafíos para quienes alentaban horizontes de transformación social. Para las jóvenes, en particular, fue una época de ampliación del campo de posibilidades vitales respecto a la generación de sus madres. Integrarse a proyectos colectivos que buscaban derribar las estructuras de poder existentes fue un camino elegido por muchas. ¿Qué motivaciones tuvieron para hacerlo? ¿Cómo recuerdan el pasaje hacia la política?

Yo empecé a militar en el Movimiento de Nacional Reformista en el año 65 –recuerda Ana Esther Koldorf, estudiante universitaria en los sesenta–, pero lo que me pegó muy fuerte para hacer toda la militancia posterior fue un hecho que me marcó, una anécdota, un episodio. (...) Me levanté una mañana, la mañana del 28 de junio del 66 para ir a la Facultad de Ciencias Económicas para ir a estudiar, (...) yo veo que está todo vacío. Y cuando voy a caminar por Oroño para la puerta de la Facultad se cruza un soldadito que estaba enfrente, en el boulevard, con un fusil acá agarrado y me corta el paso: no señorita usted no puede entrar. (...) Yo creo que me entró un odio, tan fuerte, tan poderoso porque yo no podía entrar a la facultad. Con qué derecho me cortaban a mí la entrada a la Facultad para estudiar. Nunca pude superar ese odio, y eso fue lo que me marcó⁵⁵.

Mercedes, estudiante de Psicología, también señala el golpe de Estado de 1966 como acontecimiento clave en su devenir militante:

Al otro día [del golpe], yo fui a la Facultad y en el [bar] Iberia me viene a hablar Lilita Delfino⁵⁶ –a quien yo conocía de la Facultad– para preguntarme si podía estar unos días en casa, eso por un lado, por otro lado también viene a hablarme U., que era miembro de la agrupación que era del PC, a ver si... lo mismo. Consecuencia, desde ese día en mi casa había un montón de gente huída de sus casas temerosas de que se hicie-

55 CLIHOS UNR. (31 de diciembre de 2019) Primer encuentro Talleres de Memorias, ya citado.

56 Estudiante universitaria y militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Fue secuestrada por la última dictadura militar, permanece desaparecida.

ran redadas por la represión. (...) Liliana y Luis [Ortolani]⁵⁷ se quedaron como un mes, mes y medio. Mes, mes y medio que aprovecharon para hacernos la cabeza a Alberto [su marido en ese momento] y a mí (risas), como se decía con los términos de época, para *captarnos*, hicieron un trabajo de captación con resultado muy exitoso (risas).” (Bortolotti, 2016)

En ambos testimonios el espacio universitario es citado como lugar de referencia en sus trayectorias de militancia. En la memoria de Ana Esther, que ya tenía participación en el movimiento estudiantil en una agrupación reformista, el ver cercenado su derecho a estudiar aparece como desencadenante de la profundización de su compromiso militante. Para Mercedes, el golpe implicó iniciar nuevos vínculos con personas que tenían un compromiso político que trascendía el ámbito universitario y su situación personal, vivía con su marido en forma independiente de su familia, le permitió cobijar a quienes se convertirían en compañeras y compañeros de militancia.

Al recordar el comienzo de su militancia, Berta Temporelli –joven maestra en los años sesenta– sostiene:

Yo era de un hogar que, digamos, las chicas no, no, no nos habían preparado para ser militantes. Nosotras estábamos preparadas para ser maestras, para ser profesoras de piano, de guitarra, para bordar, para cocinar, para ser unas amas de casas, y unas maestras, como yo era la más grande [entre las hermanas], era la que siempre ponía la cabeza...⁵⁸

Este testimonio introduce una dimensión de la experiencia de estas jóvenes que nos interesa indagar, el pasaje a la política –estudiantil, partidaria o sindical– ¿fue experimentado de la misma manera por varones y mujeres? El doble desafío que atravesaban las jóvenes, frente al poder dictatorial y ante los mandatos de género, ¿conferió particularidades a su participación? En el caso de Berta, la participación política y sindical le supuso distanciarse de lo aprendido, correrse de lo que se esperaba de ella en su entorno familiar e iniciar un camino propio.

“Me acuerdo que a partir de ahí empecé a militar también (...) A partir de ahí es como que el Rosarizado abrió un montón. Al año siguiente, en el setenta, empecé a trabajar de maestra y bueno ahí comencé a ir a

57 Dirigente del PRT.

58 Este testimonio forma parte del documental *Militantes* (2012) del director Francisco Matiozzi, <https://www.youtube.com/watch?v=IKcSTw3Hs00&t=1s>

la Casa del Maestro y luego al SINTER” (Mut, 2009), cuenta Adriana Catafesta, joven maestra en aquellos años. La vivencia de Adriana fue compartida por otras y otros jóvenes para quienes las jornadas de los Rosariazos constituyeron un parteaguas político. En este mismo sentido, Susana Figueroa –joven maestra en los años ‘60– relata:

...no teníamos todavía esa práctica de llevar un pañuelo mojado en el bolsillo para cuando te tiraban los gases. No estábamos todavía en toda esa cuestión. Y se fue aprendiendo, se fue aprendiendo. Los Rosariazos fueron los primeros escarceos duros que nosotros tuvimos, porque no era lo mismo estar en la Casa del Maestro con esas viejas que tomaban té a cada rato y comían torta, que encontrarte de pronto en la calle que te reprimían de semejante manera. (...) todo eso nos empujó en nuestra lucha adentro del sindicato para darnos cuenta qué estábamos haciendo allí. Sin duda, el Rosariazo nos golpeó (Mut, 2009).

Debe tenerse en cuenta que los primeros años ‘70 fueron claves en la historia del sindicalismo docente santafesino. En sintonía con el proceso provincial, en la ciudad se conforma el Sindicato de Trabajadores de la Educación de Rosario (SINTER) bajo una concepción gremial combativa que transformó el modo de concebir la labor docente, de pensarla como “vocación” y a la maestra como “segunda madre”, las maestras y maestros comienzan a llamarse trabajadoras y trabajadores de la educación. En este contexto, la experiencia del Rosariazo habilitó, para Adriana y Susana, la posibilidad de construir un modelo diferente de participación sindical, un corrimiento significativo de la imagen de “esas viejas que tomaban té a cada rato y comían torta” hacia la ocupación de la calle y a verse forzadas a “escarceos duros” frente a la represión dictatorial. Tanto para Adriana como para Berta y Susana, las jornadas del 69 marcaron el inicio de la militancia sindical a la vez que un desafío a los supuestos asociados al rol de joven mujer y de maestra.

Otros jóvenes recuerdan los sucesos desde un punto de vista diferente. “Yo, por ejemplo, –relata Alba Curuchet, maestra– al Rosariazo lo viví desde adentro, pero desde adentro de mi casa, porque tenía una hija de dos años y una de tres. Mi marido era militante, pertenecía a la organización gremial del cordón industrial, más precisamente de petroquímica y entonces participó activamente. Y toda esa alegría, y todo ese dolor, y ese miedo, estaban dentro de casa, donde uno iba para aquí, iba para allá, con los chicos muy chiquitos, la ausencia... Querer participar y no poder también es de alguna manera haber participado...” (Mut, 2009)

Desde la misma perspectiva, Inés Martín –maestra y estudiante universitaria– señala que

lo que más recuerdo es la alegría con que estaba la gente en la calle. Todo el mundo hablaba. Aunque no podíamos, de alguna manera se participó. Yo tenía una nena chiquita y los roles de familia estaban bien definidos: el marido militaba y la mujer criaba a los hijos, ¿no? Aunque éramos de izquierda, pero era así el asunto. Entonces yo me quedé con los chicos y Aldo estuvo todo el día en la calle, ¡los dos días! Y cuando volvió tarde, recontento, que quemaron un auto acá, la gente se sumó allá, eran tantos acá, hicimos tal cosa allá. Era una algarabía, era algo, para mí fue un... ¡que explotó la gente! Y esas fueron las grandes movilizaciones que comenzamos ahí y luego continuamos hasta el 71... (Mut, 2009)

El querer estar en las calles y no poder hacerlo, por tener que realizar tareas de cuidado, no se volvió inhabilitante para estas mujeres. En sus relatos asumen una voz activa al narrar los acontecimientos, en palabras de Alba “querer participar y no poder también es de alguna manera haber participado”. En tanto esas jornadas devinieron significativos en sus recorridos posteriores, como recuerda Inés “esas fueron las grandes movilizaciones que comenzamos ahí y luego continuamos hasta el 71...”, al momento de rememorar el papel que les tocaba asumir, como compañeras de militantes y como madres, aparecen revalorizados.

Estas narrativas señalan los modos en que los roles de género moldean nuestras experiencias, los modos en que atravesamos las diversas coyunturas históricas varones y mujeres. Quienes se unieron a las movilizaciones, participaron de las barricadas y experimentaron la represión junto a los varones recuerdan la experiencia como un doble desafío, al poder dictatorial y a los mandatos sociales. Quienes no pudieron vivirlo desde las barricadas, sostuvieron el hogar y resguardaron a las hijas e hijos para que los varones pudieran tomar la calle.

La trayectoria de estas mujeres se vio conmovida por estos acontecimientos, las repercusiones del golpe en el ámbito universitario y las jornadas de movilización popular en el '69, y se constituyeron en marcas significativas en la configuración de una subjetividad política militante. Para algunas fue el umbral a cruzar para iniciar una militancia política partidaria o sindical, para otras fue la confirmación de un compromiso ya asumido y, en algunos casos, la maduración de una perspectiva política revolucionaria. Más allá de los devenires individuales, estas voces nos

hablan de una apertura del espacio de lo posible en el cual las jóvenes pudieron elegir y transitar en los años '60.

A modo de conclusión

Al comienzo de este capítulo señalamos que las transformaciones sociales y culturales de la época impactaron tanto en el campo de posibilidades que se fue abriendo a las mujeres como en las representaciones del ideal femenino. Esto último habilitó nuevas formas representacionales que avanzaban desde la mujer “moderna” hacia la “emancipada” o “rebelde”, las características asociadas a cada una tuvieron significativas variaciones en las publicaciones del período.

Aún con limitaciones y ambigüedades, en la prensa rosarina no sólo se reprodujeron modulaciones estereotipadas de lo femenino, sino que también pudieron filtrarse algunas herramientas para cuestionarlos. Es difícil evaluar el impacto que éstas tuvieron entre las jóvenes de la época, sólo podemos inferir a partir de las cartas de lectoras el interés y controversia que despertaban algunos temas –como las relaciones sexuales antes del matrimonio–.

Para aquellas jóvenes que asumieron un compromiso político –en el movimiento estudiantil, en una organización sindical o partidaria–, esta fue una época de múltiples desafíos. Ocupar nuevos espacios, asumir nuevos roles, romper con tradiciones y proyectarse por fuera de los anhelos familiares fue señalando caminos alternativos a los socialmente validados. Más allá de las formas en que esta agencia femenina (Belvedere, 2018) fue representada en las páginas de los diarios, lo cierto es que su fuerza transformadora deja ver su huella aún en las memorias de las protagonistas.

Algo más que comer y dormir

Una mirada sobre dos espacios de sociabilidad estudiantil: el comedor universitario y las casas de estudiantes

Sabrina Grimi⁵⁹

Los diferentes espacios en que se fue tejiendo la sociabilidad entre las y los estudiantes universitarios en los años sesenta han cobrado un notorio protagonismo en las memorias contemporáneas, quedando vinculados, en general, a coyunturas de mayor radicalización y visibilidad del movimiento estudiantil. Sin embargo, han sido escasamente abordados desde una perspectiva que permita inscribirlos en tramas históricas. El presente capítulo se proyecta en esa dirección y recupera dos ámbitos bien definidos que hicieron a la vida estudiantil en Rosario durante aquellos años. Por un lado, el comedor de la universidad, sitio icónico cuya importancia radicó en torno a la economía del estudiantado, pero, también, en tanto lugar de encuentro y debate político. Por otro, las residencias, factores determinantes en la pervivencia de aquellas/os que, desde otras localidades, llegaban a la ciudad para iniciar una carrera. Más allá de las diferencias en cuanto a sus lógicas de gestión, el comedor y las viviendas estudiantiles compartieron una serie de rasgos en común que excedieron los hábitos propiamente cotidianos o domésticos; estos sitios albergaron numerosas reuniones y actividades de esparcimiento, al tiempo que funcionaron como dinamizadores de las discusiones epocales. Allí, se articularon los devenires académicos con otros tramos propios de su vida como estudiantes, dando lugar a la

59 Magíster en Historia Social Argentina y Latinoamericana por la Universidad Nacional de Rosario. Becaria doctoral del CONICET (ISHIR/CONICET). Doctoranda en Historia (FHyA/UNR).

conformación de lazos de diverso tipo y al fortalecimiento de los vínculos entre pares.

Desde una temporalidad extensa que recorre desde la década del cincuenta hasta los años setenta, proponemos analizar las dinámicas de funcionamiento y las particularidades que exhibieron dichos espacios, indagar qué simbolizaron en las trayectorias individuales de quienes los transitaban y exponer las representaciones que se construyeron en torno a ellos en el imaginario colectivo. Asimismo, nos preocupa advertir el modo en que estas últimas influyeron o promovieron el despliegue de ciertas disposiciones por parte de las autoridades universitarias y/o de las fuerzas de seguridad que operaron en la ciudad.

El comedor estudiantil, de la Universidad Nacional del Litoral a la Universidad Nacional de Rosario

Los derroteros del comedor estudiantil rosarino fueron signados por determinadas tramas político-institucionales que, necesariamente, debemos reponer. Hasta la creación de la UNR en noviembre de 1968, las facultades asentadas en la ciudad pertenecían a la UNL, cuya sede central se ubicaba en Santa Fe, la capital de la provincia. Bajo el mismo esquema quedó establecida la dependencia administrativa del comedor universitario, funcionando uno en cada localidad.

En la urbe capitalina surgió en 1937 a raíz de la iniciativa de los Centros de Estudiantes de Derecho e Ingeniería Química, estableciéndose en la intersección de las calles San Jerónimo y Pellegrini⁶⁰. Aunque no podemos precisar si se trató del mismo, a principios de la década del cincuenta registramos la existencia de un comedor universitario cooperativo denominado “Domingo Faustino Sarmiento” que funcionó en un local situado a pocas cuadras del citado domicilio y, al menos públicamente, se mostraba independiente de los partidos políticos. En 1952, la UNL autorizó la creación de otro establecimiento que tuvo forma a partir de un contrato suscrito entre la institución y las Asociaciones Gremiales de Estudiantes de aquellas carreras. Ambas entidades, integrantes de la Federación Gremial Universitaria del Litoral, constitutiva, a su vez, de la Confederación General Universitaria (CGU),⁶¹ quedaron a cargo

60 , *El Orden*, 29/04/1937.

61 La CGU se constituyó a principios de los cincuenta como una entidad gremial “oficialista” que nucleó a estudiantes peronistas sobre la base de Federaciones Gremiales

de la dirección del mismo. Y, para hacer uso de sus servicios, las y los estudiantes asociados debían previamente registrar su inscripción en el local donde este se asentaría, que no era otro que la propia sede de la CGU, ubicada en Gálvez al 2200. El organismo denominado “Eva Perón” quedó inaugurado el 1 de diciembre tras efectuarse una jornada protocolar que incluyó una ceremonia religiosa y una cena de obsequio para autoridades universitarias, provinciales, militares, eclesiásticas e invitados especiales⁶².

Mientras el comedor cooperativo se solventaba con recursos y actividades organizadas por la propia entidad, como bailes o peñas a beneficio, el administrado por las Asociaciones Gremiales recibía los fondos provenientes del Ministerio de Educación de la Nación. Sin embargo, no siempre respondieron a las necesidades apremiantes; ello se hizo evidente cuando, en al menos dos ocasiones durante 1953, aquellos órganos estudiantiles solicitaron un préstamo al rectorado para cubrir los gastos de extrema urgencia que habían sido originados por el comedor “Eva Perón”. El rector autorizó la suma solicitada, pero dejó establecido que los organismos reintegrarían dicho importe a la universidad cuando obtuviesen los fondos nacionales que recibían para tal fin. La autoridad resaltó que el funcionamiento del sitio constituía una “preocupación permanente” para el rectorado y que los beneficios que aquel otorgaba al estudiantado representaban una “conquista real y efectiva” que respondían a “los principios de la Doctrina Nacional Justicialista”⁶³.

Si mediante diversas acciones el peronismo había dejado en claro su firme interés por mantener bajo control la dirección del comedor universitario, no fueron menos explícitas las intenciones de las nuevas autoridades de romper con esos vínculos tras efectuarse el golpe de Estado de 1955. En el marco del proceso de “desperonización” que comenzó a llevarse a cabo en las casas de altos estudios (Buchbinder, 2005), el interventor de la UNL dejó sin efecto la disposición que reconocía como única entidad estudiantil a la Federación Gremial Universitaria del Litoral

de las seis universidades nacionales. Siguiendo a Buchbinder (2005), intentó conformarse como una alternativa a la FUA pero no tuvo éxito, dado que no logró concitar el apoyo estudiantil.

62 *El Litoral*, 02/12/1952. No fue la única vez que se efectuaron en el sitio de actos de carácter religioso. A pocos días de su apertura, se llevó a cabo allí la entronización de imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen de los Milagros, con motivo de conmemorarse el día de la Inmaculada Concepción *El Litoral*, 07/12/1952.

63 Res. 281, 09/06/1953 y 534, 15/10/1953, tomo 34. Museo Histórico, UNL.

y a las Asociaciones que la conformaban, entre estas las de Derecho e Ingeniería Química que dirigían el comedor “Eva Perón”. Y resolución mediante, fijó las bases para crear agrupaciones nuevas⁶⁴. De allí en más, los subsidios y asignaciones presupuestarias serían liquidados a favor de la Cooperativa Limitada Comedor Universitario “Domingo Faustino Sarmiento”, la cual poseía personería jurídica. Desconocemos qué sucedió con el otro establecimiento, pero considerando que las entidades que lo administraban fueron desintegradas, que el local en el que funcionaba era la sede de una de ellas, y que dejó de recibir los fondos y recursos que garantizaban la subsistencia, es posible suponer que cerró sus puertas.

En lo que respecta al comedor universitario rosarino, los registros hallados nos permiten ubicar el inicio de sus actividades en la década del cincuenta, y lo sitúan en el local de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre, ubicado en calle Corrientes al 745, en pleno centro de la ciudad. Diversas resoluciones, provenientes de la cartera educativa nacional, del Consejo Universitario y del rectorado, dan cuenta de la designación de equipamiento y partidas presupuestarias a lo largo de aquellos años. En 1953, desde Nación se remitieron vajillas tanto para el comedor de Santa Fe como para el que pronto se inauguraría en Rosario, cuya instalación estaría a cargo de la Asociación Gremial Universitaria de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación⁶⁵. Tres años más tarde, con el peronismo destituido del gobierno nacional, integrantes de la Agrupación Humanista de la misma facultad le solicitaron al decano que refrendase por escrito la autorización otorgada de forma oral para instalar allí una cantina, dado que necesitaban el aval oficial para iniciar los trabajos correspondientes⁶⁶.

Sobre el mes de diciembre de ese mismo año, el Consejo Universitario autorizó el pago de una suma de dinero destinado a inversiones y al funcionamiento de los comedores en ambas ciudades, liquidando una mitad a favor de la Cooperativa santafesina y la otra a la citada casa de estudios con destino a la “Cooperativa Estudiantil (Comedor Universitario) en formación” que administraría el sitio en Rosario, aunque no precisa quienes o qué agrupaciones la conformarían. A los pocos días,

64 Res. 757, 11/11/1955, tomo 40, y 801, 15/11/1955, tomo 41. Museo Histórico, UNL.

65 Res. 281, 09/06/1953, tomo 33 y 449, 07/09/1953, tomo 34. Museo Histórico, UNL; Exp. 4956, 08/02/1954, caja 4800 – 4999. *PPDFHyA*, Rosario

66 Exp. 4952, caja 4800 – 4999, *PPDFHyA*, Rosario.

el rectorado dio el visto bueno a una licitación privada llevada a cabo por la Facultad de Filosofía y adjudicó los montos para adquirir cocinas, planchas, hornos y equipos de refrigeración⁶⁷.

En 1958 se produjeron algunas transformaciones de orden burocrático. El Consejo Superior dispuso constituir, bajo la dependencia de la Obra Social, la “Dirección de Comedores y Viviendas de la Universidad” la cual tendría a su cargo la organización, puesta en marcha y funcionamiento de los establecimientos en las dos ciudades para que pudiesen concurrir estudiantes, docentes, personal administrativo, obrero y de servicio. Asimismo, se destinaba del Fondo Universitario un monto de \$2.000.000, a distribuirse por partes iguales para cada jurisdicción, para financiar las inversiones iniciales mínimas que dejaran organizados y habilitados los comedores, en tanto de allí en más, los créditos para su normal desarrollo serían contemplados por el presupuesto universitario⁶⁸. Considerando que, al menos en el caso santafesino, el sitio había sido conducido por agrupaciones ligadas al peronismo, es posible pensar que la preocupación de la gestión universitaria por dirigir un espacio tan representativo como el comedor y, en efecto, la creación de una dependencia específica para tal fin, hayan respondido más al proceso de “desperonización” de la universidad que a cuestiones de otro orden.

Con la entrada en vigencia de la Dirección de Comedores y Viviendas, los gastos correspondientes al funcionamiento de los primeros en Rosario y Santa Fe, que incluyeron desde la compra y adecuación de los locales hasta la adquisición de elementos varios y el pago de sueldos, fueron solventados con contribuciones del gobierno nacional y recursos propios de la UNL. No obstante, pareciera que sus devenires han sido delineados por recurrentes crisis financieras que trasvararon a gobiernos de distinta naturaleza. En septiembre de 1959, la Comisión que regía el organismo rosarino anunció un recargo en la tarifa, lo que movilizó a las y los comensales a realizar una asamblea en la que manifestaron su preocupación frente a la medida adoptada. A su vez, cuestionaron, en la prensa local, la función social que el mismo propugnaba y señalaron que la dependencia de la Cooperativa estudiantil al presupuesto universitario, lejos de significar una solución, “de un tiempo a esta parte” había

67 Res. C.U. 229, 07/12/1956, tomo 15; Res. 2183, 28/12/1956, tomo 47. Museo Histórico, UNL.

68 Crónica Universitaria, *Revista Universidad*, n° 38, 1958. Museo Histórico, UNL.

resentido la estructura del ente⁶⁹. Al año siguiente, un consejero planteó al Consejo Superior la necesidad de aumentar las dotaciones presupuestarias para comedores universitarios resaltando que la asignación que recibían resultaba insuficiente para mantener sus puertas abiertas⁷⁰. Ya instaurada la dictadura de Onganía, el rector interventor Manuel De Juano dispuso a fines de 1966 un incremento del valor de los alquileres de las residencias universitarias y de los tickets para las comidas, argumentado que la universidad venía soportando “una apreciable situación deficitaria en materia de Comedores y Viviendas” que no estaba en condiciones de seguir absorbiendo con fondos propios. El nuevo esquema fijó los precios que comenzarían a regir en los establecimientos a partir del 1 de febrero del año entrante y dispuso la implementación de un sistema de becas, 50 enteras y 100 medias, que serían adjudicadas por el rectorado a estudiantes de bajos recursos⁷¹. En los inicios de 1968, se produjo otra suba de un 40% en el costo de los tickets, registrando un alza superior al 140% en un período de dos años⁷².

Como parte de una reestructuración de tareas técnicas y burocráticas, la Dirección de Comedores y Viviendas fue puesta bajo la órbita directa de la Secretaría de Asuntos Estudiantiles⁷³. La creación de la UNR en el mes de noviembre conllevó a una modificación de la dependencia administrativa del sitio, quedando desde entonces a cargo del Departamento de Comedores Universitarios, pero no ocasionó cambios significativos en su funcionamiento. Las becas, de hecho, continuaron otorgándose mediante un procedimiento similar al que se venía adoptando respecto de las pautas requeridas, tanto para alimentos como de trabajo –para mozo o encargado–⁷⁴. En tal sentido, el comedor habilitó la posibilidad de un empleo para algunas/os estudiantes que, al mismo tiempo, cursaban una carrera. Fue el caso de Carlos, quien cumplió allí tareas laborales al tiempo que estudiaba Ingeniería Eléctrica:

69 *Rosario*, 02/09/1959.

70 Reunión del Consejo Superior, Actas, 06/08/1960, *PPDFHyA*, Rosario. Ese mismo año, el comedor santafesino estrenó un nuevo edificio que contaba con capacidad para alimentar a 215 personas, así como cocinas, dependencias auxiliares y oficinas administrativas. *El Litoral*, 08/09/1960.

71 Exp. 130.380/6, UNL. *PPDFHyA*, Rosario.

72 En Santa Fe, el constante aumento de los tickets generó algunas acciones de protesta (Vega, 2010).

73 *El Litoral*, 09/01/1968.

74 Res. 167 y 168, 29/10/1969, UNR. *PPDFHyA*, Rosario.

Empecé a trabajar alrededor de 1965, primero como mozo en el despacho de comidas, luego pasé a encargado de bar e ingresé a la administración cuando el Director, el Sr. Horacio Ismael Lahitte me ofreció desempeñarme en la Administración realizando tareas varias y los domingos a primera hora en la recepción de mercaderías hasta el cierre definitivo []. Me quedaron muy buenos recuerdos de mi paso por el Comedor por el compañerismo que reinaba entre todos los empleados⁷⁵.

Desde sus inicios y por varios años, el comedor universitario rosarino se ubicó en calle Corrientes al 745, en las dependencias de la Facultad de Filosofía, y luego se trasladó a 9 cuadras de allí, a un edificio en la calle Urquiza al 2050 que se conectaba con el gimnasio de la universidad y las oficinas de la Dirección General de Educación Física. Según el mismo testimonio, la mudanza se produjo alrededor de 1970/1971 y respondió a cuestiones de espacio en relación a la cantidad de comensales que concurrían: “había muchos días que superaban los 2.000 en el almuerzo y los 1.800 en la cena”⁷⁶. Si tomamos como un indicador promedio que el total de alumnas/os de la UNR para 1970, era de 16.950, conforme a su boletín estadístico, aquellas cifras reflejan que más del 10% del estudiantado utilizaba por ese entonces los servicios del comedor.

De acuerdo a lo publicado por la revista *El Combatiente*, del PRT, en noviembre de 1973 se produjo una movilización en la que un grupo de estudiantes repudió la entrega de comida en mal estado y denunció un conjunto de irregularidades que se venían produciendo desde hacía algún tiempo en el manejo del establecimiento. La situación dio como resultado la conformación de una comisión estudiantil que pasó a dirigir, en representación de todo el estudiantado, las gestiones vinculadas al comedor universitario. El acto electoral llevado a cabo el día 24 otorgó el triunfo a la lista conformada por la izquierda y agrupaciones independientes que proponían un control completo del sitio por parte del estudiantado, frente a la lista orientada por la JUP que planteaba la formación de una comisión asesora⁷⁷. Bajo la representación del Centro de Comensales para el Control del Comedor, el mismo continuó abierto y funcionando hasta fines de 1975 cuando, en una lógica que se expandió a nivel nacional y en el marco de un cercenamiento más amplio de ciertas prácticas y espacios estudiantiles (Grimi, 2021), las autoridades

75 Carlos, comunicación personal, 18 de agosto de 2022.

76 Ibid.

77 *El Combatiente*, 12/12/1973, año VI, n° 100.

de la UNR dispusieron su cierre definitivo⁷⁸. Las y los empleados del sitio fueron distribuidos a diferentes oficinas y dependencias de la universidad.

El comedor como representación icónica del estudiantado

El aniversario por los 50 años de los Rosarizos se vio enmarcado por una multiplicidad de actos conmemorativos que invitaron a revisitar aquellos acontecimientos tanto desde una perspectiva historiográfica como desde la memoria social. Entre los recuerdos que irrumpían como instantáneas, apareció con fuerza y reiteradamente la imagen del comedor estudiantil ligado a un relato que le atribuía constituir uno de los lugares emblema de la gesta del mayo rosarino. Los convulsionados sucesos que vertebraron las jornadas de 1969 no parecen contradecirlo; más bien le otorgan entidad a ese relato, agitando las memorias que lo sostienen.

Consignemos brevemente que las universidades nacionales fueron concebidas desde el régimen militar como ámbitos propicios para el accionar del comunismo y la “subversión”. En esa lógica, dicha “amenaza” solo sería contrarrestada mediante una reestructuración del sistema universitario que determinó la imposición de un conjunto de mecanismos restrictivos y represivos. La “verdadera refundación” de los claustros incluyó la supresión de la autonomía y el cogobierno, el achicamiento del ingreso, la restauración del orden y la disciplina y la despolitización de las facultades (Vega, 2014). Ante la prohibición de las asambleas y la actividad política en las casas de estudios, los comedores universitarios se constituyeron entonces en el centro de las reuniones y los debates que involucraron a un estudiantado comprometido con los problemas sociales y políticos de su tiempo. El que funcionó en Rosario no fue la excepción.

Cuando el 16 de mayo de 1969 se conoció la noticia de que las fuerzas represivas habían asesinado en Corrientes al estudiante Cabral, en el marco de una serie de protestas que reclamaban por el aumento del ticket del comedor, las reacciones de repudio crisparon rápidamente en varios puntos del país, entre ellos la urbe rosarina. En distintas facul-

78 Entre fines de 1975 y mediados de 1976 se cerraron los comedores de las universidades nacionales del Litoral, La Plata, del Sur, de Buenos Aires, de Tucumán y de Córdoba.

tades se llevaron a cabo pequeñas asambleas en las que se definió abandonar las clases y realizar un paro el día 20, por lo que el rector de la UNR José Luis Cantini decretó asueto por duelo y cerró la universidad (Bonavena y Millán, 2007). Frente a ello, las y los estudiantes movilizados se dieron cita en el comedor universitario en horas del mediodía y, en dichas instalaciones, realizaron un acto central en homenaje a Cabral y en rechazo al accionar de la policía. De acuerdo a Balvé y Balvé (1989: 60-61), uno de los estudiantes que ofició como orador arengó a los presentes “por la unidad obrero-estudiantil” parado sobre una mesa, aclarando que esa mesa era:

La misma que se usara en el gobierno de Illia para reclamar aumento de presupuesto y mayores comodidades en el comedor pero que, a diferencia con aquellos tiempos, el papel de la policía no se ajusta al cumplimiento de sus deberes –evitar desmanes– sino que hoy mata a estudiantes indefensos.

Al finalizar, definieron marchar en forma colectiva, pero inmediatamente se lanzó la respuesta represiva. El brutal asesinato del estudiante Adolfo Bello propagó la indignación general y las declaraciones de condena fueron múltiples. Mientras las agrupaciones confirmaban el paro y convocaban a una “Marcha del Silencio”, el rector de la UNR dispuso el cierre del comedor, por lo que el estudiantado realizó una olla popular en la CGT A que duró entre 4 y 5 días. Tal como se ha mostrado en otro capítulo, el movimiento estudiantil rosarino venía afianzando desde el año anterior algunas alianzas con otros sectores de la sociedad entre los que destacaron particularmente las fracciones obreras⁷⁹. De acuerdo al relato de Alicia, una entonces estudiante de Psicología, el día después del asesinato de Bello:

Vinimos al comedor y el comedor estaba cerrado, habían cerrado el comedor. Yo lo conocía mucho a Quagliaro que era el secretario general de la CGT de los Argentinos [] y entonces yo le dije a algunos compañeros que estaban ahí y les digo ‘vamos a buscarlo a Quagliaro a ver qué podemos, si podemos ir a la CGT’, y hacia allí fuimos []. Ahí lo llamamos a Quagliaro y vino y dice ‘mirá yo lo voy a llamar al viejo Nievas’ que era [] el sereno, estaba siempre, vivía ahí, ‘y que les abra y entren’. Y ahí entramos. Entonces allí fuimos, y gente se quedó acá diciendo a los que

79 Para ampliar, puede consultarse Viano, 2000; Bonavena y Millán, 2007.

venían a comer que fuesen para allá. Y empezamos a armar, y armamos el comedor universitario en la CGT⁸⁰.

El episodio convocó rápidamente la solidaridad de diversos grupos sociales que abastecieron con provisiones: “La gente traía montones de comida. Las compañeras se paraban en la esquina y pedían dinero y le daban dinero para comprar, pero no solo comprábamos cosas sino además la gente venía con los autos, camiones, camionetas trayendo víveres”. También llamó la atención de algunos medios de prensa local que se hicieron presentes en el lugar para cubrir “la noticia”. Así lo resalta María del Carmen:

Canal 5 iba todos los días a la olla, Quagliaro estaba con nosotros [] los entrevistaban a los estudiantes y a la gente, teníamos cobertura de la televisión. Yo me acuerdo que a mí me vio medio Rosario cocinando milanesas, echando en una sartén gigante [] teníamos cobertura periodística, era una cosa increíble⁸¹.

Fueron días en que el comedor desbordó su condición estudiantil para extender sus servicios a la comunidad: “comía mucha gente, [] comían los obreros, comían los estudiantes que estaban sin comedor, comía gente con necesidades, que venía y nos pedía por favor que los dejáramos entrar, venían con criaturas a comer”⁸².

Los relatos ponen de manifiesto que, efectivamente, el comedor representó mucho más que un espacio meramente físico. Lo que el sitio simbolizó para quienes acudían asiduamente se explica más allá de lo edilicio y deviene de las experiencias que allí se gestaron, de los vínculos construidos, de las prácticas compartidas.

Junto a un ámbito de debate y sociabilidad, el comedor se constituyó en un lugar de disputa política que las autoridades universitarias no minimizaron. Los cierres temporales dispuestos sobre el mismo, pero más aún la clausura definitiva impuesta entre noviembre y diciembre de 1975 son una muestra de ello. En esa ocasión, el rector Fernando Cortés manifestó que el comedor universitario constituía “un lugar de formación doctrinaria y de reclutamiento de voluntarios y mercenarios” para las

80 *Conversatorio Experiencias de militancia. Del Rosarizo a la actualidad*, ya citado.

81 *Ibid.* Para un análisis sobre participación femenina en aquellas jornadas vease el capítulo de Bortolotti y Restovich contenido en este libro.

82 *Ibid.*

células marxistas. Así mismo, resaltó un “constante crecimiento del déficit presupuestario como consecuencia de su irracional administración”, producida “ante las presiones que los activistas ejercen sobre todos los estamentos de la conducción”⁸³. Ahondando en esto último, la autoridad adujo en otra oportunidad que el establecimiento había arrojado una pérdida de mil millones de pesos y, de continuar, la deuda a fines de año sería ocho veces mayor, por lo que sería reemplazado por “una estructuración de ágil servicio” a prestarse en las unidades académicas⁸⁴.

La disposición fue duramente cuestionada por diversos sectores y agrupaciones del estudiantado rosarino como el Movimiento de Orientación Reformista (MOR), la Corriente Universitaria por la Revolución Socialista (CURS), la Federación Universitaria de Rosario (FUR) y el propio Centro del comedor. Sin embargo, las críticas no lograron revertir la situación. Sobrevino el golpe de Estado y el comedor universitario continuó cerrado durante toda la dictadura, reutilizando su edificio para cuestiones administrativas vinculadas a la inscripción de estudiantes. La clausura significó un duro golpe para amplios sectores estudiantiles, no solo por lo que implicaba económicamente, sino porque además atacaba todo un símbolo del estudiantado rosarino y echaba por tierra una de sus conquistas más grandes.

Las residencias para estudiantes

Solo por tomar un indicador, a mediados de la década del setenta, poco menos de la mitad de las y los nuevos inscriptos no eran oriundos de Rosario, si no que provenían de otras localidades e incluso desde otros países. Las posibilidades de alojamiento para aquellas y aquellos que llegaban a la ciudad para cursar una carrera podían variar entre la casa de algún pariente o conocido/a, un departamento o las residencias estudiantiles, dependiendo en líneas generales de los recursos económicos de cada familia. Y no significó una cuestión menor, pues en muchos casos fue determinante para garantizar la continuidad de los estudios.

Cuando aún no existía la UNR, desde la UNL se idearon algunos proyectos para crear viviendas estudiantiles en Rosario y Santa Fe que funcionasen bajo su órbita. En 1952 se autorizó una inversión para ad-

83 *La Tribuna*, 31/12/1975.

84 *La Tribuna*, 18/03/1976.

quirir muebles y otros elementos de equipamiento para las residencias que se afincaban en ambas sedes. Seis años después, tras la creación de la Dirección de Comedores y Viviendas se dispuso que, finalizado el primer semestre de 1959, esta área debía elevar un plan de desarrollo trienal que considerase la instalación de unidades de viviendas. El proyecto efectivamente se concretó en la ciudad capital, donde en 1960 se inauguraron cuatro residencias que, pocos años más tarde, ascendieron a doce, albergando un promedio de 130 estudiantes, varones y mujeres⁸⁵. Pero la sede rosarina no corrió la misma suerte. Si bien en 1960 el Consejo Superior autorizó la transferencia de una importante suma de dinero para la adquisición de un inmueble en Rosario con destino a vivienda estudiantil, a los pocos meses la resolución se dejó sin efecto⁸⁶. Desconocemos los motivos que determinaron la anulación, pero, al parecer, la operación no se llevó a cabo ni en ese año ni en los siguientes. De hecho, cuando en 1966 se dispuso aquel incremento sobre el valor de los tickets de los comedores y el costo de alquiler de las residencias, la resolución en cuestión refería que los primeros estaban situados en las dos ciudades mientras que las segundas solo en Santa Fe⁸⁷.

A partir de los registros con los que contamos hasta el momento, es posible señalar que la única vivienda con algún vínculo institucional que funcionó en Rosario en esos años fue la llamada Casa del Estudiante de la Facultad de Ciencias Médicas (FCM), cuya dependencia recaía en esta unidad académica y no en la universidad. Un sitio emblemático e histórico si se quiere, pues su origen se remonta a los tiempos iniciales de la propia facultad en la década del '20. De acuerdo a las escasas referencias halladas, la iniciativa de fundar un hogar estudiantil surgió de las autoridades de entonces encabezadas por el decano Rafael Araya. A tal efecto, se constituyó una comisión para realizar los trabajos tendientes a la obtención de fondos, finalmente recaudados por suscripción pública; en mayo de 1923 iniciaron las obras de construcción en la calle Tucumán al 2300, y en julio de 1924 fue inaugurado, entregando su propiedad a la FCM (Pérez, 1940). Se estableció que el inmueble sería utilizado para dar alojamiento a estudiantes que poseían escasos recursos

85 Crónica Universitaria, *Revista Universidad*, n° 25, 1952; n° 38, 1958 y n° 43, 1960. Museo Histórico, UNL; *El Litoral*, 27/09/1964.

86 Reunión del Consejo Superior, Actas, 06/08/1960, hoja 15 y 22/10/1960, hoja 37. *PPDFHyA*, Rosario.

87 Res. 167 y 168, 29/10/1969, UNR. *PPDFHyA*, Rosario.

económicos y cuyas calificaciones fuesen destacadas, asumiendo la facultad el compromiso de llevar adelante su dirección y administración las cuales, en determinados períodos, fueron delegadas en consejeros con atribuciones de superintendencia y en el Centro de Estudiantes⁸⁸.

Su recorrido resulta interesante porque si bien en algunos momentos se mantuvo en desuso, o al menos hubo un recorte de los servicios que prestaba, en 1980, en tiempos de la última dictadura militar, las autoridades de la facultad dispusieron reactivar su funcionamiento. Según una resolución del decanato, aquellas “altruistas intenciones” de ayudar a estudiantes de bajos recursos:

no siempre pudieron ser llevadas a cabo por motivos diversos, a lo que se agregó una disposición poco diligente en cuanto a su mantenimiento –prácticamente siempre por motivos de orden presupuestario– con la consecuencia inevitable de serios deterioros edilicios, situación que ha obligado a limitar, en el momento actual, todos los proyectos de funcionamiento, a proporcionar alojamiento como único beneficio⁸⁹.

Sobre ese diagnóstico, en el mes febrero se resolvió restablecer las condiciones de actividad de la Casa del Estudiante. El documento aludía a la instrumentación de un programa de perfeccionamiento de las condiciones materiales y edilicias para poner en funcionamiento todos sus servicios, entre ellos la biblioteca que poseía, y enumeraba los requisitos que debían cumplimentar los aspirantes a su ingreso. Si bien el establecimiento dependía directamente del decanato y la secretaría de asuntos estudiantiles, la dirección recaía en un funcionario con atribuciones de intendente, encargado de velar por el mantenimiento del orden y la higiene y controlar el cumplimiento de las disposiciones reglamentarias⁹⁰. Fue aquella misma secretaría la encomendada para redactar el reglamento interno que regularía desde entonces el funcionamiento de la Casa, el cual disponía, entre otras cuestiones, la prohibición de reuniones y actividades de carácter político, religioso o gremial, como

88 Res. 5 “Y”, libro 48, 06/02/1980, FCM/UNR. Además de otorgar alojamiento, habilitó los encuentros entre amigos, así como la posibilidad de hablar y discutir sobre cuestiones que hacían a la vida social y política de la época. Aldo Mangiaterra recuerda haber participado de una reunión de solidaridad con Cuba que se realizó en la Casa del Estudiante de la FCM en marzo de 1959. Dato recabado en conversaciones informales en el marco del proyecto.

89 Res. 5 “Y”, libro 48, 06/02/1980, FCM/UNR.

90 Ibid.

así también las reuniones festivas, a excepción de las autorizadas por el intendente. Aprobado el reglamento, se llamó a concurso para adjudicar 15 plazas conforme a las nuevas normativas fijadas, pero las pocas solicitudes registradas dan cuenta de que la convocatoria tuvo una repercusión limitada⁹¹.

De acuerdo a una noticia publicada hace algunos años atrás la Casa nunca estuvo cerrada, “salvo en los años de la dictadura militar”⁹². Hasta el momento, y sin descartar su existencia, no hemos encontrado en las resoluciones ninguna referencia sobre el período 1976-1979, fuese sobre su cierre, apertura, o dinámicas de funcionamiento. A pesar de ello, sí podemos definir que, reglas mediante, se permitió su uso y al menos desde 1980 se delineó una política concreta para reactivar sus actividades bajo el supuesto de retrotraerlas a “las ideas y propuestas de sus creadores e inspiradores”, aún cuando, al parecer, el establecimiento estaba habitado por algunos pocos alumnos. No obstante, es preciso señalar que a excepción de este caso particular, las posibilidades de alojamiento durante los años sesenta y setenta para estudiantes que no eran de la ciudad se circunscribieron al ámbito privado, destacando principalmente las pensiones y casas de estudiantes.

Los testimonios caracterizan a estas últimas como caserones viejos ubicados en las cercanías de las facultades, con habitaciones grandes, patio y cocina, que se alquilaban por un precio “más o menos cómodo”.

Recuerda Aldo Mangiaterra que, como los ocupantes se iban renovando, en algunas casas se fue perdiendo la conexión con los dueños, como en la denominada “el infierno”: “quedó el caserón en un estado que se iba derrumbando, y no pagabas nada”.

Las residencias disponibles presentaban distintas fisonomías, disponibilidad de ambientes, y, por supuesto, costos de alquiler, por lo que también diferían en la capacidad de personas que podían alojar. En algunas residían solo hombres, en otras solo mujeres. Pero más allá del aspecto y las comodidades que pudiesen ofrecer, no podemos soslayar que cumplieron la función de un hogar para muchos/as estudiantes durante un tiempo determinado en el que se redefinieron las pautas de convivencia y se reconfiguraron los vínculos entre pares.

No obstante, constituyeron mucho más que viviendas. De acuerdo a distintos relatos, allí se combinaron las “obligaciones” estudiantiles con

91 Anexo Res. 117 “Y”, Libro 48, 17/03/1980; Resolución n° 338 “Y”, libro 48, 14/05/1980, FCM/UNR.

92 *El Ciudadano*, 18/10/2014.

diversas actividades de esparcimiento, como una “especie de peñas” donde el folclore era muy común. Al mismo tiempo, tuvieron lugar numerosas reuniones políticas clandestinas, las cuales en ciertos casos conllevaron a la incorporación de estudiantes a la vida política dentro de la universidad. Como señala otro testimonio, en las casas ya había “una cierta ebullición”; “siempre había un diario, había reuniones”: “muchos ya estábamos incorporados, yo en el 67, 68 participaba en las asambleas [], por los materiales y por las reuniones que había en mi casa”⁹³. Además, en algunas de ellas, los estudiantes compartieron el alojamiento con obreros de Rosario y el cordón industrial⁹⁴, de modo que se fue delineando un clima político dentro del propio hogar en el que se afianzaron lazos de compañerismo y solidaridad surgidos de la convivencia misma.

Justamente por lo que estos espacios representaban, desde mediados de la década del setenta fueron puestos bajo la lupa de las Fuerzas Armadas y de seguridad que operaban en la ciudad. La irrupción de personal armado en las pensiones estudiantiles y casas de hospedaje se volvió una modalidad reiterativa en las vísperas al golpe de Estado, justificada bajo el rótulo de “operativos antisubversivos” que se enmarcaban dentro de las acciones llevadas a cabo “contra la guerrilla”. Instaurada la dictadura, los procedimientos realizados en dichas residencias en la búsqueda de “subversivos”, fuesen reales o potenciales, adquirieron otras dinámicas y especificidades dentro del esquema represivo⁹⁵.

A modo de cierre

En este recorrido, historiamos dos espacios de sociabilidad que consideramos representativos y constitutivos de la vida estudiantil en la ciudad de Rosario: el comedor universitario y las viviendas para estudiantes⁹⁶.

Si bien el comedor ha sido frecuentemente recuperado en las memorias y conmemoraciones de las luchas estudiantiles de los sesenta, poco se sabía sobre las derivas institucionales que jalonaron su recorrido. El análisis

93 CLIHOS, UNR (31/12/2019) Primer encuentro Taller de Memorias, ya citado.

94 La zona del “Gran Rosario” venía atravesando un proceso de intensificación del desarrollo industrial, por lo que la región concentraba una gran cantidad de trabajadores (Simonassi, 2005).

95 Para ampliar al respecto, ver Grimi, 2021.

96 Aunque de ninguna manera ello quiere decir que la vida estudiantil quedó supeditada únicamente a estos dos espacios.

permitió reponer las tramas políticas, académicas y burocráticas que sostuvieron ese devenir, enmarcándolas en las propias dinámicas de la universidad y estableciendo algunos vínculos con las políticas universitarias a nivel nacional. Pero, a su vez, volvimos sobre aquellas memorias para exponer los usos, significados y sentidos que se erigieron en torno al sitio.

Constatamos que, junto a un ámbito de encuentro, de debate, de sociabilidad, el comedor se configuró como un espacio de disputa política que se dirimió no solo entre el movimiento estudiantil si no también en la órbita de quienes dirigían la universidad. Y, efectivamente, esto constituyó una preocupación que terminó siendo zanjada con el cierre del establecimiento, en primera instancia de modo temporario, algunos años después de forma definitiva. Al mismo tiempo, advertimos que los problemas financieros o presupuestarios no aparecieron en 1975 si no que constaban de larga data y se mantuvieron como una constante que acompañó a diversas gestiones. Ello posibilita quitarle sustento al discurso oficial que en parte justificó la clausura bajo dichos argumentos y pone de manifiesto que, en un marco más general de cercenamiento de ciertas prácticas y espacios estudiantiles, la disposición pretendía obturar las prácticas y relaciones que allí se tejían, así como todo aquello que el comedor simbolizaba.

Así mismo, notamos que a diferencia del caso santafesino, el proyecto de crear residencias universitarias en Rosario no prosperó y, al parecer, fue la Casa del Estudiante de la FCM la única que exhibió algún vínculo institucional. No contamos con herramientas suficientes para describir con mayor precisión sus dinámicas de funcionamiento hasta 1980, aunque al parecer primó la parcialidad de sus servicios, el magro –o nulo– presupuesto y los deterioros edilicios. Fue recién en dicho año, y por resolución del entonces decano que, al menos en los papeles, se dispuso restablecer las condiciones de actividad de la residencia, bajo el argumento de “recuperar” y brindar al estudiantado la totalidad de sus servicios entre los que se incluía, además del alojamiento, la biblioteca y el uso de otros ambientes. Así, en los años sesenta, las casas de hospedaje y las pensiones particulares conformaron las opciones más viables para las y los estudiantes cuya procedencia remitía a otras localidades. Los relatos pincelaron un panorama acerca de cómo eran o se componían algunas de esas viviendas, pero también de las actividades que allí se desarrollaban. Y, nuevamente, la cuestión de la sociabilidad y las prácticas políticas emergen como rasgos distintivos, verificando que aquellas rebasaron la función doméstica y, junto al comedor, representaron mucho más que espacios donde solo se comía y dormía.

Laica o Libre y Rosariazo(s)

La participación política de las y los estudiantes secundarios 1958 - 1969

Carla Di Terlizzi⁹⁷

Diversos estudios sobre la década de 1960 en Argentina y a nivel global hacen referencia a la centralidad que adquieren las y los jóvenes en general y el estudiantado en particular como impulsores de un proceso de transformación cultural y político. El movimiento estudiantil en general ha sido abordado teniendo a las y los universitarios como objeto de estudio, mientras que la organización de las y los que asistían a la escuela media ha sido tomada como complemento. Con el objetivo de comprender sus formas de organización y sus demandas, en el presente capítulo nos proponemos recuperar al movimiento estudiantil secundario en la ciudad de Rosario en dos momentos de movilización social en la ciudad, que adquieren suma importancia para la región y el país: la disputa por la educación Laica o Libre en una temporalidad que recorre desde 1956 a 1958, y la insurrección popular de 1969.

Laica o Libre

En la ciudad de Rosario el conflicto que se conoce como Laica o Libre contó con la iniciativa las y los estudiantes secundarios, que ganaron una significativa visibilidad en sus acciones públicas, llamando la atención de la prensa periódica. Esa disputa dio el impulso para que las y los secundarios intervinieran de manera colectiva desde sus federaciones, actuando con otros agentes de la universidad y del movimiento

⁹⁷ Carla Di Terlizzi es profesora de Historia por la Universidad Nacional de Rosario y Maestranda en Historia Social Latinoamericana y Argentina. Es miembro CLIHOS, UNR.

obrero. En la ciudad de Rosario adquirieron centralidad y desde sus propios ámbitos impulsaron, en muchos casos, el ciclo de tomas de las instituciones. Las formas de atravesar ese proceso les dieron impulso a las acciones que, durante la década de 1960, llevaron adelante de manera conjunta con sus pares de la universidad. Podemos observar como la experiencia de los años anteriores permitieron al estudiantado de la escuela media participar de la rebelión popular del año 1969 de manera colectiva y organizada.

1955–1956

El universo estudiantil secundario atravesaba grandes transformaciones desde la década de 1940, siguiendo lo que plantean Torre y Pastoriza (2002) y Manzano (2017) se había producido un incremento en las matrículas de las escuelas secundarias, que en 1945 era de 201.000 estudiantes en la rama normal, comercial y bachiller, 10 años más tarde era de 489.000. Dentro de la ampliación de la matrícula se produjo la incorporación paulatina de las y los hijos de familias de clases medias y obreros calificados, estudiantes que por lo general se incorporaban a las escuelas medias que se orientaban a la educación técnica o comercial. A su vez se destaca la feminización de la matrícula, en 1950 las mujeres representaban a un 47% del estudiantado secundario.

Esas transformaciones se inscribían en un escenario político cambiante. El año 1955 no fue fácil para la política argentina, al descontento del Ejército y de los partidos políticos opositores al gobierno, se le sumaba el enfrentamiento de éste último con la Iglesia Católica y los conflictos iban en aumento. En junio hubo un primer intento de golpe de Estado cuando se produjo un bombardeo a la Plaza de Mayo que, finalmente, se concretó en septiembre con la autodenominada “Revolución Libertadora” que estuvo a cargo de las Fuerzas Armadas apoyadas por la Iglesia Católica, todo el arco político partidario y la simpatía de quienes habían sido opositores al gobierno peronista. El principal objetivo era la *desperonización* de todos los sectores de la sociedad. Siguiendo el planteo de Tcach (2007), se buscaba disolver la identidad política y para ello se llevaron adelante una serie de medidas que combinaron la represión con la persuasión. Durante la presidencia del General Pedro Eugenio Aramburu se intervino por decreto la CGT, se disolvió el partido peronista, se inhabilitó a sus integrantes para obtener empleos en la ad-

ministración pública y se proscribió la representación gremial a quienes habían ocupado cargos sindicales a partir de 1952.

El gobierno que se instaló a partir del golpe de Estado, encabezado por Lonardi en un primer momento y luego por Aramburu y Rojas, tuvo en claro que uno de los objetivos era intervenir la universidad que durante el peronismo había sido campo de disputas y conflictos. El encargado de llevar adelante las políticas relacionadas con ese ámbito fue el ministro Dell' Oro Maini, quien tenía un vínculo sólido con la Iglesia católica, de allí se desprende su preocupación en la promoción de la educación religiosa como un elemento de ordenamiento social (Orbe, 2008). Se reestableció la vigencia de la Ley Avellaneda, se les otorgaron amplias facultades a los interventores de las universidades, se propuso el llamado a concurso para la renovación del claustro docente y, en un acto considerado de reparación moral, se decretó la reincorporación de aquellos docentes que habían sido cesanteados durante el peronismo (Orbe, 2008). Todas las medidas mencionadas se condensarían en la sanción del decreto-ley 6.403 de diciembre de 1955 que buscaba establecer una nueva forma de organización de las universidades basadas en el principio de autonomía. De los 52 artículos que componían el decreto-ley, el 28 fue el que generó disputas. Permitía la creación de universidades libres facultadas para otorgar títulos: “la iniciativa privada puede crear universidades que estarán capacitadas para expedir diplomas y títulos habilitantes, siempre que se sometan a las condiciones expuestas por una reglamentación que se dictará oportunamente⁹⁸”.

Si bien el conflicto Laica o Libre adquirió una mayor visibilidad en el año 1958, se advierte que las disputas surgieron ya con la reglamentación del decreto-ley en el comienzo del ciclo lectivo 1956. Las y los estudiantes universitarios al igual que algunos docentes y rectores, en su mayoría reformistas, iniciaron sus cuestionamientos. Consideraban en particular, que el artículo 28 era un avance contra la educación pública, impulsado por el gobierno que, de manera explícita, beneficiaba a la Iglesia Católica quien—junto con otras de iniciativa privada— podía crear universidades y otorgar títulos habilitantes. Una gran parte de las y los universitarios de las principales ciudades comenzaron a movilizarse, con huelgas, tomas de instituciones y otras demostraciones públicas. En la ciudad de Rosario se sumaron las y los estudiantes secundarios que pertenecían a la Federación Rosarina de Estudiantes Secundarios

98 Decreto – Ley 6403 <https://www.coneau.gob.ar/archivos/567.pdf>

(FRES), una federación que surgió en el año 1954, tal como señala Aldo Mangiaterra

Desarrollamos una actividad que tuvo cierta importancia, los centros de estudiantes estaban prohibidos, quizás la reivindicación más importante era esa, el derecho de formar organización estudiantil. En realidad había una organización estudiantil pero que no era de los estudiantes sino que era armada desde el gobierno, que era la UES⁹⁹.

Dentro de las escuelas secundarias de Rosario se encontraban por un lado la FRES, que se declaraba reformista y laica y que tenía presencia de la Federación Juvenil Comunista, y, por otro lado, la Federación de Estudiantes Libres (FEL) que era una agrupación conformada por estudiantes secundarios que se constituían como una rama de los Ateneos Universitarios y proclamaban la libertad de enseñanza¹⁰⁰.

En marzo de 1956 la FRES inició una serie de acciones defendiendo el laicismo en la enseñanza y, a medida que se ampliaba la participación de estudiantes, se sumaron otros reclamos como la permanencia de docentes y directivos que habían ejercido durante el peronismo y la derogación del decreto De La Torre¹⁰¹. Se incorporaron a través de las manifestaciones, sin embargo, el método de lucha que generó más visibilidad fue la ocupación de escuelas la ciudad.

Ante la situación de movilización y la erosión que había provocado el decreto-ley y sobre todo el artículo 28, se decidió dar marcha atrás con su sanción, el Ministro de Educación y Justicia renunció y Aramburu convocó a que culminasen con el proceso de tomas. Este primer período quedó en un *impasse*, la lucha se retomó en 1958 en la presidencia de Arturo Frondizi.

99 Entrevista a Aldo Mangiaterra, julio 2021 ya citada. La Unión de Estudiantes Secundarios (UES) fue una organización formada en el año 1952 desde el gobierno peronista. La misma buscaba nuclear estudiantes de escuelas medias. La organización no tenía un carácter político explícito ya que estaba destinada a actividades de recreación y deportes, no obstante si podemos decir que fue uno de los primeros acercamientos de secundarios con la política (Di Terlizzi, 2019).

100 Si bien quienes se autodenominaban libres se movilizaron durante este período y adquirieron un grado de visibilización importante, nuestra atención estará orientada hacia aquellos estudiantes que se nombraban laicos.

101 El decreto "De La Torre" sancionado en 1936 prohibía toda forma de organización y agremiación estudiantil.

1958: ciclo de tomas y movilización

En 1958 la “Revolución Libertadora” convocó a elecciones con el peronismo proscrito. El candidato que tenía más posibilidades de triunfar era Arturo Frondizi que provenía de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI). Tempranamente había manifestado de modo público su opinión acerca de la cuestión educativa y se proclamó en contra del “monopolio estatal de la enseñanza”. Ya en ejercicio de funciones, y si bien los jóvenes reformistas habían apoyado su candidatura, nombró como Ministro de Educación y Justicia a Luis Mac Kay, un reconocido católico. Las declaraciones y el nombramiento reafirmaban el compromiso de Frondizi con la sanción del decreto-ley 6043 pero sobre todo con el artículo 28 y los acuerdos que se habían establecido con la Iglesia Católica.

En agosto de 1958 el Poder Ejecutivo publicaba un comunicado en el que señala “se estaban estudiando los medios jurídicos para hacer efectivo el principio de la libertad de enseñanza”¹⁰². Los estudios sobre el período coinciden que tanto las movilizaciones y manifestaciones públicas como la represión por parte de la policía —que se llevaron adelante entre septiembre y octubre de 1958— tuvieron una magnitud mucho mayor que lo que había ocurrido en años previos.

En este nuevo contexto, las y los estudiantes secundarios tuvieron una participación significativa. El registro de prensa permite advertir acciones a diario, incluso cuando el estudiantado universitario dudaba si levantar o no las tomas. Las escuelas secundarias fueron ocupadas por un largo período de tiempo, peligrando en muchos casos la regularidad de la cursada, cuestión que también fue tratada y negociada con el gobierno. Junto con las tomas se organizaban paros, como por ejemplo el realizado el 10 de septiembre en la Plaza Sarmiento con la FUL que fue acompañado de una gran manifestación social¹⁰³.

Sin embargo, se debe considerar que la posición acerca del repudio hacia el artículo 28 y su pedido de derogación no era unánime en el movimiento estudiantil secundario. Al interior de las escuelas las opiniones estaban enfrentadas, ambas posiciones —a favor y en contra— tenían su representación en escuelas públicas y privadas. Por ejemplo, en la Escuela Industrial de la Nación, mientras que un grupo se manifestaba y realizaba un paro de 24 horas, otro, reunido en Ateneos, informaba: “a

102 Comunicado del Poder Ejecutivo citado en Manzano(2009: 128).

103 *Rosario*, 10/09/1958.

todos los estudiantes y a la opinión pública en general la reprobación de dicha medida ofreciendo amplias garantías a los alumnos que deseen concurrir a clase¹⁰⁴.

Esto también se puede observar en otras instituciones, a partir de los comunicados de diversas agrupaciones —en reiteradas ocasiones, humanistas— que se publicaban en la prensa¹⁰⁵. Es pertinente resaltar que las escuelas cuyo estudiantado lo constituían mujeres participaron debate y se conformaron grupos que adherían a la FRES y, consecuente con su línea de acción, realizaron ocupaciones en las instituciones:

En la FRES participaban también compañeras, las escuelas más conocidas, importantes eran los Normales, el Normal 1 y el Normal 2, pero estaban otras, el Liceo de Señoritas, el Comercial Urquiza, bueno el Superior de Comercio, si tengo que nombrar específicamente me acuerdo de esas () Si había compañeras, varias de ellas destacadas militantes¹⁰⁶.

En este proceso de tomas se conformaron diversas confederaciones, organizaciones y consejos, como por ejemplo la Confederación Argentina de Estudiantes Secundarios, en la cual participaban representantes de diferentes ciudades del país, pero la dirigían las y los estudiantes secundarios de Rosario, también el Consejo Intercolegial Rosarino de Estudiantes Secundarios. Se conformaron además comisiones de padres para defender a sus hijas e hijos ante las acusaciones desde el Ministerio de Educación y Justicia, de esa manera quedó conformada la Federación de Padres Reformistas de Rosario y, a principios de octubre, se formó la Unión de Padres pro normalización escolar¹⁰⁷.

Los paros fueron cada vez más recurrentes, el 16 septiembre el diario *Rosario* publicaba:

hoy, desde temprano pudo observarse en las cercanías a los establecimientos secundarios, grupos de alumnos y alumnas en espera de sus compañeros. (...) la ausencia de alumnos fue crecida en los Normales, los Nacionales, el Comercial y algunos institutos derivados congregándose cerca de las 9:30 gran cantidad de ellos en Plaza Sarmiento¹⁰⁸.

104 Ibid.

105 *Diario Rosario*, 12/09/1958.

106 Entrevista a Aldo, julio de 2021, ya citada.

107 *Rosario*, 09/10/1958.

108 *Rosario*, 16/09/1958.

Tal como reseñaba la prensa, durante septiembre y hasta mediados de octubre, las escuelas de Rosario estuvieron tomadas.

Es necesario tener presente que, como se mencionó, el conflicto estuvo protagonizado desde sus inicios por las y los estudiantes secundarios que, a diferencia de sus pares universitarios, mantuvieron el estado de movilización y las tomas de instituciones: “los alumnos desde horas tempranas comenzaron a hacerse cargo de las escuelas mientras que en las Facultades se dictaban clases normalmente a excepción hecha de la de Ciencias Económicas, que fue tomada a las 6 de la mañana aproximadamente”¹⁰⁹. Estas acciones se realizaron a partir de la decisión estudiantil de tomar las escuelas por tiempo indeterminado, así lo fueron comunicando las agrupaciones desde las diferentes instituciones como el Nacional 1, Escuela Industrial Superior de la Nación, Normal 2, entre otras. Esta última fue ocupada por las alumnas a horas de la madrugada y ante la solicitud de las autoridades de la institución, el Comisario de Órdenes –acompañado por comisarios inspectores y el seccional–, desalojaron la escuela, que quedó bajo guardia policial.

Durante este ciclo de protesta las fuerzas policiales estuvieron presentes. En un informe de la policía se establece que “en tanto las autoridades de los establecimientos educativos no pidieran la intervención policial para desalojar los colegios, esta se mantenía en estado de alerta sin llegar a actuar. Asimismo se dejarían efectuar manifestaciones siempre que no atentaran contra el orden público”¹¹⁰. Lo cierto es que el desalojo de las instituciones educativas y, como contraparte, el repudio que la intervención policial provocó en las y los estudiantes. El CIRES publicó un comunicado en el que señalaba su posición: “Repudiamos toda acción policial tendiente a desalojar a los estudiantes y denunciamos la agresión practicada por la Policía en el colegio Nacional N° 1”¹¹¹. Lo mismo ocurrió en días posteriores cuando el Centro Único de Estudiantes del colegio Nacional nro. 1 informaba a la prensa lo sucedido en dicha institución, donde sufrieron la represión de la policía y bomberos cuando se encontraban en la secretaría cantando el Himno Nacional. En ese marco un bombero “a la voz de “cállate desgraciado” (...) le aplicó

109 *Rosario*, 23/09/1958.

110 *Ibid.*

111 *Rosario*, 24/09/1958.

un cintazo en la frente al alumno Eduardo Pérez Belnicoff hiriéndolo en forma leve”¹¹².

La acción policial fue también rechazada por el Concejo de la ciudad de Rosario, en un comunicado del 27 de septiembre expresan que “El H. Concejo repudia enérgicamente los procedimientos policiales realizados en esta ciudad el 24 del corriente, con motivo del desalojo por la fuerza de distintos establecimientos educacionales ocupados por estudiantes”¹¹³. La represión tuvo su punto más alto el 7 de octubre con la visita del vicepresidente de la Nación a la ciudad. Ese día estudiantes secundarios y universitarios se encontraron en inmediaciones de la Catedral –Laprida y Córdoba– donde el vicepresidente participaba de un acto. Las y los manifestantes avanzaron hacia la Catedral, sin embargo, la policía hizo un cordón para impedirlo, replegando a quienes se encontraban allí presentes. Ante esa situación algunos estudiantes arrojaron piedras y fue en la intermediación de Maipú y Córdoba donde:

se produjo un momento de confusión viéndose a los representantes del orden desenfundar sus armas y disparar contra los estudiantes. Se afirma que más de cien descargas hicieron los agentes viéndose caer un agente uniformado y una persona que fue trasladado de inmediato al Jockey Club. También se sabe de otros heridos entre ellos una señora que transitaba por calle Córdoba con una pequeña de su mano”¹¹⁴.

Los hechos generaron el repudio de la sociedad en su conjunto, de las 62 Organizaciones, del gobierno provincial que dispuso “el alejamiento de sus funciones del jefe de policía de Rosario, Dr. Juan Carlos Carlomagno y el subjefe de policía de la misma y que se procedería también a una reorganización de los cuadros superiores de la misma participación”¹¹⁵. A pesar de que participaron muchos estudiantes, el Consejo Intercolegial Rosario de Estudiantes Secundarios publicó un comunicado en el dejaba en claro que no había convocado a la manifestación del día 7 de octubre y recomendaba no asistir a la marcha propuesta por la

112 Ibid. La misma nota identifica que: “La Federación de Estudiantes Libres ante los hechos que han culminado con el vergonzoso asalto a los colegios y facultades por parte de grupos minoritarios y dirigidos por elementos de izquierda, deja asentada su actuación siempre al servicio del estudiante, luchando hoy como ayer, por una causa noble y justa como es la enseñanza.”

113 *Rosario*, 27/09/1958.

114 *Rosario*, 7/10/1958.

115 *El Litoral*, 8/10/1958.

FUL para el día siguiente, ya que había sido prohibida por las autoridades policiales¹¹⁶. La FUL, por su parte, convocó a diferentes sectores, entre ellos obreros y sindicatos. A raíz de este hecho el gobernador de Santa Fe dictó una resolución que prohibía todo tipo de manifestaciones callejeras, sin embargo, esto no impidió que las y los estudiantes secundarios siguieran ocupando las instituciones educativas por tiempo indeterminado aun cuando desde el Ministerio de Educación y Justicia amenazaban con dejar libres a quienes estuviesen participación en las tomas.

El pedido de las y los estudiantes secundarios era claro y conciso: anular el artículo 28 y derogar el decreto De La Torre para organizar los Centros de Estudiantes. Como las tomas por tiempo indeterminado estaban empezando a perder apoyo —en lo que influía la posibilidad de que las y los estudiantes quedasen libres y docentes fueran cesanteados— las agrupaciones reformistas convocaron a un plebiscito donde se votaría si se seguía o no con el proceso de tomas. Dicho plebiscito se realizó el 2, 3 y 4 de noviembre, y ganó por mayoría el retorno a la normalidad de las clases y los establecimientos educativos fueron desocupados.

La particularidad de esta segunda etapa fue la solidaridad del movimiento obrero con el movimiento estudiantil tal como han planteado otras investigaciones (Califa, 2009) aunque este vínculo se potenció luego de la sanción de la ley. En esa línea, el diario *El Litoral* registra, para el caso de Santa Fe, la masiva convocatoria donde participaron estudiantes y obreros. La prensa destaca la participación de los sindicatos de la Asociación de Trabajadores del Estado, Obreros de la Construcción, empleados municipales, sindicato de Luz y Fuerza, Telegrafistas e incluso una delegación de maestras Laicas¹¹⁷. Similar manifestación se produjo en Rosario donde la concentración se desplegó en plaza Pringles. Junto a oradores estudiantiles emitió un discurso el representante de los obreros de la construcción, Ángel Rosa, señalando que “como en 1918 estamos hoy también junto a los estudiantes, porque entendemos que como ayer, sus problemas son los mismos que los nuestros”¹¹⁸. Este aspecto es interesante ya que si bien la unidad obrero estudiantil había sido una consigna levantada por los reformistas en el '18, el marcado antiperonismo de los años anteriores había producido un desencuentro

116 *Ibíd.*

117 *El Litoral*, 1/10/1958.

118 *Rosario*, 1/10/1958.

entre ambos, que se modificó paulatinamente cuando esta lucha acercó a sectores estudiantiles “con el movimiento obrero peronista y tendencias radicalizadas” (Orbe, 2008).

Si bien la ley de enseñanza libre fue sancionada, al seguir el recorrido que hizo el movimiento estudiantil secundario, podemos decir que más que una derrota, Laica o Libre fue uno de los momentos donde las y los estudiantes profundizaron sus mecanismos de lucha y organización colectiva, actuaron en las calles, en muchos casos tomaron las riendas de la lucha, y lograron articularse con el movimiento estudiantil universitario y con el movimiento obrero. Si bien en noviembre de 1958 debieron desocupar los establecimientos educativos, porque así lo decidió la mayoría, siguieron organizados, realizaron asambleas periódicamente y hasta en algunos casos actuaron en conjunto con la FUA y los dirigentes gremiales, como por ejemplo en los diferentes paros que se hicieron en solidaridad con los gremios obreros. Laica o Libre significó la presentación en sociedad del movimiento estudiantil secundario en Rosario, que sería protagonista en los años posteriores.

Rosariazo, mayo de 1969

Los estudios producidos desde el campo de la historia reciente han puesto especial atención al ciclo de conflictividad social que se abre en la Argentina de 1969, considerando este un momento de quiebre y el comienzo de un período de movilizaciones y protesta social (Águila, Luciani, Seminara, Viano, 2018).

Desde 1966 gobernaba el país la dictadura liderada por Juan Carlos Onganía autodenominada “Revolución Argentina”, que intentó llevar adelante una transformación del país en tres tiempos, económico, social y político que se propuso reformular y estabilizar el modelo de acumulación mediante un proyecto de modernización autoritaria. Tempranamente los sectores obrero y estudiantil se vieron afectados por este esquema. En el último caso, la intervención de las universidades y la represión sobre sus manifestantes marcó los primeros años del onganíato. La clase obrera se vio profundamente afectada por las políticas económicas adoptadas por el Ministro Krieger Vasena y la clausura de las actividades gremiales.

1969 fue el inicio de la descomposición de la “Revolución Argentina” y ese modelo, en tanto confluyeron diferentes sectores que plantearon un escenario de confrontación a la dictadura, desde principios de año

las líneas combativas dentro del sector sindical habilitaba nuevos escenarios de conflictividad con el gobierno, de modo tal que el descontento fue creciendo y conformando puntos neurálgicos de protesta al interior del país donde, en muchos casos, la movilización obrera coincidió con la agitación estudiantil (Gordillo, 2007). A lo largo de ese año se produjeron diferentes procesos de insurrección popular conocidos como los azos.

En ese marco crecieron las organizaciones político-militares que, en Argentina se configuraron tempranamente como una alternativa política más para el acceso al poder (Gordillo, 2007: 364). La radicalización se verificó en el movimiento estudiantil en general y en el secundario en particular que para el año 1968 lo encontramos articulado y organizado a raíz del intento de reforma educativa impulsada por Onganía que proponía el pasaje de la formación docente de las escuelas normales a nivel terciario. Desde entonces se produjo una reactivación de la movilización, especialmente en las escuelas normales, que posibilitó la rearticulación del movimiento a través de la FRES (Luciani, 2022):

Onganía en el '68 resuelve una reforma en la enseñanza normal con lo cual uno se dejaba de recibir de maestro en 5to año y aparece el bachillerato con orientación pedagógica. y en ese momento se forma nuevamente la FRES. Nosotros en el 68 funcionábamos en el local de la CGT en la calle Córdoba, la FRES funcionaba ahí y se intentan hacer algunas cosas¹¹⁹.

Se sumaba, además, su articulación con otros ámbitos. A comienzos de 1968 la CGT quedó dividida en dos, la CGT Azopardo liderada por Vandor y la CGT de los Argentinos que tuvo una gran presencia en el interior del país y una posición combativa, particularmente en Rosario que nucleó a los trabajadores del Estado (ATE) a la Unión del Personal Civil de la Nación (UPCN), a gráficos, telefónicos, navales, la Unión Ferroviaria y a La Fraternidad. A ellos se le sumaron las y los estudiantes, llamada por algunos la "CGT de los estudiantes" (Viano, 2009:245).

El vínculo con universitarios se refrendó en esa coyuntura. El estudiantado de la Universidad Nacional de Rosario vivía momentos de agitación que se acentuaron profundamente en mayo de 1969. En Corrientes, un grupo de estudiantes se movilizó a raíz del aumento de ta-

119 CLIHOS UNR. (31 de diciembre de 2019) Primer encuentro Talleres de Memorias ya citado.

rifas del comedor universitario, siendo asesinado Cabral. La reacción de sus pares rosarinos fue inmediata y en respuesta a ello “el rector de la Universidad dispone suspender toda actividad universitaria hasta el lunes 19 de mayo”¹²⁰. Desde el mediodía del 17 de mayo, la movilización estudiantil se concentró en el comedor de la Facultad de Filosofía y Letras, y decidieron marchar por el centro de la ciudad siendo reprimidos brutalmente y asesinado Adolfo Bello. La revista *Boom* relata:

En medio de esa confusión de insultos, gritos y llantos, suena un tiro y aumentan los alaridos: en el suelo a un costado de la puerta que da acceso a la escalera que conduce a los pisos superiores, con la cara bañada en sangre, yace un joven. Viste pantalón vaquero y camisa clara: es Adolfo Ramón Bello¹²¹.

Los días posteriores estuvieron marcados por la movilización de estudiantes en unidad con obreros y la población en general. El 21 de mayo se convocó a la Marcha del silencio, en la cual la presencia de las y los estudiantes secundarios fue muy notoria:

Cuando viene el '69 el Rosariazo, la FRES convoca entre el asesinato de Bello y la Marcha del Silencio, se convoca a un acto secundario en la Melipal donde llevamos flores y cosas de ese tipo y éramos como cien secundarios era una cosa absolutamente llamativa. El 21 nosotros paramos, el Normal 3 adhiere al paro, sin asamblea pero el Normal 3 para completo, el día del Rosariazo hubo paro, no hubo actividad¹²².

Esto es reforzado por la prensa que en la crónica comenta: “Ya el martes 20, cerca de las cinco de la tarde, un nutrido grupo de estudiantes secundarios –la mayoría perteneciente a la Escuela Industrial N° 4 de Rosario– realizó una marcha silenciosa, partiendo de la esquina de Córdoba y Laprida hasta la galería comercial “Melipal” [donde fue asesinado Bello]”¹²³. Uno de los estudiantes tomó la palabra pidiendo silencio e invitando a la marcha que se haría el día posterior. Ese día asistieron

120 *Boom*, año 1, n° 10, junio 1969.

121 *Ibíd.*

122 CLIHOS UNR. (31 de diciembre de 2019) Primer encuentro Talleres de Memorias, ya citado. La escuela Normal 3, creada en 1917, desde la década de 1940 se encuentra ubicada en la calle Entre Ríos 2366. Esta institución era, para finales de la década de 1960, una escuela para jóvenes varones.

123 *Boom*, año 1, n° 10, junio 1969.

al acto organizado por la Federación de Estudiantes Secundarios, alrededor de cien estudiantes además de las personas que se hicieron allí presentes.

No sólo se sumaron a esa actividad sino que también, la ausencia de la policía en la calle, permitió que realizaran una colecta de fondos para la olla popular desarrollada en la CGTA, tal como se narra en otro capítulo de este libro. Las y los estudiantes de la escuela media, distribuidos en diferentes puntos de la ciudad, lograron recaudar 200 mil pesos¹²⁴.

Si bien la Marcha del silencio fue reprimida, la muerte de un adolescente de 15 años, Luis Blanco es prueba de ello, las fuerzas policiales fueron completamente desbordadas por la multitud entre las que se encontraban estudiantes secundarios, universitarios, obreros, empresarios, profesionales y población en general. La prensa reseñó, “la actitud policial fue acremente criticada por estudiantes y algunos vecinos al grito de “¡Asesinos!”. A medida que fue avanzando la manifestación se produjeron barricadas y fogatas que fueron alimentadas por elementos que aportaron estudiantes secundarios y universitarios¹²⁵. Ante estos hechos, Rosario fue declarada zona de emergencia bajo control militar, las dos CGT divididas se unieron para declarar un paro para el día 23 de mayo en repudio a la represión y la muerte de Blanco (Viano, 2009: 251).

La participación de estudiantes de escuelas medias en los sucesos de mayo, señala la existencia de un movimiento estudiantil con una dinámica de acción articulada con otros actores, aspecto que se reforzó en ese año, especialmente cuando acompañó las insurrecciones obreras del mes de septiembre, participando de las columnas movilizadas o realizando acciones dentro de las aulas.

Asimismo los hechos ocurridos en mayo y septiembre de 1969 en Rosario se imprimieron en la memoria de una generación. Para una parte de los más jóvenes fue el primer recuerdo de un suceso político, para quienes asistían a la escuela secundaria fue el inicio de su vida política, ya fuera porque se constituyeron en observadores privilegiados de la acción popular o porque fueron protagonistas del suceso. En ese sentido, Ángel comenta:

124 *Ibid.*

125 *Boom*, año 1, n° 10, junio 1969.

En mi casa había mucha preocupación, mi papá colectivero, incendiaban colectivos, por lo tanto esos momentos no pasaron desapercibidos. Y me acuerdo que tanto en 7 grado, '69, de los problemas que estaban con la gente en la calle. Y ahí empieza a despertar que algo estaba cambiando, y en mí empiezan a cambiar algunas cosas, preguntar había movimiento estudiantil, había paro, movilizaciones de trabajadores, que fue todo el 70 y 71¹²⁶.

Por su parte, Gloria cuenta que en su casa se hablaba de política y se militaba –su mamá era delegada sindical, su abuelo había sido parte de la resistencia peronista– sin embargo, cuando ocurrieron los Rosariazos (de mayo y septiembre) ella tenía 11 años y fue un suceso impactante en su vida ya que veía en la esquina de su casa a sus amigos, aquellos con los que jugaba al metegol todos los días, y que ahora se enfrentaban con la policía¹²⁷.

Por otro lado, Pepe también recuerda que la movilización y la imagen de los colectivos quemados del segundo Rosariazo, lo marcaron. Estos acontecimientos se amalgaman en las memorias militantes con experiencias y sucesos posteriores que las y los convocaron a la política, en el caso de Pepe, como muchas y muchos otros jóvenes la masacre de Trelew fue otro momento importante¹²⁸. Así es posible pensar que la incorporación a la militancia desde la escuela secundaria entre fines de la década de 1960 y principios de 1970 se definió a partir de asumir la capacidad de la política como transformadora de la realidad. Y esto se hizo posible desde un espacio que permitió articular ese proceso con experiencias de sociabilidad cotidianas que compartieron con sus pares generacionales.

Consideraciones finales

Desde la década de 1950 la matrícula de las escuelas secundarias fue en ascenso logrando que un porcentaje mayor de las y los jóvenes entre 14 y 18 años pudiera escolarizarse. Durante esa década y la siguiente, los modos de hacer política se fueron reconfigurando y las y los estudiantes adquirieron preeminencia en la escena política. El movi-

126 Entrevista a Ángel, Archivo Documental Museo de la Memoria, Rosario.

127 Entrevista a Gloria. Militante de la UES y estudiante secundaria a principios de los años setenta. Realizada por Laura Luciani, 2009. Grabación de voz.

128 Entrevista realizada por la autora a Pepe, octubre 2017.

miento estudiantil, y en particular el movimiento estudiantil secundario, no era ajeno a los cambios que se estaban viviendo.

A lo largo del capítulo advertimos cómo estudiantes secundarios fueron creciendo en su organización colectiva y en el conflicto Laica o Libre hicieron oír sus voces desde la FRES. El movimiento estudiantil secundario se sumó a los pedidos de sus pares universitarios, pero también hicieron oír sus propios reclamos como por ejemplo la libre asociación y el reclamo por la permanencia de docentes y directivos cesanteados.

Podemos observar que, a lo largo del conflicto Laica o Libre, que comenzó en 1956 y que tuvo su momento más importante en 1958, las y los estudiantes secundarios fueron los grandes impulsores de marchas, huelgas y tomas de instituciones. La motivación que tuvo en ese contexto sirvió de impulso en su accionar de los años posteriores.

En los conflictos de mayo y septiembre de 1969 que se conocen como Rosariazos también tuvieron un rol protagónico, hicieron su propio homenaje a Bello y convocaron y participaron de la Marcha del Silencio. En septiembre si bien fue el movimiento obrero quien estuvo a la cabeza de los hechos, el movimiento estudiantil secundario acompañó desde las calles y en la escuela.

Consideramos que el Rosariazazo fue un momento bisagra en el movimiento estudiantil secundario porque la lucha y la organización de los años anteriores le permitió a las y los estudiantes secundarios ser protagonistas de las luchas, aunar fuerzas con sus pares universitarios y con el movimiento obrero.

Pudimos observar que, desde fines de la década de 1950, su despliegue fue en aumento, adquiriendo una centralidad propia y, si bien en muchos casos actuaba en conjunto con el movimiento estudiantil universitario, sostuvieron sus propias reivindicaciones y hacia finales de la dictadura e inicios del gobierno de Héctor Cámpora, el movimiento estudiantil secundario creció y la militancia política se multiplicó con creces.

Memorias desde la militancia

Aldo Mangiaterra

Semblanza

Me llamo Aldo Oscar Mangiaterra Wischnivesky. Nací el 5 de febrero de 1939 en Rosario; es decir, soy un producto previo a la segunda guerra mundial. Comencé mi militancia política en el Partido Comunista en 1954, a los 15 años. Desde 1968 y hasta 1975 milité en el Partido Comunista Revolucionario. Hoy, casi setenta años después sigo intentando colaborar con la lucha popular.

Me recibí de Técnico Constructor, en la escuela Industrial, luego me recibí en la Universidad Nacional del Litoral, de Agrimensor e Ingeniero Geógrafo. Ejercí la profesión en distintos lugares del país y tuve la posibilidad de ser protagonista en la construcción de grandes obras de ingeniería.

En la universidad fui consejero estudiantil y dirigente en la Federación Universitaria Argentina. En 1967 me excluyeron del cargo de auxiliar docente obtenido por concurso y quedé fuera de la universidad hasta 1987. A partir de 1990 y hasta el año 2012, en que me jubilé, fui profesor titular (concurso mediante) y me dediqué en forma exclusiva a la docencia e investigación en la Facultad de Ciencias Exactas, Ingeniería y Agrimensura de la Universidad Nacional de Rosario, donde fui, además, consejero directivo docente y militante gremial. Lo que aquí presento son algunos pasajes sobre mi experiencia como estudiante y mi militancia como tal.

La escuela secundaria, recuerdos y reflexiones

Ingresé en el año 1952 en lo que hoy es el Instituto Politécnico de la Universidad Nacional de Rosario. En aquel entonces se llamaba Escue-

la Industrial Superior de la Nación o, para todos, “El Industrial”. Era una escuela de varones, Respecto del modelo de escuela recuerdo que había examen de ingreso –al igual que en la actualidad– e ingresábamos doscientos alumnos por año, lo que de hecho significaba también una discriminación.

Casi todos los estudiantes del Industrial proveníamos de familias de clase media. Mi padre era maestro de escuela primaria, diurna y nocturna y mi madre era la dentista del barrio.

Hay que tener en cuenta las características de la burguesía rosarina de esa época. Rosario se convirtió en ciudad a partir de un pueblo de la campaña. No hay en ella apellidos tradicionales que vienen de la época de la colonia española, apellidos aristocráticos de familias terratenientes, como los hay en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe o Corrientes. Existía sí, para mediados de siglo, una burguesía de importante nivel, sobre todo de origen comercial, que anhelaba que sus hijos fuesen “doctores”, es decir médicos o abogados. En general, los hijos de esa burguesía no iban a las escuelas industriales, sino que se graduaban en los colegios nacionales.

En el Industrial el título de egresado era de técnico y las especialidades eran Constructor, Mecánico, Eléctrico y Químico que se cursaba en seis años. Hay que tener en cuenta una característica muy importante de la enseñanza secundaria de la época en el contexto posterior a la segunda guerra mundial: el crecimiento de la educación técnica.

En nuestro país estaba en vigencia el proyecto de desarrollo de las fuerzas productivas del gobierno peronista, por el cual, la industria estaba en plena expansión, Había gran crecimiento de la enseñanza técnica y no había incertidumbre sobre el futuro laboral de un técnico, ese título era garantía de ocupación. La enseñanza técnica era desarrollada solamente por escuelas estatales.

Otra característica de mediados de siglo es que las escuelas secundarias estaban ubicadas casi todas en el centro de la ciudad y prácticamente no se encontraban en los barrios. Existía un sector importante de escuelas privadas, casi todas vinculadas a la iglesia.

Tanto en la escuela primaria como en la secundaria estatal se dictaba la materia, obligatoria, Religión. No obstante, existía la posibilidad de que la familia optara por otra asignatura, llamada Moral, la cual se dictaba aparte y suplía a aquella. El criterio era que a quien no cursaba la materia Religión (católica por supuesto), de algún modo había que proporcionarle conocimientos para que no fuera un “amoral”.

De paso sea dicho, si de moral se trata, recuerdo algún acto oficial de la escuela en que, entre los oradores resaltaba la voz potente de uno de los profesores de Religión, monseñor Victorio Bonamín, quien años después fuera provicario castrense durante las dictaduras militares, es decir asistente “espiritual” del genocidio.

La religión en las escuelas era una fuente de discriminación. En el Industrial éramos muy poquitos los que concurríamos a Moral, menos de diez, y se dictaba ¡los sábados por la tarde! Quienes cursábamos esa materia proveníamos de familias que no eran católicas, profesaban otra religión o no eran creyentes.

Mi primera relación con el movimiento estudiantil fue en el año 1953, cuando participé de un paro convocado porque habían cesanteado a dos profesores. En 1954, cursando ya tercer año, estudiantes vinculados a la Federación Juvenil Comunista (FJC), me invitaron a presenciar la proyección, clandestina, de una película china titulada “La niña de los cabellos blancos”, la que se iba a proyectar en una casa particular. Cuando estábamos reunidos y ya a oscuras para iniciar la proyección, fue intempestivamente abortada por la Sección Especial de la Policía de Rosario y nos llevaron a todos presos. Los menores de edad fuimos liberados a partir de las tres de la mañana del día siguiente, en la medida que éramos retirados por nuestros padres.

Dicho hoy parece inexplicable, *¡preso por asistir a la proyección de una película china!*, pero hay que entender como era el clima político de época, el de la guerra fría, que enfrentaba, por un lado, a las potencias capitalistas encabezadas por Estados Unidos (EEUU) y por el otro al campo llamado socialista encabezado por la Unión Soviética (URSS). En ese marco, dentro de la “civilización occidental y cristiana”, a la cual pertenecía Argentina, se impuso lo que se denominó el *macartismo*, es decir la persecución de todo aquel que, fundadamente o no, pudiese ser acusado de vinculación a posiciones comunistas. Algunos días después fui citado, acompañado de padre o madre, a la Policía de Menores y allí me anoticiaron que por ser la primera vez nada pasaba, pero que la próxima ¡me ponían el sello de comunista y comenzaba la persecución hasta el final de mi vida! —expresión textual, que aún recuerdo—. No sé si esa amenaza fue un incentivo, pero lo cierto es que me incorporé a la FJC y comenzó una continua militancia en el movimiento estudiantil secundario.

En aquella época, este movimiento se enfrentaba al gobierno peronista ya que no se permitían actividades que no fueran las oficialistas.

Seguía vigente el Decreto Jorge de la Torre, proveniente de la década del treinta del pasado siglo, que prohibía los centros de estudiantes en las escuelas secundarias y permitía sólo clubes colegiales. En Rosario existía la Unión de Estudiantes Secundarios que por entonces tenía una dinámica similar a los clubes colegiales y no era un espacio de militancia política tal como sería en la década de 1970.

En 1954 formamos la FRES, en base a los centros de estudiantes de cinco o seis escuelas: el Industrial, el Superior de Comercio, los Nacionales 1 y 2 y algunas escuelas Normales que, obviamente, eran de funcionamiento clandestino. Naturalmente la principal consigna era la derogación del Decreto mencionado y el libre funcionamiento de los Centros de Estudiantes. Ese movimiento estudiantil si bien estaba influenciado por el movimiento estudiantil universitario, era independiente, participando jóvenes que en su mayoría estábamos vinculados a partidos políticos, en particular al radicalismo frondizista, al socialismo y al comunismo.

En el período 54/55, hasta el derrocamiento del peronismo, la principal actividad fue el reclamo del derecho a la agremiación. Recuerdo que hubo una participación muy intensa en junio de 1955 en el repudio al asesinato policial del Dr. Ingalinella, que era un médico dirigente del Partido Comunista. En esa ocasión fui detenido por la policía durante una manifestación, también hasta ser retirado por mi madre horas después. Ya en 1956, después del golpe de estado contra el gobierno de Perón, comenzó la lucha que desembocaría en 1958 en lo que se llamó "laica o libre".

Allí la FRES jugó un papel muy importante, organizando y dirigiendo la toma de las escuelas para exigir la renuncia de Dell' Oro Maini, el ministro de Educación de la mal llamada "Revolución Libertadora". Fui miembro de la Junta Ejecutiva de la FRES hasta 1957 y me tocó desempeñar, entre otros, el cargo de Secretario de Relaciones Obrero-Estudiantiles, desde el cual tratábamos de rescatar una de las tradiciones más valiosas del movimiento popular argentino, la cual se había discontinuado durante el período del gobierno peronista.

En 1957 me tocó encabezar la lucha en defensa del título de técnico, como delegado general estudiantil en el Industrial. En ese año, desde la Municipalidad de Rosario se intentó restringir los alcances del título de Técnico Constructor, ante lo cual nos organizamos los estudiantes de las escuelas industriales, formamos una Coordinadora y llevamos a cabo una toma de las escuelas que duró varios días y logró mantener las

incumbencias profesionales. Recuerdo que la toma del Industrial fue un alarde de organización, por el establecimiento de turnos de ocupación, por la elección de delegados por piso, por la higiene y para rematar, al finalizar la lucha, antes de la entrega a las autoridades de la escuela, decidimos limpiar todo y entregarla en mejores condiciones que cuando la habíamos tomado. Fue una especie de ostentación demostrativa de que nos sentíamos dueños de la escuela y capaces de autogobernarnos.

De esa época, la de la secundaria, se atropellan gratísimos recuerdos, política, amor, deporte, amistad, diversión y tantos otros que evoco a medida que escribo estas palabras.

Los estudiantes extranjeros

Una característica esencial de la universidad estatal argentina era la gratuidad, vigente desde 1949, cuestión que, además de su importante nivel académico, la convertía en polo de atracción en toda Latinoamérica. Muchos jóvenes que no podían acceder a estudios universitarios en su país —por lo costoso de los mismos— podían sin embargo trasladarse a nuestro país y estudiar aquí.

En Buenos Aires, La Plata, Rosario y Córdoba había verdaderas comunidades de estudiantes extranjeros. Recuerdo en particular en Rosario compañeros de Panamá, de Ecuador y de Perú. Las carreras preferidas eran Medicina e Ingeniería. La más numerosa de las comunidades era, por lejos, la de los estudiantes peruanos.

Lógicamente la presencia de estudiantes extranjeros era notoria en dos ámbitos típicos de aquella época: el comedor universitario y las casas de estudiantes. La sensación que tengo es que la presencia de una notable cantidad de estudiantes extranjeros le daba a nuestra universidad un aire particular, un aire evocador de la Reforma Universitaria de 1918, aquella cuyo Manifiesto Liminar comenzaba dirigiéndose “a los hombres libres de Sud América” y decía que “nuestras verdades lo son —y dolorosas— de todo el continente”.

Muchos fueron los que terminaron sus estudios y volvieron a sus países y no pocos los que aquí encontraron pareja, formaron familia y adoptaron la nuestra como su nueva patria. Naturalmente, hasta que los compañeros de otros países conocían nuestras costumbres y se adaptaban —o las adoptaban—, se daban todo tipo de situaciones, algunas complicadas, porque algunas palabras podían sonar escandalosas,

otras derivaban en lo jocoso. Obviamente el mate y sus costumbres son motivo de infinidad de anécdotas.

Cuando preparamos este libro me pidieron que contara la anécdota que sigue. Habíamos organizado una volanteada en las inmediaciones del frigorífico Swift, aldeaño a la ciudad de Rosario, Era época de represión y esa era una actividad prohibida. En la distribución de tareas le tocó a un compañero peruano, que no hacía mucho tiempo había llegado a nuestro país, oficiar de “campana”, es decir, mantenerse en las inmediaciones de la volanteada suficientemente alejado como para advertir a quienes repartían los volantes si aparecía presencia policial, lo que efectivamente se produjo. Ante la llegada de la policía este compañero pasó disimuladamente cerca de quienes repartían lo volantes y en voz baja les dijo: “Yara, yara, compadrito, que viene el toambo”¹²⁹. Nadie entendió la advertencia ni le hizo caso, de resultas de lo cual fueron detenidos por la policía todos los que estaban repartiendo los volantes.

La presencia de los compañeros latinoamericanos era en todos los ámbitos, y no era en carácter de “agregados” sino de protagonistas. Ya me referí al comedor y a las casas de estudiantes, pero es menester señalar los campeonatos de fútbol, la diversión o la militancia política. Quiero destacar esto último. A comienzo de la década del sesenta, se intensificaron notoriamente las luchas populares. El peronismo seguía estando proscrito y el gobierno desarrollista se alejaba cada vez más de lo que habían sido sus promesas electorales. El movimiento obrero recobraba protagonismo y ante ello recrudeció la represión imponiendo el gobierno lo que se denominaba el Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado). Al calor de esas luchas y de las que se habían desplegado en 1958 contra la autorización de las universidades privadas, el movimiento estudiantil pudo retomar una de sus más caras tradiciones, la solidaridad obrero-estudiantil. Desde principios de la década del sesenta y hasta el 66, si bien con altibajos, hubo represión antipopular con muertos y heridos. En ese año, con el inicio de la dictadura de Onganía, la represión tomó forma oficial de política de Estado sin contradicción alguna. En ese marco muchos compañeros y compañeras provenientes de otros lares de Latinoamérica se sumaron a las luchas y, en no pocos casos, se incorporaron a la militancia política revolucionaria.

129 Según el diccionario de americanismos, yara es un término que se utiliza para expresar una llamada de atención frente al peligro. Tombo, por su parte, refiere a miembro del cuerpo policial. [n. de las compiladoras]

Sin duda la Revolución Cubana, triunfante en 1959, fue un aliciente fundamental para ello. Esos compañeros y compañeras, lejos de su país y de su familia, arriesgaron el futuro que habían venido a buscar, incluso arriesgaron sus vidas. ¡Cómo habrán aleteado en esas mentes juveniles los sueños de solidaridad, justicia y esperanza!

Al recordarlos retornan nombres y rostros y brota emoción. Vaya a ellos y ellas mi homenaje.

Los otros estudiantes que venían de lejos

En la década del sesenta había nueve universidades nacionales: Sur (Bahía Blanca), La Plata, Buenos Aires, Cuyo (Mendoza y San Juan), Litoral (Santa Fe y Rosario), Córdoba, Nordeste (Corrientes y Resistencia), Tucumán, y Tecnológica Nacional (con varias sedes), dada esa distribución no sólo había estudiantes de otros países, también gran cantidad de estudiantes de distintas provincias argentinas en las que no había universidad o no había algunas carreras.

En Rosario había estudiantes de las provincias vecinas, como Entre Ríos, pero también de más allá, de Corrientes, Misiones, Santiago del Estero y hasta de Salta y Jujuy. Se destacaban los santiagueños tanto por su número como por su aporte musical. Muchos de ellos eran permanentes animadores de peñas folklóricas.

¿Dónde vivían los estudiantes que no eran de Rosario? No estaban tan difundidos los edificios de departamentos y menos para estudiantes. Eran muy comunes las casas de estudiantes, en general antiguos caserones, algunos venidos a menos, que se alquilaban a bajo precio, en barrios circundantes a las facultades. La renovación de ocupantes a través de los años era permanente, fundamentalmente mediante la información boca a boca. Incluso hubo algún caso excepcional en que llegó a perderse la relación entre propietario e inquilinos; posiblemente falleció el propietario y no tenía herederos o estos no sabían de la casa en cuestión de modo tal que la misma seguía recibiendo nuevas generaciones como una especie de vivienda pública.

Hay que tener en cuenta que no pocos estudiantes hacían extraordinarios esfuerzos para continuar sus estudios. Ya lo era el propio hecho de vivir en lugares que distaban de ofrecer las comodidades necesarias para estudiar. Muchos trabajaban el fin de semana en una ocupación clásica para la época, la de mozo en restaurantes, particularmente en aquellos lugares que organizaban eventos con gran cantidad de comen-

sales. En aquella época los estudiantes de otras provincias, o de lugares lejanos, en algunos casos, pasaban el fin de semana con mate y galletas. Por eso, el lunes a la mañana la cola en el comedor universitario se armaba bastante más temprano. Había urgencia.

Creo que esa situación, la de una gran cantidad de estudiantes alejados de su familia, era una condición favorable para reducir el peso del “sentido común” burgués del cual provenían muchos. Debían afrontar todas las dificultades propias de organizar su vida lejos de la protección hogareña, pero por esa misma razón eran más libres, tenían menos ataduras con los conceptos propios de su origen de clase.

Las casas de estudiantes eran mucho más que viviendas. Eran verdaderos centros de socialización de la vida estudiantil. Música, política, lugar de estudio, fiestas. Quizá lo más curioso es que se las conocía por sus “nombres”, más que por su ubicación o por el nombre de sus ocupantes, los que variaban incesantemente. Y, en general, esos nombres eran claramente figurativos. Recuerdo los de cuatro de ellas, cercanas a la Facultad de Ingeniería: El Nido, El Asilo, El Asilito y El Infierno.

1964: el Consejo Superior de la Universidad Nacional del Litoral

A principios de la década del sesenta las facultades de la Universidad del Litoral eran siete, cinco en Rosario y dos en Santa Fe. En Rosario éramos algo más de 10.000 estudiantes. La sede central de la Universidad, el rectorado, estaba en la ciudad de Santa Fe. Por entonces, el Consejo Superior estaba integrado por los decanos, un profesor por cada facultad y las representaciones de estudiantes y graduados. Vale recordar que el claustro de profesores no incluía a los auxiliares docentes ni a los Jefes de Trabajos Prácticos; estos últimos podían participar, pero a través del claustro de graduados.

Por otra parte, los docentes universitarios aún no estaban sindicalizados. Predominaba la idea de que la docencia era una forma más de la actividad profesional. Los nodocentes no integraban los órganos directivos. De paso, me resisto a utilizar esa expresión, “nodocente”, identificando a un sector de trabajadores por lo que no hacen, como si lo que hacen fuera algo carente de sentido; me parece una nominación despectiva.

Las reuniones del Consejo Superior eran muy singulares, se hacían en Santa Fe, por lo que había que trasladar a la mayoría de sus miem-

bros desde Rosario (160 km), para lo cual la universidad contaba con ómnibus propio. Así, viajábamos juntos la mayoría de los docentes, los estudiantes y los egresados; en algunos casos, y hasta cierto punto, en el viaje se producía un adelanto de la reunión.

La delegación estudiantil estaba integrada por cinco miembros, tres por la mayoría y dos por la minoría. En aquel entonces, en el movimiento estudiantil había dos principales corrientes. La corriente reformista, que era claramente mayoritaria y estaba organizada en los Centros de Estudiantes de todas las facultades, los que se agrupaban en la FUL. Esta corriente invocaba los principios de la Reforma Universitaria de 1918 y predominaban en ella las ideas de izquierda, particularmente desde el año 1959 con una dirección que se consolidó en el IV Congreso de la FUA y con un programa que, entre otras cosas, planteaba la solidaridad con la revolución cubana, el antiimperialismo y la unidad obrero-estudiantil. El otro sector tenía por principal expresión los Ateneos, cuyo origen provenía desde fuera de la universidad, eran organizaciones forjadas inicialmente por instancias directivas del clero católico para extender su influencia entre los estudiantes y en la misma universidad. A principios de los sesenta tenían una orientación claramente reaccionaria.

Los Ateneos actuaban solo en algunas facultades; en aquel entonces su principal fuerza estaba en Ingeniería. Existía también alguna expresión del socialcristianismo como la Liga Humanista, cuya principal fuerza se manifestaba en Medicina.

Las dos principales corrientes antes mencionadas provenían de larga data y su contraposición había tenido su más alto exponente en el año 1958, cuando el gobierno de Arturo Frondizi otorgó a las universidades privadas la atribución de proveer títulos habilitantes para el ejercicio de las profesiones. En los años posteriores, al calor de la lucha política y de nuevos acontecimientos, se fue reconfigurando el movimiento estudiantil. No obstante, en el 64, perduraban aún esas como corrientes principales.

Me tocó integrar la delegación estudiantil reformista durante la primera mitad del año 1964; de los tres consejeros dos éramos de Rosario y uno de Santa Fe. Creo que esa experiencia puede ser útil para señalar algunas de las características de la universidad de la época. Parto quizá de la más evidente, la más fácil de identificar: en el Consejo Superior no había ninguna mujer, ni entre los Decanos, ni entre los delegados profesores, ni en las delegaciones de graduados o de estudiantes. Hoy pare-

ce inentendible, sin embargo, en aquel momento no llamaba la atención, era parte de cierta normalidad.

Entre los años 1955, el del golpe de estado que derroca al peronismo, y 1958, el de la lucha contra el art. 28, las universidades fueron sacudidas casi ininterrumpidamente por sucesivos terremotos académico-políticos. En 1955 se pasó de una universidad donde para los docentes era obligatorio ser peronista, a una donde estaba prohibido serlo. Recordemos que el peronismo estaba prohibido en toda la sociedad.

Entre 1956 y 1958 se libró una gran batalla que culminó en derrota para quienes sosteníamos la atribución exclusiva de la universidad estatal en el otorgamiento de títulos habilitantes. Más aún, se abrieron las compuertas para la expansión en el campo universitario de los intereses privados, con su carga de mercantilización y prédica ideológica. A partir de allí, del 59 en adelante y hasta el 66, la universidad estatal vivió una intensa disputa por la definición del modelo de universidad. La intervención militar en 1966 cortó abruptamente ese riquísimo proceso.

Las sesiones de 1964 del Consejo Superior de la Universidad del Litoral expresan esa situación. Repasando las actas llama la atención el alto contenido político de las sesiones. La posición antiimperialista y la solidaridad con las luchas populares eran sistemáticamente sostenidas por nuestra delegación junto a las cuestiones específicas como el aumento del presupuesto universitario, la gratuidad, el ingreso irrestricto o el sostenimiento del comedor. Desde el movimiento estudiantil se sostuvo el rechazo a los reiterados intentos de subordinar la universidad a la orientación de entidades internacionales que ofrecían cuantiosos fondos vía subsidios. Recuerdo que la más famosa era la norteamericana Fundación Rockefeller.

Cabe referirse en un aparte a la caracterización de quienes tenían a su cargo la dirección de la universidad. Un caso particular es el del rector Cortés Pla, quien había sido protagonista y dirigente del movimiento estudiantil reformista de Córdoba en 1918, y seguía siendo fiel a los principios entonces sustentados. Además, había sido Decano de Ingeniería entre las décadas del treinta y cuarenta. Prestaba especial atención al movimiento estudiantil y, en parte, se apoyaba en nuestra actuación en el Consejo Superior.

Un rector como Cortés Pla era un privilegio que sólo la Universidad del Litoral podía exhibir. El resto de cargo directivos, casi sin excepción, lo ejercían docentes que no tenían experiencias directivas previas de larga data, en parte estaban aprendiendo. Insisto en esto porque es una

diferencia fundamental con la situación actual en que predomina en el manejo de la universidad una burocracia experimentada, de distintos colores políticos, que se ha especializado, entre otras cosas, en la contención del movimiento estudiantil y la neutralización del cogobierno. En aquel momento había plena independencia del movimiento estudiantil. Ni el rector ni ningún decano contaban con un brazo estudiantil propio como herramienta de dominio.

La mayoría de los decanos y delegados profesores seguían, más o menos y cada uno a su modo, la orientación que imprimía el rector Cortés Pla. No obstante, predominaba un clima a la vez de libertad y de disputa, muy alejado de la especie de verticalidad consentida hoy vigente. En el mismo Consejo Superior se expresaban posiciones en pugna por definir el modelo de universidad, situación ampliamente confirmatoria de lo que entiendo es una característica típica de la universidad estatal argentina, su carácter contradictorio.

En efecto, en tanto parte estatal de la superestructura de la sociedad, la universidad cumple con la función de preservar y difundir la cultura dominante, pero a la vez hay características propias de la universidad estatal argentina que la diferencian de otras instituciones estatales. Producto de las luchas, en particular de la impronta impuesta a partir de la Reforma Universitaria de 1918, la universidad refleja intensamente las contradicciones que conmueven a nuestro pueblo y se convierte en parte del campo de despliegue de las luchas populares. Hay cuestiones de carácter institucional, como la autonomía y el cogobierno que contribuyen a ello, pero quizá la más significativa sea su relativa masividad, que pone al estudiantado como sujeto político central con intereses, en su mayoría, que confluyen con los de la mayoría de nuestro pueblo. Años después se agregó la concientización que la docencia ha ido asumiendo, crecientemente, como parte de la clase trabajadora.

Volvamos a los hechos. En el Consejo Superior presentó su renuncia al cargo de consejero, el Dr. Manuel De Juano, profesor de la Facultad de Ciencias Económicas. En la misma aducía motivos de carácter personal, básicamente por lo intenso de su labor académica, pero al final agregaba:

...hago votos para el más cercano restablecimiento del prestigio que merece nuestra universidad, disminuido sensiblemente por la gravitación de factores que, a mi juicio, resultan extraños al auténtico interés universitario. Tales factores desvirtúan la función docente, anulan la consecución

de los fines estatutarios y recargan hasta límites no tolerables la pesada tarea de quienes deben compartir la dura responsabilidad del gobierno universitario¹³⁰.

Ese anhelo de “pronto restablecimiento” se vio satisfecho, a los ojos del Dr. De Juano, dos años después, cuando el gobierno militar encabezado por Onganía intervino las universidades y nombró en tal carácter, el de interventor en la Universidad del Litoral *¡AL MÍSMÍSIMO DR. DE JUANO!*

Más claro imposible, dentro de la universidad estábamos unos y otros y en permanente disputa. Por supuesto, cuando se trató su renuncia, cuestionamos abiertamente los “votos” que hacía “para el restablecimiento del prestigio.”

Otro sí digo

En la sesión del Consejo Superior del 30 de mayo de 1964, el consejero Recamán Guerra –de orientación clerical–propuso:

que este cuerpo rinda homenaje a la institución Ejército Argentino que ha cumplido, en el día de ayer, un año más desde su creación el 29 de mayo de 1810 y pido este homenaje por ser, el Ejército Argentino, una de las instituciones de nuestro país¹³¹.

El abogado Recamán Guerra era representante de los graduados por la minoría y actuaba en bancada conjunta con los consejeros estudiantiles ateneístas. Para tener noción clara de lo provocativo de la propuesta hay que recordar que en ese mismo momento el Comandante en Jefe del Ejército era el general Onganía. Ante tal propuesta se produjo un silencio que recorrió la sala.

Estaba claro que para la directiva de la universidad era un problema tanto votar a favor como votar en contra de la propuesta. Les pedí a mis compañeros de delegación que me permitieran hacerme cargo de la respuesta. Mis palabras fueron las siguientes:

Yo voy a decir que esta delegación estudiantil reformista adhiere al homenaje al Ejército, pero queremos hacer una aclaración. Se adhiere al

130 Acta 5, Consejo Superior (C.S), marzo de 1964.

131 Acta 6, CS, mayo de 1964.

homenaje a nuestro Ejército Argentino, a la herencia libertadora y pacifista de San Martín; se adhiere a la continuidad de aquellas palabras que dijera San Martín al desembarcar sus tropas en Perú en el puerto del Callao: “Acordaos que vuestro gran deber es libertar a la América, venimos aquí a liberar pueblos y no a conquistar países; el tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado, yo vengo a poner término a esa época de humillación y de dolor¹³²”.

Esa herencia libertadora y pacifista de San Martín, es el símbolo máximo de nuestro ejército, de un ejército que se nutrió de las filas del pueblo, que tuvo como muchos de sus cuadros dirigentes a destacados intelectuales revolucionarios de la primera hora de nuestra patria. Eso es lo que merece nuestro homenaje y es lo que totalmente compartimos. Destacamos que se interprete bien que no hacemos extensivo el homenaje—ni mucho menos—a las deformaciones que, en determinados momentos, a través de la teoría del frente interno, de gendarmes de la frontera para adentro, de gendarmes de nuestro propio pueblo, en la protección de intereses foráneos y de una minoría oligárquica y reaccionaria, han ejercido, desgraciadamente, las Fuerzas Armadas traicionando el mandato que el pueblo les diera. En ese sentido, con ese criterio, nosotros hacemos calurosa y fervorosamente nuestra adhesión al sentido que le han inspirado nuestros más destacados próceres a las fuerzas armadas de nuestro país.

Rápidamente el Vicerrector y otros consejeros avalaron nuestro planteo y se encomendó al Rector redactar una resolución en los términos de la propuesta estudiantil. Recamán Guerra, debió bajar banderas.

La clandestinidad

Corría el año 1968, nos encontrábamos nuevamente en una lucha por el comedor que funcionaba en la ciudad de Corrientes, en la Universidad del Nordeste, donde yo había acudido para expresar la solidaridad de la FUA. Después de una asamblea realizada en el mismo comedor, estábamos en una reunión de la agrupación mayoritaria en la federación local, en una casa de estudiantes, cuando se oyó, cada vez más cerca, el ulular de una sirena de un vehículo similar a los que utilizaban los autos policiales. Resolvimos desarmar la reunión y se organizó la huida de la casa en distintas direcciones, pero paró la sirena a no mucha dis-

132 Ibid.

tancia de nuestra reunión: había ocurrido un accidente y la alarma era la de la ambulancia sanitaria. Escenas de este tipo las hubo por doquier.

Esa fue, después de un rato, casi risueña. Pero las hubo, y muchas, de graves consecuencias. Por entonces ya estaba en vigencia la ley 16912 del 1 de agosto de 1966, –le llamaban ley; por supuesto era un decretazo del gobierno militar– que establecía:

Artículo 8- Los Centros o agrupaciones estudiantiles, deberán abstenerse de realizar actividades políticas. La violación de esta prohibición autorizará al Ministerio de Educación para disolver el Centro responsable de ello.

Algún tiempo después, en 1967, cuando el ministro Borda le propuso a Onganía su ley universitaria justificaba ese atropello con el siguiente fundamento:

La Revolución Argentina expresó desde el comienzo su decisión de enfrentar las anomalías profundas que afectaban el desarrollo material y espiritual de la Nación. Por ello una de sus primeras preocupaciones fue la de restituir las Universidades al cabal cumplimiento de sus fines, haciendo cesar el estado de subversión interna que las desgarraba, eliminando los factores que pretendían transformarlas en focos de perturbación pública.

En 1966, el movimiento estudiantil tal como lo conocemos, en su verdadera dimensión, es decir, político-gremial, fue prohibido. El fundamento de la intervención era que las casas de estudio se habían convertido en refugio de revolucionarios y centros de subversión. Inmediatamente se desarrolló una importante resistencia del movimiento estudiantil y de una parte muy importante de los docentes, llegando a situaciones extremas de represión como el asesinato del estudiante Santiago Pampillón en Córdoba, herido el 7 de setiembre de 1966 y fallecido el día 12. Una vez más las clases dominantes nos recordaban brutalmente que la muerte podía ser el precio a pagar por quienes nos oponíamos a sus designios.

Sin embargo, el movimiento estudiantil universitario, pese a la prohibición de sus actividades y la intensa represión, resiste y despliega una lucha cuyas banderas son la defensa de la educación pública, la autonomía y el cogobierno, las libertades públicas, el antiimperialismo y la solidaridad con el movimiento obrero.

Desde luego el año 1967 resultó muy duro, pero en 1968, en el 50° aniversario de la Reforma Universitaria y al calor de la alianza de la CGT de los Argentinos con la FUA y con organizaciones menores, la lucha resurge con inusitada fuerza, se amplía y crece hasta culminar, en 1969, con la participación protagónica del movimiento estudiantil en las jornadas convocadas y encabezadas por el movimiento obrero, en las auténticas y luminosas revueltas populares conocidas como el Cordobazo y el Rosariazo.

Ahora bien ¿cómo se organizó, ¿cómo funcionó el movimiento estudiantil, estando prohibido por una dictadura que en su afán represivo no dudó en llegar al asesinato? Todos conocemos como funciona, “en condiciones normales”, el movimiento estudiantil. Más allá de las variantes propias de cada facultad o de cada universidad, los Centros de Estudiantes tienen su propio local y sus órganos directivos; anualmente hay elecciones, según las circunstancias se realizan asambleas, etc., etc. También hay Congresos en cada universidad y/o nacionales. Todo eso tiene un ámbito propio, el mismo en el cual se desarrollan las actividades de cada universidad, su espacio físico.

A partir de agosto de 1966 y hasta el año 1969 eso cambió violentamente. Quienes hoy militan en el movimiento estudiantil universitario o quienes estudian su historia ¿se han preguntado cómo era el funcionamiento del movimiento estudiantil en esas condiciones?

Viví esas circunstancias desde una situación particular; entre 1967 y 1969 fui integrante de la Junta Ejecutiva de la FUA. No pretendo hacer aquí un análisis de todo ese período de clandestinidad o de prohibición de la actividad política estudiantil. Sólo me remito a recordar algunas circunstancias. Lo primero que hay que resaltar es que de ninguna manera hubo una aceptación pasiva de esa prohibición. Por el contrario, fue permanente la lucha por el derecho al libre funcionamiento de los centros de estudiantes y de las agrupaciones.

En todo el país hubo casos de asambleas que se hicieron pese a la prohibición, de asambleas que fueron disueltas con actuación policial y estudiantes detenidos, de reuniones y asambleas realizadas en ámbitos ajenos a la universidad como fueron por ejemplo templos religiosos. Reconstruir esas circunstancias es hartamente difícil, no solo ni tanto por el tiempo transcurrido, sino fundamentalmente por la carencia de archivos documentados. La misma condición represiva hacía necesario recurrir a la mínima documentación posible, ocultarla celosamente y terminar, en

la mayoría de los casos, en la pérdida de la misma o en su destrucción, ya sea por la acción represiva o por acción precautoria.

Sin embargo, el movimiento fue creciendo y ya a fines de 1969, después del Cordobazo y los Rosariazos, ese artículo 8° citado al principio se convirtió casi en letra muerta. Pero en todo ese recorrido fue necesario lograr, de un modo u otro, el mayor funcionamiento posible de los órganos estatutarios de los centros, las federaciones regionales y la FUA. Y eso se logró.

Para quienes ocupábamos responsabilidades dirigentes era imposible, o al menos sumamente peligroso, pisar el recinto de las facultades. Muchas reuniones se hacían en casas particulares, o en locales de instituciones totalmente ajenas a la universidad. Muchas de las casas de estudiantes, típicas de las universidades del interior del país jugaron un papel muy importante. En mi condición de integrante de la Junta Ejecutiva de la FUA me tocó coordinar actividades con las federaciones regionales, para lo cual, durante ese período viajé a Tucumán, Córdoba, Corrientes, Santa Fe, Buenos Aires o La Plata. A la vez participé en la organización y realización de los eventos nacionales de la FUA.

Puedo mencionar anécdotas ilustrativas. Puedo cometer errores en fechas, por lo antedicho sobre documentación, pero creo no equivocarme al decir que las tres actividades más importantes, de carácter nacional en ese período fueron dos Congresos y la Convención de Centros de la FUA.

Vale decir que nunca era fácil organizar un Congreso de la FUA, fundamentalmente por dos razones, una la cantidad, involucraba a algunas centenas de delegados y la otra era que involucraba a distintos sectores que pugnaban intensamente por la orientación del movimiento estudiantil, pero con los cuales, sin resignar la disputa, había que acordar normas de funcionamiento. Si eso no era fácil en condiciones “normales”, mucho menos lo era en condiciones de clandestinidad.

Recuerdo que para realizar el VIII Congreso en 1967, alquilamos un galpón en la ciudad de Buenos Aires y lo disfrazamos de una fiesta familiar de larga duración, dos o tres días aislados del exterior. Como nota pintoresca recuerdo la llegada de ómnibus con los delegados, ninguno sabía previamente a qué lugar iba; eso sí, cada uno de ellos portaba un ramillete de globos.

En cambio, en 1968, el Consejo Nacional de Centros lo disfrazamos de reunión interna de estudiantes de la Universidad Tecnológica Nacional (UTN) y, si no me equivoco, fue durante un fin de semana que

hicimos la reunión en instalaciones de la UTN de Buenos Aires, burlando así la prohibición. El IX Congreso de la FUA fue en 1969 en una propiedad que alquilamos en las afueras de Mar del Plata, con un despliegue organizativo que hoy me produce asombro. Pese a las dificultades allí se discutía sobre la situación nacional e internacional, sobre historia, presente y devenir del movimiento estudiantil.

No solo se mantuvo el funcionamiento de los órganos directivos de la FUA, también se logró sostener la vinculación con el movimiento estudiantil internacional. En 1968 concurrí, en nombre de la FUA, al Festival Internacional de la Juventud y los Estudiantes que se realizó en Sofía, Bulgaria, y también representé a la FUA en reunión internacional de la Unión Internacional de Estudiante (UIE) en Praga, Checoslovaquia.

Dicho sea de paso, durante la estadía en Praga, se produjo la invasión de la Unión Soviética a Checoslovaquia; un pequeño grupo de argentinos fuimos testigos presenciales de tal acontecimiento. Posteriormente representé a la FUA, en el acto realizado en París, Francia, organizado por la Unión Nacional de Estudiantes de Francia (UNEF). Participé como orador junto a Jacques Sauvageot, quien era presidente de la UNEF y había sido uno de los tres principales líderes del Mayo Francés. Para viajar a esos acontecimientos, debido a la clandestinidad, no subí al avión en Argentina, lo hice en Montevideo, Uruguay, llevando, por si era necesario, un pasaporte apócrifo.

Reflexiones

La vitalidad del movimiento estudiantil era tal que permitía concretar esos esfuerzos. La lucha interna, la disputa por la orientación política del movimiento estudiantil era tan intensa como siempre, pero la unidad en la lucha contra la dictadura permitía concretar esos esfuerzos. A la vez cabe tener en cuenta que la represión política-policia era muy grave pero aún no había alcanzado el nivel que hubo que sufrir a partir de 1976.

Referencias bibliográficas

- Aguila, G., Luciani, L., Seminara, L., Viano, C. (2018). *La Historia Reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina*. Imago Mundi.
- Aguirre, O. (2013). *Boom, la revista de Rosario*, La Chicago Editora.
- Balvé, B. y Balvé, B. (1989). *El '69. Huelga política de masas. Rosarizao, Cordobazo, Rosarizao*. Contrapunto.
- Belvedresi, R.E. (2018). Historia de las mujeres y agencia femenina: algunas consideraciones epistemológicas, *Epistemología e Historia de la Ciencia*, 3(1).
- Bonavena, P. (2003). *El movimiento estudiantil de Rosario: Del golpe de Onganía a los prolegómenos del "rosarizao"*. III Jornadas de Sociología. UNLP. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6856/ev.6856.pdf
- Bonavena, P. (2005). *Las luchas estudiantiles en Santa Fe: Del Golpe de Onganía al primer paro nacional de la CGT de 1966*. IV Jornadas de Sociología. UNLP http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6700/ev.6700.pdf
- Bonavena, P. y Millán, M. (2007). "El movimiento estudiantil rosarino antes y durante el Rosarizao de mayo de 1969". VII Jornadas de Sociología, UBA. <https://cdsa.aacademica.org/000-106/417.pdf>.
- Bortolotti, M. (2016). Relato, escucha e interpretación. Reflexiones en torno a la historia de vida de una militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). *Testimonios*, Año 5, n° 5.
- Bozza, A (2008). *El anticomunismo en los sesenta. Huellas y razones de una obstinación*. V Jornadas de Sociología, UNLP. <https://www.aacademica.org/000-096/15.pdf>
- Buchbinder, P. (2005). *Historia de las Universidades Argentinas*. Sudamericana.
- Califa, P. (2009). "El movimiento estudiantil reformista frente al primer episodio de "laica o libre" (mayo de 1956)". *Sociohistórica*, 26.
- Califa, J. S. (2013). *La era de los extremos: El movimiento estudiantil universitario frente a los acontecimientos de 1965*. I Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo <https://bdigital.uncu.edu.ar/6185>
- Cosse, I. (2011). "Claudia: la revista de la mujer moderna en la Argentina de los años sesenta (1957—1973)". *Revista Mora*, vol. 17, n° 1, Cosse, I. (2009). "Los nuevos prototipos femeninos en los años '60 y '70: de la mujer doméstica a la joven "liberada"". En Andújar, A. et al, (Comp.). *De minifaldas, militan-*

- cias y revoluciones. Exploraciones sobre los '70 en la Argentina.* Ediciones Luxemburg.
- Di Terlizzi, C. (2019). "Aulas en movimiento: la historia de la Unión de Estudiantes Secundarios en la escuela Superior de Comercio "Libertador General San Martín" 1973 – 1976". *Perspectivas, Revista de Ciencias Sociales*, año 4, n°8.
- Entrocassi Varela, C. (2020). "Modalidades de intervención de estudiantes y graduados durante la despersonización de la Universidad Nacional del Litoral (Rosario, 1956)". *Historia Regional*, Año XXXIII, n° 42, pp. 1-18. <http://historiaregional.org/ojs/index.php/historiaregional/index>
- Entrocassi Varela, C y Bianchi, S. (2021). "Cuando las mujeres colmaron las aulas. Estudiantes, graduadas y docentes en la Facultad de Filosofía y Letras (1947-1966)". En Viano, C. y Luciani, L. (coord.) *La Facultad de Filosofía y Letras: de la Universidad Nacional del Litoral a la Universidad Nacional de Rosario. Estudios sobre su Historia.* HyA ediciones.
- Felitti, K. (2018). "De la "mujer moderna" a la "mujer liberada". Un análisis de la revista Claudia de México (1965-1977)", *Historia Mexicana*, 67(3), 1345–1394.
- Felitti, K. (2010). El control de la natalidad en escena: anticoncepción y aborto en la industria cultural de los años sesenta, en Cosse, I.; Felitti, K. y Manzano, V. (coord.). *Los sesenta de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, Prometeo.
- Gordillo, M. (1996). *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo.* Dirección Nacional de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Gordillo, M. (2007). Protesta, rebelión y movilización de la resistencia a la lucha armada, 1955 – 1973. *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955 – 1976.* Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Gordillo, M. (2019). La excepcionalidad del Cordobazo. En Gordillo, M. (comp.)1969. *A cincuenta años: repensando el ciclo de protestas.* Universidad Nacional de Córdoba, CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191204035716/Repensando-el-ciclo-de-protestas.pdf>
- Grimi, S. (2021). 'Reordenamiento' académico, represión y vida estudiantil en el espacio universitario rosarino (1975-1981). Tesis de Maestría en Historia Social Argentina y Latinoamericana, FHya/UNR, inédita.
- Lezcano, E. (2021). El Movimiento Ecueménico por los Derechos Humanos (MEDH). Surgimiento y consolidación de la Regional Rosario a mediados de la década de los '80. *Coordenadas. Revista de Historia Local y Regional*, 8(2), pp. 108-145.
- Luciani, L.(2007).*Entre el consenso, la censura y el silencio. La prensa gráfica de Rosario durante la dictadura, 1976-1981,* Tesis de Licenciatura, UNR.
- Luciani, L. (2021). Ir por la derecha. Trayectorias y devenires estudiantiles en los años sesenta. En Viano, C. y Luciani, L. (coord.) *La Facultad de Filosofía y Letras: de la Universidad Nacional del Litoral a la Universidad Nacional de Rosario. Estudios sobre su Historia.* HyA ediciones.

- Luciani, L. (2022). Escuela tomada. El movimiento estudiantil secundario rosarino en el gobierno camporista. *Sociohistórica*, 49.
- Manzano, V. (2009). Las batallas de los “laicos”: movilización estudiantil en Buenos Aires, septiembre – octubre de 1958. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Tercera serie, n° 31.
- Manzano, V. (2011). Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina en la segunda mitad del siglo XX. *Propuesta educativa*, n° 35, año 20, vol. 1.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina: cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Fondo de Cultura Económica.
- Micheletti, G. (2018). *Laica o Libre: las disputas por la creación de las universidades privadas 1955 – 1959*. Ed. Logos.
- Mut, F.(2009). “Maestras y maestros antes y después de los Rosariazos”. En Ceruti, L., *Rosariazos. Maestros en las barricadas*, Amsafé.
- Noguera, A. (2019). De cordobesas y Cordobazos. Lecturas en clave de género, *Revista Scholé*, Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, n° 1.
- Oliva, A. y Oliva, A. (s/f). Malena, tu canción... Los avatares de una organización política de la Nueva Izquierda en los sesenta 1956-1970, *Seminario Regional de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes, UNR.
- Orbe, P. A. (2008). Autonomía, reestructuración institucional y “desperonización”: el impacto de la “Revolución Libertadora” en la comunidad universitaria bahiense (1955-1957). *Sociohistórica*, 23-24.
- Pérez, F. (1940). La Facultad de Ciencias Médicas de Rosario. *Revista Universidad*, UNL, n° 6, primera parte. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/3092>
- Pis Diez, N. (2022). *El movimiento estudiantil de La Plata en los tempranos sesenta, 1955-1966: o la historia de una guerra fría también propia*. UNGS, UNLP, UNM. <https://ediciones.ungs.edu.ar/wp-content/uploads/2022/11/9789876306508-completo.pdf>
- Plotkin, M. (2003). *Freud en las Pampas*, Sudamericana.
- Reta, M. (2009). El Frente Estudiantil Nacional (FEN): juventud y estudiantado en el proceso contestatario de los años sesenta en Argentina, *Antíteses*, vol. 2, n°4, pp. 1059-1093. <https://www.redalyc.org/pdf/1933/193314422023.pdf>
- Salomón, P. (2018) *Elencos de gobierno y reestructuración universitaria: la Universidad Nacional del Litoral entre 1955 y 1966*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. UNL <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/1099>
- Scocco, M. (2017). La militancia de abogados en defensa de los derechos humanos a partir de la última dictadura militar en Rosario. Antecedentes, participación y pertenencias identitarias. *Contenciosa*, 7. <https://doi.org/10.14409/contenciosa.v0i7.8581>
- Seminara, L. y Luciani, L. (2021). En el ojo de la tormenta. El Colegio de Abogados en los años sesenta/setenta. En Seminara, L. (coord.) *El colegio de*

- Abogados de Rosario: cien años de historia. UNR editora. <http://hdl.handle.net/2133/24644>
- Simonassi, S. (2005). Perfil industrial y dinámica social en la provincia de Santa Fe, 1943-1976, en Águila, G. (coord.) *De los cordones industriales a la integración del eje Mercosur (1940-2005)*, colección Nueva Historia de Santa Fe. Prohistoria/La Capital.
- Suárez, F. M. (2021). *Un nuevo partido para el viejo socialismo: el Partido Socialista Popular: orígenes, organización y tradiciones políticas 1972-1982*, UNGS, UNLP, UNM, <https://ediciones.ungs.edu.ar/wp-content/uploads/2021/09/9789876305426-completo.pdf>
- Tcach, C. (2007). Golpes, proscripciones y partidos políticos. En James, D. (dir.) *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955 – 1976*. Sudamericana.
- Torre, J.C., Pastoriza, E. (2002). La democratización del bienestar. En Torre, J.C. *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943 – 1955)*. Sudamericana.
- Varela, M. (2005). *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la luna (1951-1969)*, Edhasa.
- Vega, N. (2010). El movimiento estudiantil santafesino en la primera mitad del año "68: de las reivindicaciones gremiales" a la construcción de un frente obrero-estudiantil. *V Jornadas de Historia Reciente*, UNGS.
- Vega, N. (2014). La política universitaria de la 'Revolución Argentina'. La Universidad Nacional del Litoral durante el Onganiato, *Revista Binacional Brasil Argentina*, v. 3, n° 01. periodicos2.uesb.br/index.php/rbba/article/view/1389
- Vega N. (2019). El movimiento estudiantil universitario argentino durante la década de los años sesenta, *Historia, trabajo y sociedad*, n°10.
- Viano, C. (2000). Una ciudad movilizada (1966-1976), en Pla, A. (coord.) *Rosario en la historia. De 1930 a nuestros días*, tomo II. UNR Editora.
- Viano, C. (2009). A 40 años del Rosariazo: política, historia y memoria. *Reseñas de enseñanza de la Historia*.
- Viano, C. (2019). Rosariazo(s) una aproximación entre imágenes y memorias. En Gordillo, M. (comp.) 1969. *A cincuenta años: repensando el ciclo de protestas*. Universidad Nacional de Córdoba, CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191204035716/Repensando-el-ciclo-de-protestas.pdf>
- Viano, C. (2021). El expediente 16955. Las renunciadas de 1966. En Viano, C. y Luciani, L. (coord.) *La Facultad de Filosofía y Letras: de la Universidad Nacional del Litoral a la Universidad Nacional de Rosario. Estudios sobre su Historia*. HyA ediciones.
- Zanca, J. (2018). *Los humanistas universitarios. Historia y memoria (1950-1966)*. Eudeba

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Director: Pablo Vommaro

En los últimos años las juventudes adquirieron un lugar fundamental en las dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales, tanto en la Argentina como en América Latina y en el mundo. En este marco, los estudios sobre el tema han proliferado, constituyéndose como campo en permanente ampliación, aunque aún en construcción. Sin embargo, luego de algunos textos precursores en los años ochenta, no existían esfuerzos sistemáticos por realizar trabajos integrales que dieran cuenta de las diversas dimensiones en las que producen sus vidas los jóvenes argentinos. Esto es parte del desafío que asumimos desde esta colección. Abordar dimensiones diversas, aspectos diferentes, espacios distintos para avanzar en la construcción de una cartografía que aporte a la comprensión de las realidades juveniles en la Argentina con enfoque latinoamericano y perspectiva generacional. Desde su creación en 2015 la colección ha ido creciendo, desplegando nuevas temáticas, expandiendo su capilaridad geográfica e incorporando nuevos autores. Presentamos textos rigurosos y fundamentados, productos de investigaciones sólidas, pero con lenguajes amplios, accesibles, que permiten lecturas desde distintos espacios, realizadas por sujetos diversos, sobre todo por los propios jóvenes.

Este libro aborda una coyuntura particular, los años sesenta, entendidos aquí en una temporalidad específica que recorre los avatares de la vida política, social y cultural de jóvenes y estudiantes entre finales de los años cincuenta e inicios de los setenta. Una década extendida en la cual aquellas y aquellos tuvieron una singular presencia asumiendo posicionamientos políticos frente a diversos escenarios nacionales; el debate por la educación Laica o Libre, el golpe de Estado de junio de 1966 y la dictadura de Onganía, así como la política universitaria instaurada por esta, la participación en las intensas movilizaciones sociales de 1969 y sus proyecciones posteriores. Pero también fue una década de gestación de proyectos culturales y contraculturales, donde las y los jóvenes participaron activamente de nuevos escenarios de sociabilidad juvenil, de la emergencia de nuevas miradas en torno al rol de las mujeres jóvenes, su educación y relación con el ámbito laboral, la familia y la pareja. Fue un tiempo que trastocó ideas, sentimientos, experiencias y habilitó nuevas formas, diversas, múltiples, de ser joven, en ocasiones en contrapunto con las expectativas adultas.

Decidimos atender a esas coordenadas temporales con un análisis que recorre la geografía de Rosario, pues consideramos que los estudios sobre experiencias juveniles urbanas ameritan una localización que permita identificar las marcas epocales que ellas construyeron. Pero además porque aquella ciudad se ha visto impregnada a lo largo de su historia por una presencia juvenil que irremediablemente irrumpió –e irrumpen– en el escenario público, volviéndose explícita como huella generacional.

ISBN 978-987-8308-90-6



9 789878 308906